



BIBLIOTECA

AMENA

VI

2
607



B.P. de Soria



61120498
D-2 23607

EL JUEGO



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL JUEGO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:

NADA descorazona tanto á un orador como el empezar su discurso con la persuasión de que ha de ser inútil cuanto diga y de que sus palabras las ha de llevar el viento.

Y esa es la situación en que yo me encuentro esta noche al tratar de hablaros del juego y de la pasión del juego.

Hace tiempo que se me viene excitando y alentando de todas las maneras y con vivísima instancia á tratar de este asunto, y yo hasta aquí siempre he rehusado, persuadido de que todo discurso es vano, todo razonamiento sin fuerza contra ese mal del alma que, semejante á la lepra, inficiona la sangre é inocular su virus hasta en la médula de los huesos.

¡Hablar al entendimiento! Pero ¡si el entendimiento ciego se enloquece, se obstina y aprieta con ambas manos sobre sus ojos la opaca venda que le retiene cautivo en la oscuridad! ¡Hablar al corazón! Pero... ¿han logrado jamás las ardientes lágrimas de una esposa ni los tiernos vagidos de un hijo conmover las entrañas de un jugador?

¿Y la voluntad? Yo vi cierto día un toro escapado de las manos del carnicero, vendados sus ojos con un trapo negro, arremeter furioso contra un muro; y allí se plantó dando repetidas cornadas á la piedra... Eso vienen á hacer los jugadores... También ellos arremeten, y se plantan y repiten los mismos golpes siempre, atontados ante los naipes ó la ruleta, esperando á que llegue la suerte, como el toro á que caiga el muro, golpeando y más golpeando hasta quedar con la cabeza ensangrentada, como una masa inerte.

¡Si al menos tuviera yo un remedio para ese terrible mall, pero no lo tengo. Creo sinceramente que es incurable. «El que ha jugado, jugará», dice un proverbio, y tiene razón. Se dice igualmente: «El que ha bebido, beberá», y entre ambos refranes hay más estrecho enlace que lo que se piensa. El juego es al espíritu lo que el alcohol es al cuerpo.

«Al menos — se me ha instado — si no lográis curar, podréis tal vez prevenir y evitar en algunos ese mal tan terrible».

Y esto me ha seducido...

Si en la pendiente del juego consiguiera detener aunque no fuese más que á un alma, me daría por satisfecho. Y esto no lo creo imposible.

El juego, en efecto, se presta á un estudio interesantísimo y muy rico en conclusiones. Se presta además á un estudio matemático demasiado poco conocido de los jugadores, y cuyas conclusiones son eminentemente sugestivas. ¡No creo que sorprendáis nunca á un analítico jugando al *baccarat*!

No os asustéis, os ruego, no os hablaré ni de cifras, ni de $a+b$; pero no pudiendo demostraros las proposiciones que enuncie, os rogaré que me creáis bajo mi palabra. Por lo demás cuando sea preciso citaré los autores en que me apoyo.

Ahora bien, Señores; el hombre que tenga delante de sus ojos, viva, la psicología del jugador; que al mismo tiempo vea las verdaderas probabilidades de ruina á que le conduce el juego, y que á pesar de todo esto juegue... y juegue la fortuna acumulada por sus antepasados, la fortuna de su mujer y de sus hijos, de toda su

descendencia; ese hombre no será ya solamente un loco, un alucinado, un desequilibrado, será un criminal.

¡Ah! Señores, ese mal es uno de los grandes defectos y borrones de nuestra época y de nuestro siglo. Jamás tal vez se ha desencadenado tan furiosamente la pasión del juego. Las leyes le tenían encerrado antes en los círculos privados... y la puerta que á ellos daba entrada parecía muy entornada y bien sujeta. Mas tanto se ha empujado, que se la ha abierto casi de par en par. Cuando los encargados de la justicia han querido volver á cerrarla, se han encontrado jurisconsultos tan hábiles, que les han demostrado que no tenían derecho para ello, y que la ley quería que la puerta estuviese abierta de aquella manera.

Y además, ¿no hay en el extranjero, para el juego, palacios enteramente abiertos, en medio de todas las seducciones de un cielo azul, de un mar perfumado, de una naturaleza florida y maravillosamente encantadora?

¿Y no hay también allí garitos?

¡Ay! ¿y no acuden allá familias?

¿Y no es casi de moda en muchas regiones

terminar los banquetes con el juego de naipes, hasta el punto de que, antes de contestar á la elegante tarjeta de invitación, es preciso calcular con diligencia los billetes de banco que habrá que arriesgar en la velada, y hasta el punto de que la señora de la casa—éxito imprevisto, pero con el que á veces se cuenta—puede ganar en la misma noche, si está de vena, lo que importa la cuenta del repostero?

«Yo no conozco nada más divertido que el juego después del banquete—me decía no ha mucho un habituado á esas recepciones íntimas. Es raro que una mujer sea buena jugadora. Pierde un billete de 1.000 pesetas, llora. ¡Y ver aquellas lágrimas de avaricia... y, sin embargo, no poderle decir: No llore V.; ahí tiene V. sus billetes!»

Hace algunos siglos se jugaba en la corte y en los salones de la alta nobleza... ¡Ved hoy al pueblo!... apuestas sobre quién vencerá en las riñas de gallos, en las carreras de caballos, en las de velocípedos, en el juego de pelota y aun en las cosas más triviales.

El más saneado fruto de todo el trabajo de nuestros pobres obreros corre á perderse en esos dos golfos: ¡la taberna y el garito!... ¿Qué digo nuestros trabajadores? ¡Hasta los mismos pobres mendigos!...

Delante de mi ventana tengo durante todo el verano el lastimoso y permanente espectáculo de un miserable grupo de pordioseros. Sentados ó tendidos en la acera con los pies desnudos, arrastran su pantalón ó su falda deshilados, su chaqueta ó su chambra desgarradas, llenas de sietes, de agujeros y de pingajos, sucios, impudentes, asquerosos. Allí pasan el día chicos grandullones y chicas crecidityas mendigando y pilleando. Y en los intervalos sacan de un bolso secreto un naípe seboso, y repantigándose cómodamente en el suelo, y mirando de reojo á ver si aparece algún polizonte, empiezan á jugar los cuartos que han arrancado á las señoras compasivas. Y allí, como en otras partes, al fin se zurren de lo lindo, barbotando á gritos el perdidoso todo el sonoro repertorio de las cloacas.

Para que semejante lepra inficione hasta tal punto y de un modo general tan espantoso á todas las capas de una sociedad como la nuestra, menester es que halle en la naturaleza humana un terreno apropiado para su desarrollo. Pero esto no es una excusa legítima. Todos los vicios tienen en el corazón humano un terreno fecundo y bien abonado; lo extraño no es que en él broten, lo extraño es que la dignidad y la virtud humana hayan descendido tanto, que este

vicio haya podido ser admitido y recibido amistosamente, y se le haya dejado tomar tan gran incremento.

¿Habéis visto á los gatitos jugar con el extremo de una cuerda, con una pelotita de lana, con un carrete de hilo? Quitadles aquel juguete; jugarán con su propia cola. Necesitan jugar. Lo mismo hacen los perritos, aunque no tanto tiempo: se diría que tienen más juicio.

No es, pues, de extrañar que el hombre juegue. Compuesto de alma y cuerpo, tendrá juegos de ingenio y juegos de músculos, y otros que participarán algo de ambos. Pero el hombre es sobre todo perezoso... Los juegos de cuerpo, como fatigan, le cansarán pronto, á menos que á ellos no se junte algún atractivo deleitable y dulce, como el baile y otros semejantes, que serían bien pronto abandonados, si no estuvieran tan rodeados de seducciones y peligrosos atractivos.

Los juegos de ingenio fatigan como los del cuerpo, y no se verá jamás que se generalicen mucho los que exigen gran esfuerzo de cálculo y atención, á menos, repito, que no se deslice en ellos á hurtadillas algún saborcillo de fruto vedado.

El ideal para esta degradada naturaleza sería,

pues, un juego en que se mezclara un poco de ingenio con muy poca fatiga corporal... Si no tuviera nada de lo uno ni de lo otro, sería soporífero. Necesita, pues, algo de ambas cosas, lo suficiente para conservarnos despiertos, y poquito para que no nos fatigüe...

Rosas, pero sin espinas.

Los juegos de azar van á satisfacer todos los deseos.

Hay costumbre de distinguir los juegos en tres categorías que confinan entre sí:

Juegos de azar, juegos de combinación y juegos mixtos.

Pares ó nones, cara ó cruz, son tipos de juego de azar puro, como también los dados.

El ajedrez, las damas, son tipos de juego de ingenio; se hallan en el polo opuesto de los de azar; en ellos solo el cálculo dirige y conduce al resultado final.

En fin, para dar idea de los juegos mixtos basta nombrar el dominó y ciertos juegos de naipes: el tresillo, el solo y otros. El azar interviene en éstos en la distribución de los naipes y en la selección de las fichas, todo lo demás es obra de la inteligencia y el cálculo.

El carácter propio de los juegos de azar es

que el jugador, si es leal y sincero, no tenga influencia ninguna, ni directa ni indirecta, sobre el resultado que producen; ni su inteligencia, ni su cálculo tienen parte alguna en él.

Me tienden la mano cerrada, diciéndome: «¿Pares ó nones?...» Si consiento en jugar, no puedo hacer más que una cosa: Responder enteramente al azar; siendo evidente que mi respuesta en nada cambiará el número de tantos encerrados en la mano.

Se echa al aire una pieza, diciendo: «¿Cara ó cruz?...» Mi respuesta no influirá lo más mínimo en que la pieza quede de un lado más bien que del otro.

Y este es el verdadero sentido de la palabra «azar», tomada en esta acepción... No se quiere decir que un personaje ó una fuerza cualquiera llamada «azar» dirija el juego... Se quiere decir simplemente que el jugador no le dirige, que no tiene sobre él ningún género de influencia.

Si pierde una vez tras de otra, no está en su mano el evitarlo, porque nada influye en ello. Si gana, no tiene ningún mérito, porque tampoco entra en ello su influencia para nada.

Esto mismo es también lo que se significa cuando se dice de uno que está de «suerte», que está de «vena».

Y tan convencidos están todos de la nulidad de la acción del jugador, que si la «suerte» ó la «vena» continúa favoreciéndole demasiado... se le observa con suspicacia, se le examina, se sospecha de él.

Cuenta José Bertrand que un día, en Nápoles, un hombre de la Basilicata, en presencia del abate Galiani, agitó tres dados en un cubilete y apostó á que los tres daban el mismo número seis; apostaron, y al punto salieron los tres seises. Esa suerte es posible, se dijo. El hombre consiguió el mismo resultado la segunda vez, y se repitió la misma cosa. Volvió á meter los dados en el bote por tercera, cuarta y quinta vez, y siempre salía terna de seises. «¡Aquí hay trampa!—gritó el abate—los dados son falsos», y, en efecto, así era.

Sin embargo, ¿no hubiera podido el azar producir sucesivamente aquellos cinco ternos de seises? Seguramente; mas la improbabilidad de verles salir una tras de otra es tan grande, que nada tenía de aventurada la exclamación del abate llamándose á engaño y descubriendo al fullero. Sí, el azar podía dar aquel resultado; pero, como dice Bertrand, hubiera sido un azar

desarreglado, y luego veremos que el azar tiene sus leyes matemáticas. Si el resultado parece violarlas, desconfiad, no anda solo el azar en la partida, en alguna parte se oculta el fullero que os roba.

En una palabra, y para volver á la definición: los juegos de azar son aquellos en que el jugador no ejerce influencia de ningún género sobre el resultado que producen. Ahora bien; el jugador asume la responsabilidad de ese resultado independiente de su inteligencia, de su voluntad, de su fuerza ó de su destreza, y acepta la ganancia que de él le proviene y se conforma con las pérdidas. Ahí es donde está la falta desde el punto de vista moral... Niñería, convengo en ello, si el juego es moderado; pero á medida que el juego aumente, la puerilidad llega á ser locura, y la locura se convierte en crimen.

De ahí también ha salido la legislación romana, que rehusa toda acción por los beneficios lucrados al juego, y aun obliga al ganancioso á restituir las sumas recibidas. No cooperáis en nada al resultado, ¿con qué derecho, pues, pretendéis exigir de él beneficios?... ¿Qué parte de vuestra actividad habéis desplegado en él?... ¡Ni fuerza, ni talento, nada! Los jugadores habituales eran, por otra parte, considerados como in-

fames, y como nulos y de ningún valor los contratos que hacían entre sí.

Y no obstante, en Roma se jugaba, aun en los círculos más aristocráticos... ¿Cuál es, pues, el demonio que inspira en el corazón humano esa pasión devoradora?

Habréis visto, en otro tiempo al menos, pues se ha ido perdiendo poco á poco la costumbre de tal juego, á los niños en el patio de la escuela jugar al hoyo con bolitas ó pepitas de aceitunas. Era un juego que detestaban las madres, porque dejaba las manos de sus chicos extremadamente sucias. Pero era un juego de habilidad y destreza, y las pocas bolitas que en él se ganaban no bastaban á llenar los saquillos grises ó azules en que se las guardaban. Pronto se pasaba á un juego de azar... Uno de los jugadores metía la mano en su saquito y la sacaba cerrada, preguntando: «¿Pares ó nones?» Otro respondía al punto. Si acertaba, las bolitas que había en la mano eran para él; si no acertaba tenía que pagar un número igual de bolitas al preguntante. Después el que había contestado preguntaba á su vez, y así sucesivamente. Investigad qué es lo que pasa en el alma de

esos niños, qué es lo que les impulsa al juego de azar.

Es primeramente una expansión de vida, un desbordamiento de la fuerza represada, al salir de la prolongada atención, del prolongado silencio, de la prolongada inmovilidad de la clase. ¡Ah! cuando se abre la puerta, á la primera bocanada de aire puro respirado, ¡qué alegría, qué gritos, qué saltos y brincos, qué carreras! Aquello es la necesidad del juego, del juego de los pulmones y de los músculos, del juego purificante y fortificante, que sirve tanto para la virtud del alma como para el vigor del cuerpo. Pero este juego vigoroso cansa presto; cansa desde luego á los débiles y á los muelles, y bien pronto se entregan á juegos más tranquilos. El del hoyo es de este número.

Tiene además un atractivo particular: el amor y deseo de la ganancia, de una ganancia contable y tangible.

Pero la ganancia viene lentamente y es muy pequeña... y solo la consiguen los diestros. Entonces... «¿pares ó nones?» ¡Aquí el hábil y el tonto tiene igual probabilidad de ganar, y la ganancia es pronta! Sigamos á los dos jugadores, examinando los sentimientos que les agitan. Hay un momento de esperanza... cuando la mano metida en el saco toma las bolitas.

Después un momento de angustia... cuando la tiende, cerrada, ocultando bajo su sonrosada carne el mudo arcano de la fortuna. «¿Pares ó nones?» El interrogado vacila... ¿qué responder? La angustia crece... Nada le guía... no ve nada á través de aquella mano tendida; se arriesga, sin embargo: «¡Pares!» Está lanzada la palabra, la suerte está ya echada. Se abre la mano.

Y entonces el gozo ó el pesar, á veces el despecho, la tristeza y aun las lágrimas. ¡Sí, por bolitas de cristal y hasta por huesecillos de aceituna he visto yo correr lágrimas!

Trasladad este análisis á juegos de más alto rango, *al treinta y cuarenta*, á la *banca* y á la *ruleta*; los sentimientos ganarán en acritud y en fiebre, pero no cambiarán. Siempre se encontrará en ellos:

La esperanza, que incita á correr fortuna.

La angustia, que se apodera del alma cuando se entabla la partida, y que se acrecienta anhelante y retorcedora cuando va á decidirse.

Y, en fin, el gozo ó el dolor.

Ahora bien, Señores; la esperanza es dulce al corazón humano, y yo comprendo que atraiga al hombre y que este ceda á su influencia. ¡Pero la angustia!...

Pues bien, es preciso reconocerlo, por misterioso que esto sea; esa angustia también es atrac-

tiva, de un atractivo malsano y perverso, si queréis, pero poderoso y embriagador...

El hombre experimenta esa misma angustia cuando ve correr sangre, y, sin embargo, mirad cómo los niños acuden presurosos á ver degollar á un cerdo ó á un buey... Vedles, ya hombres, entusiasmarse presenciando ansiosos las corridas de toros. El fenómeno del jugador es de la misma especie. Su angustia le tortura, y, no obstante, la quiere y la ama. Vedle, pálido, silencioso, con el pecho anhelante, seguir con mirada fija la bola que rueda ó la carta que se echa... «¡Juego!»

Fox, el célebre Fox, decía que la primera felicidad de la vida era jugar y ganar, y la segunda jugar y perder.

La angustia atrae pues al hombre, como le atrae la esperanza.

Restan la ganancia ó la pérdida, el gozo ó el pesar, la alegría ó el dolor.

Insisto en la misma idea. Que la ganancia exalta la pasión, lo comprendo; es el gozo. ¿Pero la pérdida? ¿no es el dolor?... Sí, Señores, pero el dolor con el aditamento de una fiebre de ganancia mucho más fuerte. Porque es preciso volver á ganar lo que se ha perdido, ¿no es esto? Es preciso desquitarse, ¿no es así? ¿Y por qué no he de ganar esta jugada? y entonces recupera-

ría mis duros perdidos, y pudiera ser hasta con creces. Y en tal caso no solo recobraría mi fortuna, sino que la acrecentaría...

¡Ah! ¡la esperanza late aún bajo el sentimiento de la pérdida! Y vuelta, se vuelve á las andadas, corriendo locamente al círculo... «¡Al juego, al juego! ¡voy á hacer saltar la banca!»

Ya lo veis: todo, hasta la pérdida, solicita al jugador, todo le atrae, todo le fascina... Como esos tifones giratorios y absorbentes que barren á veces el Océano Índico. ¡Desgraciado del navío que penetra en su gran círculo de acción! Le arrebatan, como hace el viento con una pluma, y no le vuelven á dejar; irá el infeliz girando, girando siempre, y siempre descendiendo al fondo del remolino, hasta que, al fin, desvencijado, inundado, se sumerge en el abismo.

No quiero exagerar. No digo que todo jugador llegará hasta ese extremo. Conozco algunos—no necesito mis cinco dedos para contarles—que se trazan en su voluntad como un foso que no franquean jamás. Luis XVI no exponía nunca más de un escudo de oro. Estos van más lejos, pero no pasarán de la pérdida de 500, de 1.000 pesetas. Llegados allá, se detienen. Esto es propio de una voluntad fuerte y de una energía extraordinaria. Mas es pequeñísimo el número de los hombres que puedan abrigar en su pe-

cho decisiones tan enérgicas. Detenerse después de haber ganado 1.000 pesetas, es muy fácil. Contenerse sin intentar volver á ganarlas cuando se ha perdido, me parece mucho más dificultoso.

Pues bien, ahí se resume toda la cuestión. ¡Saber detenerse! ¿Y dónde detenerse?

Ninguno juzgará poco juicioso á un hombre que, para descansar, arriesgue á modo de curiosidad ó distracción tres pesetas y aun un duro. Por poco rico que uno sea, tiene derecho á pagar á ese precio un mezquino placer.

Mas el obrero que expusiera ese mismo duro ó esas tres pesetas, ¿sería juicioso? ¡Para él eso significaría un jornal, ó tal vez una semana de trabajo y de fatiga, á cambio de una emoción que dura un momento!

El juego no es malo en sí; su malicia consiste en la desproporción entre el placer que proporciona y el precio á que se compra.

Convenid con vosotros mismos en no pasar nunca más allá de una tasa fija; si la tasa está en proporción con vuestra fortuna, no tengo nada que deciros, sino recomendaros que andéis con pie firme, porque el camino es muy resbaladizo.

Desgraciadamente, Señores, por lo general,

no es el placer únicamente lo que se busca, ¡es el oro! ¡otra vez el oro! ¡siempre el oro! Y para grandes ganancias, grandes sumas arriesgadas.

Bien sé que es de buen tono entre gente elevada manifestar respecto al oro y á los billetes ganados una soberbia indiferencia. ¡Por quiénes se tiene á esos señores, para creer que ellos se preocupen por esos papeles sobados!... Cuando un rey de Francia buscaba por el suelo una moneda de 20 francos que se le había caído, ¿no fué uno de esos sujetos quien para alumbrar encendió un billete de 1.000 francos? ¡Ellos tener afición al oro! ¡ellos buscar el oro!...

Pero ¡vamos á cuentas! ¡Basta de farsa! ¡Abajo las caretas!

Desde luego yo observo que cuando el dinero arriesgado es en pequeña cantidad, el juego pierde todo su sabor. Y si no, ¡empeñaos en resucitar los antiguos juegos de nuestros abuelos á cuarto la ficha!

Observo enseguida que esas gruesas ganancias, tan orgullosamente desdeñadas, son muy caballerosamente embolsadas... Pedid por vía de ensayo al ganancioso la parte de los pobres... Si vuestro cepillo limosnero va cerrado, deslizará en él una pequeña moneda de cobre...

¡Ah! ¿no es el oro lo que se busca?... ¿por qué pues para las ganancias del juego, que Roma

declaraba infames, se ha inventado la deuda de honor?... ¡Honor! ¡honor! ¿dónde queda sitio para el honor en semejantes prácticas?

¡Honor! ¡Ah! yo me acuerdo de un rasgo magnífico. Un hijo de familia, en el más *selecto* de los círculos, pierde 18.000 francos en una sola noche. El padre rehusa pagarlos... ¡Aquello fué un escándalo! ¿Cómo? ¡Una deuda de honor! y el nombre del hijo fué fijado á la vergüenza pública en el salón del círculo, como se ponía en el tajo á los criminales en la plaza de la Greve de París! ¡Y todos aquellos sumos sacerdotes del honor se velaron el rostro! ¡Desconocer una deuda de honor!

Una buena mujer, tía del joven, ofreció 6.000 francos, pero exigió recibo de 18.000... ¡Inmediatamente se firmó! ¡qué diablos, 6.000 francos no son cosa de perder!

¡Y ya no hubo cuestión de honor!

Pues bien, yo quisiera que al menos hubiera sinceridad, y que no se ostentara ese aire de soberano desprecio al dinero, y que se declarara franca y netamente lo que hay en el alma... ¡El oro, el oro, el oro, he ahí lo que queréis, he ahí lo que anheláis, he ahí lo que buscáis! ¡He ahí tras lo que os lanzáis, como un perro al hueso que se le arroja!

Y cuando esa maldita sed del oro, *Auri sacra*

fames, abrasa un alma, ¿quién es capaz de saciarla?... ¡Por ella empieza la historia, siempre la misma, fatalmente la misma, lamentable, siniestra, dolorosa entre las dolorosas!

Al salir del colegio, al dar los primeros pasos en la universidad, se juega menos por afición que por vanidad, por darse aires de hombre. Se pierde, se gana, se vuelve á perder, se vuelve á ganar, con altos y bajos... pero la pensión limitada que pasan los padres, sirve de medida á los variables accidentes del juego. ¡Á menos que no surja sonriendo con su maligna sonrisa el usurero de torcido mirar y encorvadas uñas, que entonces se firma un pagaré contando con la muerte de un padre, de una madre!...

Dado este paso, la mina está descubierta. Se ahonda más y más para sacar más de ella, el usurero sigue prestando... Se firma, se firma y se profundiza el abismo.

Hay una hora de interrupción, la hora del matrimonio.

En presencia de aquella virginal criatura, cándida, ignorante, amantísima, que acaba de confiarle la guarda de su felicidad y de su vida, el jugador, como sobrecogido de vergüenza y de remordimientos, se contiene y rompe su cadena.

Se enmienda... Su último *baccarat* cierra su último banquete de soltero. Pone fin á sus extravíos y se jura á sí mismo no volver atrás.

Todo va bien durante algunos años; curado de la lepra siéntese dichoso: ¡tiene queridos polluelos en el nido y le cantan! Todo su pasado hállase adormecido en el gorjeo que brota risueño y aljofarado de los pequeñitos labios de rosa. La felicidad, la verdadera felicidad, se encuentra allí; él la siente, la gusta, allí alrededor de aquel hogar bendito, donde vela su esposa, donde se desarrollan sus rubios chiquitines.

Un día, surge de nuevo ante él, como una aparición infernal, con su maligna sonrisa y encorvadas uñas, el usurero de aquellos tiempos que él creía muertos y que viven aún. Hace sus cuentas con él... ¡Ah! ¡horrible cálculo el de la usura! Lo más saneado de su fortuna va cayendo pedazo á pedazo en aquel infernal engranaje. Quiere concluir de una vez... y paga. ¡Pero la brecha es enormel... ¿Como llenarla?... Entonces nueva aparición sonriente y solicitante, la fortuna le tiende los brazos: «Ven acá, yo te volveré á hacer rico». Y él va, secretamente y en la sombra, ocultando bajo mil pretextos y mentiras, á su esposa que le pregunta, los caminos por donde se dirige á los garitos, va temblando á probar fortuna.

Aquello dura un año, dos años, tres años... ¡tres años de comedia ignoble! Y un día llega la ruina, la ruina completa, su mujer y sus hijos despojados de todo, arrojados á la calle... y la venta en pública subasta, y la miseria.

El trabajo le salvaría; pero el trabajo es duro, y el beneficio es lento... Jugando se enriquecería más pronto... toma dinero prestado y juega... Y como si no hubiera descendido bastante, roba y juega. ¡Y pierde, y pierde, y pierde!

Entonces, ante todas las traiciones de la suerte, ante la miseria que le agobia, ante aquella pobre mujer á quien él ha reducido á trabajar para vivir, ante aquellos pequeños inocentes á quienes ha despojado, si conserva un resto de amor en su corazón y no se conserva muy firme en la fe religiosa... ¡ah! ¡yo comprendo que le arrebate la locura, y que en un momento de desesperación, en alguna callejuela sin luz, se apoye en la pared, cargue un revólver y se levante la tapa de los sesos!

Este año mismo dos jóvenes recién casados, en viaje de bodas, pasando por yo no sé qué ciudad del Mediodía, se ponen á probar la ruleta; la furia del juego les arreбата... en diez días pierden sus dos fortunas, y después, abrazándose cariñosamente, se matan el uno al otro.

En Mónaco, entre las condiciones impuestas

á la casa de juego, hay una elocuentísima por su impudencia... ¡La banca se encarga de pagar los funerales de los extranjeros que se suiciden!... y en su libro de cuentas este artículo asciende á una suma muy crecida.

Mentiras, engaños, estafas, robos, suicidios, son la natural descendencia de esa fecunda madre que se llama juego... En pos de sí arrastra á su infame familia; por donde ella ha pasado, solo quedan, como después de los grandes incendios, ruinas, desolación y miseria.

Después de esto, que no se vea en lo que acabo de decir más que «quijotismo» y «grandilocuentes naderías», estamos conformes... Pero he visto llorar á las víctimas, y lo que es yo no justificaré al verdugo.

Mucho tiempo hace que las leyes han tratado de poner un freno á esta fiera pasión. En Lacedemonia y en Roma, como por otra parte en China, el juego estaba prohibido. En Francia se comenzó por señalar los juegos permitidos... después se envió de caza al fisco para que percibiera en beneficio suyo un derecho igual al valor de todas las sumas perdidas. Carlomagno, Carlos IV, Carlos V, Carlos VIII, Luis XIII y Luis XVI aumentaron la pena por medio de

nuevos edictos. En 1817 se adjudica públicamente al mejor postor la explotación del juego. En 1836 se la suprime. En Bélgica, y ateniéndonos á la legislación presente, la ley prohíbe los juegos en las calles, en las casas abiertas á todo transeunte y en los círculos públicos; y los tolera en los círculos privados, dividiéndose los jurisconsultos solamente acerca de lo que debe entenderse por círculo privado.

Pero hay que plantear la cuestión en sus términos más generales.

¿Qué es preferible: prohibir absolutamente el juego, ó admitirle, pero reglamentándole?

Ya lo veis, es la misma cuestión que se presenta para la prostitución, y que podría presentarse para casi todos los vicios de la raza humana.

No me detendré aquí. Tengo poca confianza en las leyes que intentan reprimir los vicios del corazón del hombre, por la sencilla razón de que las leyes no llegan al corazón.

Cuando el deber, á los ojos de un hombre, no está representado más que por polizontes, la suerte del deber es bien comprometida.

¡El mal es demasiado profundo para curarle con cataplasmas ó con paños calientes!

Otra cosa más importante convendría hacer. Convendría ilustrar la inteligencia del hom-

bre, para que viera claramente las leyes de ese azar que le fascina y le arrastra.

Convendría enderezar su voluntad y fortificarla, para que sujetara bajo sus pies la pasión vencida.

Acabo de pronunciar una frase que ha debido pareceros extraña: ¡el azar tiene leyes!

La he tomado de un matemático ilustre, José Bertrand, uno de los secretarios perpetuos de la Academia de Ciencias, el cual pone al prefacio de uno de sus más bellos libros este título: *Las leyes del azar*.

Galileo, Pascal, Fermat, Huygens, Bernouilli, Laplace, Euler, Lagrange, Poisson, etc., y no cuento á los modernos, las han descubierto ó estudiado. Son luminosas... pero tienen la desgracia de ser desconocidas. El caballero Mr. de Méré, jugador, proponía respecto á los jugadores una duda á Pascal... «Mr. de Méré tiene muy buen talento—respondía Pascal—pero no es matemático; ¡esto es un gran defecto!» De lo cual no está todo el mundo tan convencido como Pascal y Fermat. «La ignorancia y el descuido serán siempre, como decía Montaigne, dos almohadas bien blandas para reposar la cabeza.»

Y ya que me he puesto á citar palabras de

otros, he aquí unas de Fontenelle: «Gustosamente se califica de inútil lo que se ignora por completo; es una especie de venganza: y como las matemáticas son generalmente desconocidas, pasan en general por inútiles. La fuente de su desgracia es manifiesta: son espinosas, salvajes y de difícil acceso.»

Ellas, sin embargo, son las que han encontrado la clave del azar y el misterio de los juegos.

Lanzo al aire un dado... ¿qué cara va a quedar arriba cuando haya caído?... Si el dado no está falsificado, cada cara tiene igual probabilidad.

Yo apuesto que dará el seis... el caso es posible; el seis, en efecto, es una de las cosas que puede mostrar el dado. Pero como puede mostrar otras cinco, si alguno apuesta contra mí que no dará el seis, sino cualquiera otro de los cinco restantes, mi adversario tiene cinco probabilidades de ganar la apuesta contra una que tengo yo; la probabilidad para mí es de $\frac{1}{6}$; para él es de $\frac{5}{6}$. Lanzo al aire dos dados y apuesto sacar 12; también esto es posible; hay, en efecto, una combinación de los dos dados que produce 12..., pero hay 35 que no la producen. Ya tengo una probabilidad, mi adversario tiene 35. Mi probabilidad es de $\frac{1}{36}$, la suya de $\frac{35}{36}$. Con tres dados, mi probabilidad de sacar 18 es

siempre una, las de mi adversario son 215. Mi probabilidad es de $\frac{1}{216}$, la suya de $\frac{215}{216}$. Con cuatro dados la relación de las probabilidades es de 1 á 1.296, con cinco dados de 1 á 7.776, con seis dados de 1 á 46.656.

¡Ya veis cómo crecen los números!

Se ha calculado que si todas las combinaciones posibles de 30 dados estuviesen colocadas cada una en una cajita de un decímetro cuadrado y las cajitas colocadas unas junto á otras, cubrirían cien millones de veces la tierra, y entre todas esas cajitas la que contuviera los 30 seises sería tan difícil de hallar como una gota determinada de agua en medio del Océano.

Síguese de estas consideraciones, enteramente elementales, que la complicación del resultado que espera el jugador disminuye sus probabilidades de éxito feliz, en una proporción que bien pronto llega á ser exorbitante. Pero se ha deducido más de aquí. Se ha deducido una regla que permite fijar las condiciones de un juego equitativo.

Volvamos al caso de un solo dado arrojado al aire. Yo tengo, como habéis visto, una probabilidad de que salga el seis, mi adversario tiene cinco de que salga una cifra diferente.

Supongamos que la cantidad que yo apuesto á que sale el seis sea un franco... ¿Cuál debe ser la cantidad que ponga mi adversario para que el juego sea equitativo?... Él tiene cinco probabilidades de ganar, yo no tengo más que una... Debe poner cinco francos. Pone cinco veces más que yo, pero también tiene cinco probabilidades más; lo cual establece la equidad entre ambos.

Llamemos, si os parece, con un término consagrado, «esperanza matemática», al producto de lo que cada jugador espera ganar por las probabilidades que tiene de ganarlo, y llegaremos á esta ley: que un juego solamente es equitativo cuando las esperanzas matemáticas de los dos jugadores son iguales.

He dicho equitativo y no he dicho razonable, porque un juego puede ser perfectamente equitativo y absolutamente insensato. Justicia y razón son cosas distintas.

Pero no es esto todo; por poco que el juego se complique llega á ser difícilísimo el descubrir la ley que le haría equitativo. Se engaña uno entonces fácilmente.

Esta ley, por otra parte, supone que las condiciones del juego no varían con el número creciente de las partidas. Hay un problema que se ha hecho célebre con el nombre de juego de San Petersburgo.

Pedro y Pablo juegan á cara ó cruz.

He aquí con qué condiciones: Pedro echa al aire la moneda hasta que salga cruz. Si esto sucede á la primera vez, Pablo le dará un escudo; si no sucede hasta la segunda, dos escudos; si es á la tercera solamente, cuatro escudos; á la cuarta, ocho escudos; á la quinta, 16 escudos; y así sucesivamente, siempre doblando. ¿Cuál debe ser la cantidad que ponga Pedro para que el juego sea equitativo?

Pues bien, ¡debe ser infinita; porque su esperanza matemática carece de límite!

«Si el azar hiciera que saliera cara sesenta y cuatro veces seguidas, Pablo debería pagar tantos escudos, cuantos granos de trigo hubiera debido pagar el Sultán de las Indias al inventor del juego del ajedrez».

Mas se dirá: ¿hay alguna probabilidad de que salga sesenta y cuatro veces seguidas cara, sin que se intercale una vez siquiera cruz?

¡Sigamos avanzando! Si algún Pedro tiene un millón de escudos y encuentra un Pablo tan bendito que acepte las probabilidades, apués-tele su millón: «la partida es aventurada, pero ventajosa, excelente:» la ventaja infinita es realizable; que salga cruz ó salga cara, él siga echando sin cesar, «perderá una partida, mil, mil millones, un millón de miles de millones

quizás; que no se desanime, que vuelva á empezar un número de veces que la pluma rehusa escribir, que difiera sobre todo el arreglo de sus cuentas, su victoria es cierta, la ruina de Pablo es inevitable... ¿Qué día? ¿qué siglo? Se ignora: antes del fin de los tiempos, ciertamente, la ganancia de Pedro será colossal».

¡Antes del fin de los tiempos!... ¿me habré yo vuelto loco? Pues qué, ¿no se habrá muerto mucho antes Pedro de pena?

Sí, Señores, Pedro morirá; pero hay una cosa que no muere, ó mejor dicho, dos.

La primera cosa que no muere es ese personaje anónimo que se llama casa de juego, y que hace las veces de Pedro; y la segunda es ¡la raza de los benditos Pablos, que van á estrellarse contra ella!

Pero basta ya de consideraciones teóricas.

Permitidme que os diga solamente que el infalible instrumento de las matemáticas ha sondeado de esta suerte el arcano de casi todos los juegos de azar.

Ha examinado los juegos de dados, de la banca, el monte, la treinta y una, el parar, la siete y media, el cané, las chapas, el sacanete, la berlanga, el boliche, la lotería, el *baccarat*, la ruleta,

las obligaciones con sorteo de premio, las carreras de caballos, etc., etc., etc., y ha determinado sus respectivas condiciones y probabilidades.

La fortuna de los jugadores debía intervenir en estos cálculos; es evidente, en efecto, que el más rico presenta una resistencia más tenaz y más duradera contra la pérdida.

Pues bien, he aquí las conclusiones que han podido deducir las matemáticas. Las tomo de Bertrand, bajo esa forma de teoremas propia de las matemáticas.

Notad de paso que se trata de juegos tenidos por equitativos, y que, por consiguiente, el juego se hace en las condiciones más ventajosas. Y no obstante: «Todo jugador se arruinará, si no le falta tiempo. Lagrange, Laplace y Ampère lo han demostrado. Sus razonamientos interesan á todo el mundo, y no han corregido á nadie».

1.º Cuando un jugador juega indefinidamente á un juego equitativo, su ruina tarde ó temprano es segura.

2.º Cuando dos jugadores luchan constantemente el uno contra el otro, sean cualesquiera sus fortunas y condiciones, el uno de ellos concluirá por arruinar al otro.

3.º Cuando dos jugadores tienen fortunas desiguales, el más rico arruinará probablemente al otro.

4.º Un jugador que juega sin limitación y acepta todos los adversarios, ve levantarse contra sí y contra su fortuna finita y limitada, la suma de todas las fortunas que le atacan, suma indefinida é ilimitada; se verá pues fatalmente arruinado en esta lucha.

¿Es bastante esto?... Y todo ello es matemáticamente verdadero como un axioma de geometría.

Se me objetará: «Ahí están los hechos sin embargo. Hay jugadores que se enriquecen, y que se enriquecen de una manera asombrosa».

Lo admito... pero ¿cómo, ó á condición de qué permanecerán ricos? Á condición de retirarse y abandonar el juego así que hayan sido favorecidos por su buena fortuna. ¿Y cuántos lo hacen?

Sin duda, será halagüeño el poder decir: Cuando haya ganado un millón, nada más que un millón, me retiraré... ¡Mientras tanto arriesguemos!... Arriesguemos... ¿qué? Pero si el juego es equitativo, ¿no veis que es también un millón lo que debéis arriesgar?

Suponed que, de cuatro, tenéis tres probabilidades de ganar y de doblar vuestra puesta.

Id á decir á una madre que habéis descu-

bierto un remedio que, de cuatro, tiene tres probabilidades de aumentar en cuarenta años la vida media de su hijo, pero que su hijo podría muy bien ser víctima de la cuarta probabilidad y morir al instante.

¿Pensáis que la tentaréis, si es que no está loca?

Vosotros, ciertamente, no exponéis la vida de vuestros hijos á esa probabilidad, es su fortuna.

Y esto es mucho menos, me diréis.

¡Tal vez! Lo que yo sé es, que he encontrado en mi camino á esas madres y á esos hijos á quienes el juego había arruinado, despojados, lanzados á la calle, y que hubieran preferido mil veces morir.

Mas esa probabilidad que os he concedido, ¡no la tenéis! ¡No la tenéis, porque no existe; no podéis tenerla, porque no puede existir!... ¿Por qué?

¡Porque el juego, tal como vosotros lo jugáis, no es equitativo, la partida no es igual, la suerte está falseada, los dados están falsificados!

Hay una ley tan cierta como las anteriormente enunciadas, y es que «para el jugador á quien favorecen las condiciones, la ganancia aumenta sin límites». Ahora bien; en todos los juegos el banquero goza de favores especiales.

Es una nonada, al parecer. Á la treinta y cua-

renta, por ejemplo, su ventaja es un poco más de seis por mil... ¡Qué es eso? ¡una bagatela!

¿Sabéis á dónde conduce esa bagatela?

Cito nuevamente á José Bertrand:

«Si se juegan cien partidas, evaluando en 1.000 francos la suma de las puestas para cada una de ellas, la ventaja reservada al banquero por las reglas del juego, representa 600 francos...

»Tiene casi iguales probabilidades de perder que de ganar... solo que la pérdida media, y en esto está toda su ventaja, es un poco menor que la ganancia media.

»En diez mil partidas, suponiendo siempre la puesta de 1.000 francos, la ventaja reservada al banquero por las reglas del juego, representa 60.000 francos.

»La pérdida del banquero en esas diez mil partidas puede ser un acontecimiento muy ordinario; mas en ese caso el valor medio de la suma perdida será de 20.000 francos, mientras que en la hipótesis más verosímil de la ganancia, el valor medio es 140.000 francos.

»En un millón de partidas, el beneficio regular equivalente á la ventaja reservada al banquero serían seis millones... Si gana menos de cinco millones, el banquero no ha sido afortunado; una ganancia inferior á cuatro millones sería muy inverosímil, y se puede apostar con

más de diez mil probabilidades contra una, que su ganancia no bajará de dos millones».

Pero ¿no tenéis á la vista una demostración por completo independiente de las matemáticas?

¿Por ventura no sabéis los enormes compromisos que aceptan de buen grado y con sumo gusto todos los propietarios de casas de juego? ¿No clama este escándalo más alto que todos los razonamientos?

¿No ha cerrado sus cuentas, este año mismo, una famosa casa de juego con un beneficio líquido de treinta y tres millones?

Una palabra, y concluyo con estos datos matemáticos.

En su teoría de los juegos de azar, Laurent resume de este modo la suerte del jugador que expone su fortuna á los dados, á la ruleta, etc.:

«Si la puesta del jugador es igual á su esperanza matemática... á la larga se arruinará.

»Si es inferior á su esperanza matemática, lo cual se verifica respecto de las personas que tienen las casas de juego, se enriquecerá, es cierto, pero de una manera deshonrosa.

»Si es superior á su esperanza matemática, que es el caso de los puntos en la ruleta, es evi-

dente que se arruinará con más rapidez que si su puesta fuera igual á su esperanza...»

Ser un engañado ó un engañador, tal es la alternativa del jugador de profesión.

¡Y esto, Señores, en las casas vigiladas por la ley, autorizadas por ella, y de las que ella responde!

¡Pero hay otras, bien lo sabéis, y forman legión! ¡Y allá es adonde se corre!... ¡Gran Dios! ¡entre qué gente!...

¿Sabéis cómo se fundan esos garitos y cómo viven?

Un periódico lo acaba de exponer detalladamente. Escuchad bien; es muy instructivo.

«*Cómo se funda un círculo.* M. Mark. Le Roy, antiguo héroe de la independencia helénica, condecorado con varias grandes cruces de diversas órdenes nacionales y extranjeras, se encuentra en una situación de fortuna, que un profundo conocimiento de lenguaje de los bulevares le permite calificar de *purée*. Vase á encontrar á M. Durand, rico negociante, y le habla poco más ó menos en estos términos: «Querido amigo, muchos camaradas nuestros han resuelto reunirse todos los días en un local á propósito, á fin de conversar, tomar algún

refresco y tener algún honesto recreo en sociedad. Este local estará abierto desde las diez de la mañana hasta las dos de la madrugada del día siguiente. Habrá por la noche algunos *whists* (1) familiares, y tal vez un poquito de *baccarat*; podremos allí almorzar y comer á buena cuenta, tendremos sala de armas y saloncitos de fumar y de lectura con alumbrado eléctrico y buen *comfort* en todos los pisos. Será encantador. Usted será de los nuestros, ¿eh? La cotización será de 60 francos al año, pero no para V., ya se entiende. Al contrario, por cada amigo que V. nos conduzca, percibirá V. la mitad de su cotización; además, si consiente V. en figurar en la lista del consejo de inspección, participará V. del interés de los productos gananciales de la *cagnotte* (2), á prorrata de las acciones que haya usted tomado. Ya cuento con nuestros amigos Dubois, Dupont, Dumont y el coronel Etcheve, todos gente conocida y honrada como usted y yo».

»Dos soluciones se presentan: ó bien M. Durand despide enhoramala á su interlocutor, ó bien acepta dándole mil gracias. En este caso,

(1) Juego de naipes de origen inglés.

(2) Especie de hucha donde se deposita todo lo que cobra la casa á los jugadores por el derecho de jugar, y que varía según la cantidad que se talla.

Mark Le Roy va á buscar á Dupont, Dubois y los otros, y obtiene su consentimiento diciéndoles: «Durand es de los nuestros».

»Una vez constituido el círculo en principio, Mark le Roy empieza á practicar las diligencias para obtener la autorización del Gobernador. La cosa no es fácil de obtener, pero debemos decir en justicia que, una vez otorgado el privilegio, bien raramente se retira: es preciso para esto una serie incesante de escándalos. Nuestro hombre va á buscar al Prefecto y le expone su negocio; el alto funcionario pregunta cuál es el motivo de esta asociación; Mark Le Roy declara y jura por sus grandes dioses—¡todo el Olimpo!—que nada hay más necesario; los comerciantes del distrito no saben dónde reunirse; el café les degrada y les estropea la salud; sus señoras están desoladas al ver los males de estómago que allí contraen, etc... Se ponen en juego todas las influencias, y, por fin, se alcanza la autorización; pero á condición de que: 1.º se constituya un comité, 2.º se distribuya una acción á cada miembro fundador del círculo. Enseguida se hace todo: local arrendado, amueblado, personal ajustado, etc..., se inaugura; el *baccarat* funciona. El Círculo Comercial queda fundado».

«*Del arrendatario.* Mark Le Roy no pierde tiempo; va á buscar un empresario de juegos. «He fundado un círculo—le dice—¿quiere V. llevar en arriendo la *cagnotte*, mediante tal *mínimum* de renta? Además V. se encargará de proporcionar los almuerzos, refrescos, etc., y pagará los diversos gastos del círculo. Ni que decir tiene que V. no tendrá en el círculo otro título que el de cambista ó de prestamista». El empresario sonrío socarronamente y acepta. Es verdad, él no tiene otro título que el de prestamista.

»Sí, pero los miembros poseedores de acciones tienen pasión por el juego; para jugar toman dinero prestado al arrendatario, y cuando están demasiado empeñados les adquiere sus acciones respectivas. De suerte que al cabo de algunos meses, el arrendatario posee todas las acciones del círculo. El consejo, reducido á la impotencia, se ve incapacitado de vigilar. Mark Le Roy, siempre director, bien alojado, alimentado y retribuído, deja á un lado la *cagnotte* y apenas se cuida de contrarrestar las maniobras del señor prestamista, único dueño en adelante del Círculo Comercial.

»Se comprende bien que la *cagnotte* no produciría lo suficiente para cubrir los gastos y enriquecer á los interesados, si no se corrigiera

un poco el azar. *Castigat ridendo fortunam*, es la divisa del tallador. Y, por cierto, la corrige tan bien, que la *cagnotte* le trae presas... como los más maravillosos perros de caza.

»Un ejemplito: en un círculo el producto de la banca se dividía entre doce miembros fundadores. El arrendatario llegó á hacerse dueño de once de estas partes; pero el duodécimo rehusó obstinadamente vender su parte. Cuando este murió, su viuda mostró un acta privada concebida en estos términos: «Además de las doce dozavas partes, se percibirá el 75 por 100 del producto de la *cagnotte* como dividendo entre los socios fundadores». ¡Aritmética fantástica! ¡Hechas las cuentas, se mostró que cada uno de los doce miembros tenía derecho á 33 por 100, y lo más chusco es que los cobraba!

»Es claro que para obtener estos prodigiosos libros de cuentas se requiere una organización y administración del robo admirablemente constituidas. El personal fullero está tan bien organizado, que le es imposible á un jugador honrado el ganar, aun estando de la mejor vena.

»Este personal se halla instituído del modo siguiente».

«*De los tahures*, apuntadores, cortantes ó alcistas de los naipes, levantadores de muertos, mirones, vigilantes, ganchos, puntos figurados, matones, alquilones, pinchos, barateros y demás asistentes al tapete verde y cooperadores á la complicada acción de tirar de la oreja á Jorge. Los jugadores de profesión y hábiles fulleros que obran por cuenta propia van siendo cada vez más raros. Hay para esto dos razones:

»Primeramente, porque las diversas maneras de hacer trampas son ya muy conocidas. El tahir autónomo es el enemigo del círculo, y el círculo se arregla de modo que le despista. El escamoteo, *salto* ó *pego* de la carta es casi imposible, porque percibiría ese ruido particular á diez metros de distancia el oído ejercitado de los *croupiers*, que son los empleados puestos por la casa, que ayudan al banquero para hacer los cobros y pagos. El *telégrafo* ó indicación del juego del adversario hecha por un compadre colocado detrás de él, es igualmente difícilísima. Lo mismo podemos decir del *marcar* las cartas, trabarlas con pegote, recortarlas para *barajar de tirón*, dar el salto, distraer á otra parte la atención para verificar los *amarres* ó preparación ilícita de las cartas, y otros artificios semejantes ya caídos en desuso.

»No le queda más que un medio: el *preparar*

la camada. El tahir que se ha entendido con el fabricante de naipes del círculo, prepara cierto número de ellos, y ocultándolos en su manga, al barajar ó tallar, ó al cortar ó alzar, los desliza con habilidad y limpieza y sin que lo advierta nadie entre los demás. Pero este proceder es costoso; es preciso comprar al mozo encargado del servicio del juego, para que después de cada partida se apresure á quitar las cartas agregadas, no sea que á algún jugador sospechoso y desconfiado le dé la gana de examinarlas, contarlas y confrontarlas. Además es preciso ser un prestidigitador maravilloso para engañar á tan hábiles prestidigitadores como de ordinario son los *croupiers*. Los artificios de la petacaespejo, de la gran barba encubridora, etc., todo eso ha pasado ya á la leyenda, como también la historia de aquel jugador que decía: «Cincuenta duros al cuadro de la derecha», sin precisar si se refería á su derecha ó á la derecha del banquero.

»En fin, otra causa especial aleja al tahir aislado é independiente: el círculo cambia con frecuencia de *croupiers*, de suerte que estos señores, por haber trabajado en casi todos los círculos, conocen las caras de los tahures autónomos de profesión y su manera de proceder.

»No le resta pues al tahir libre otro recurso

que arreglarse con la administración y alistarse entre los tahures «oficiales» del círculo. Desde entonces los *croupiers*, ateniéndose á las órdenes recibidas, cierran los ojos; el tahur efectúa su trabajito, y terminada la partida, rinde sus cuentas al cajero. Se le señala una justa retribución, y todo marcha á pedir de boca».

«*De los croupiers*, confidentes y partícipes, repartidores, compañeros de juego ó los que atraviesan ó apuestan á favor de otro. Son estos señores buenísimos, admirables, grandiosos y dotados de una filosofía descendiente legítima de Diógenes y Timón. Absolutamente honrados, rigurosamente hombres de bien, roban, es verdad, pero roban para el círculo.

»Hace un año, un grupo de tahures libres, expulsados de todos los círculos por la vigilancia de los *croupiers*, se reunieron en consejo en un restaurant del bulevar, bajo la presidencia del célebre Ard... Al terminar el banquete se redactó una factura con la firma de Argus, impresa á costa de todos, en que estos excelentes ciudadanos, sublevados contra la malevolencia de sus enemigos naturales, descubrían las trampas empleadas por los *croupiers* para escamotear una parte del dinero que están encargados de

repartir á los puntos (esta operación se llama «ahogamiento»).

»Sabido es que es costumbre jugar con tantos, fichas ó plaquitas de nácar ó de otra materia ligera, más fáciles de manejar que las monedas y billetes. Á pesar de las prohibiciones formales, este caso subsiste y subsistirá siempre, porque los empresarios del círculo saben muy bien que un jugador demasiado prudente para colocar sobre el tapete verde una columna de 40 hermosos centenes de oro, no tiene reparo en arriesgar una ficha de nácar que representa 1.000 pesetas. Además el que debe algo á la caja, podría disimular una parte de su ganancia, si fuera en dinero, lo cual le es imposible con fichas que necesita cambiar terminado el juego, y de cuyo valor el prestamista le descuenta el importe de su crédito.

»Estas fichas se escamotean fácilmente; á cada jugada el *croupier* hace que se deslicen algunas de ellas á la *cagnotte*, casualmente, al manejar la larga y flexible paleta. De esta suerte, de segundo en segundo la ganancia del banquero y la de los jugadores disminuye, disminuye... De esta suerte sucede que *cagnottes*, cuya media es de 3.000 francos, cifra oficial, producen 20.000 francos por sesión. De esta suerte sucede que un jugador, pasmado de ha-

ber perdido tanto y ganado tan poco, corrompe al *croupier*, obtiene de él declaraciones escritas, y hace cantar al director empresario del círculo: la historia data de un año. El *gentleman* que, perdía 25.000 francos, ganó luego 80.000 tarareando la canción:

Sensible arrendatario ¿oyes á los gendarmes?»

«*Los subalternos.* Hay un *inspector de juegos*; ¿cómo se explica pues que no eche mano á todos aquellos caballeros de industria en su campo de maniobras? Pues porque el inspector las más de las veces es un antiguo *croupier* subvencionado por el círculo que debe vigilar.

»Otra consideración: la policía no disfruta de un presupuesto muy elevado; á aquellos de sus empleados á los cuales no puede dar un retiro, les hace obtener una plaza de inspector de juegos en un círculo. Allí puede prestar todavía algún pequeño servicio á la seguridad pública.

»Por estas razones, el inspector no es más que un aficionado despreciable.

»Hay también *avivadores*, *alquilones*, *pinchos* y *puntos* aparentes ó encargados de reanimar el juego. Cuando un banquero ha acrecentado en grande sus fondos, y los jugadores, escamados, no arriesgan ya su dinero, para reanimar

la partida que languidece, el empresario delega á un *punto* que juegue con el dinero del círculo y ganando considerablemente haga renacer la animación y alegría.

»Hay también *ganchos* que conducen á los sencillos hacia el garito. Y muchos otros empleados de menor importancia».

«*El agente de negocios*. No le olvidemos; también él es del círculo.

»Suponed á un jugador, á M. de Carabás, cuya situación de fortuna en Normandía es floreciente. El infortunado pierde su dinero disponible. Toma prestado á la caja. Se le prestan 10.000 francos, después hasta 15, después hasta 20. Pasada esta cifra, el cajero rehusa entregarle más. M. de Carabás, indignado, va á encontrar al empresario: «Señor—le dice—mi nombre es bien conocido; yo no vengo del Brasil; proverbial es que soy buen pagador, ¿por qué rehuser prestarme dinero?» «Señor mío—le contesta el empresario con amabilidad suma—la caja, por desgracia, no es inagotable. Pero me ocurre un medio, vaya V. mañana á ver á mi antiguo amigo X*. He aquí dos letritas para él».

»M. de Carabás es muy bien recibido en casa de X*. «¿Cómo, es mi antiguo amigo el empresario quien os envía? Tendréis 70.000 francos esta misma tarde. Conozco á uno que con mi recomendación os los prestará». Á las tres de la tarde vuelve M. de Carabás: «Es negocio concluído; pero ha sido exigente, tendréis que pagarle 10.000 francos de intereses (quedan 60.000), además una pequeña comisión (quedan 58.000). Á propósito, mi antiguo amigo me encarga que os reclame los 20.000 que os ha prestado (quedan 38.000). ¿Añadís á esto alguna cosilla por su desinteresada comisión?... ¿Sí? Gracias por él (quedan 36.000)» (1).

He aquí tomada de otro diario la descripción de la gente que frecuenta esos centros y en ellos vive:

«Lo que os llamará sobre todo la atención en ese delicioso infierno terrestre, es la veneración de que en él son objeto los granujas. No se les exige más que guardar las buenas formas; un traje elegante, cuello y puños simulados y algunas condecoraciones extranjeras legítimamente adquiridas ó de un modo ilegal. Cuando almorcéis en el gran salón del *Hôtel*... examinad á vuestros vecinos, y os creeréis en el re-

(1) Extracto del diario de París *Le Temps*.

factorio de una casa celular. Con vuestra botonadura sin cintajos, y vuestra cara de hombre de bien, haréis allí mala figura y seréis considerado como un intruso sin importancia. Uno de los más distinguidos caballeros de esta sociedad es ese capitán D... que en tiempo del segundo imperio fué condenado á muerte por haber asaltado las diligencias, robado el correo y matado á los viajeros. Aquel otro sujeto se ha hecho célebre en los tribunales de lo criminal por su obstinación en falsificar las firmas de sus amigos en letras de cambio. Aquel otro también... Mas ya sabéis que no puedo extenderme en pormenores de este género.

»En cuanto á las mujeres, conviene saber que reciben allí tantos más obsequios cuanto menos los merecen. Si allí oís decir de una joven que anda extraviada, que causa la desesperación de su familia y que sus padres se avergüenzan de haberla dado á luz, entended que en vez de bailar el *can-can* en público y entregarse á ilícitos placeres en la intimidad, ha preferido permanecer pura y casarse con un hombre honrado. Si, por el contrario, se os cita á la señora X* como modelo de esposas, estad seguro que ha sufrido muchas condenas por robo en los grandes almacenes, y que su amante se llama legión.

»Hay, dice *El Figaro* (1), á la hora misma en que escribo estas líneas, solamente en París, más de 100 casas en que se juega al *baccarat*. De estos 100 garitos, 25 al menos funcionan en condiciones excepcionalmente productivas. Tanto, que hecho un cálculo, se juzga que solo en estos últimos cinco años esas 25 casas han engullido en la *cagnotte* la suma—no nos atrevemos á llamarla respetable—de sesenta á sesenta y cinco millones! ¡Es decir, que el infeliz jugador, sin contar sus pérdidas naturales, ni las estafas de que ha podido ser víctima, ha debido, antes de correr la suerte de ganar un céntimo, pagar en cinco años un tributo al menos de sesenta millones!

»*Le Matin* no cuenta más que 24 de estos garitos; pero evalúa el producto de sus *cagnottes* en ochenta y siete millones de francos».

Y prosigue:

«Es preciso añadir á esta cifra las ganancias realizadas por los prestamistas y los *croupiers*, beneficios que llegan á veces á cantidades enormes, y que evaluaremos por término medio en 100.000 francos por año y por cabeza, que á razón de cinco de estos estimables funcionarios por cada círculo, resultan 500.000 francos

(1) *Figaro*, Febrero de 1884.

anuales por cada garito, doce millones anuales para los 24 garitos y sesenta millones en los cinco años.

Añadamos aún por término medio otros 100.000 francos anuales del señor administrador y sus acólitos, ó sean dos millones cuatrocientos mil para los 24 garitos y doce millones en los cinco años.

»Y llegaremos al bonito resultado siguiente:

Cagnottes.....	87.600.000
Prestamistas y croupiers....	60.000.000
Administradores y personal.	12.000.000
TOTAL....	<u>159.600.000</u>

»¡Ciento cincuenta y nueve millones y seiscientos mil francos devorados en cinco años por esos vampiros, solamente en París! (1).

(1) *El juego en Francia durante el verano.*—Según datos oficiosos, funcionan actualmente en los establecimientos balnearios de Francia unos 90 casinos, y el producto líquido que la *cagnotte* arroja en los 25 más importantes, puede verse en el cuadro siguiente:

	<u>Francos.</u>		<u>Francos.</u>
* Biarritz	1.000.000	Royan.....	400.000
Aix-les-Bains.....	1.000.000	Cauterest.....	400.000
Boulogne.....	800.000	Cabourg.....	380.000
Royat.....	600.000	Vichy (Eden).....	350.000
Vichy.....	600.000	Dunkerque.....	300.000
Luchon.....	500.000	Dieppe.....	200.000
Trouville.....	450.000	Havre (M. Chistene)	200.000

»Nuestra pequeña nación (Bélgica) ha seguido los mismos pasos».

Véase lo que escribía un diario bien informado:

«Existe en pleno centro de Bruselas un salón donde se juega al *ecarté* con acompañamiento de la *cagnotte*, es decir, del tributo preciso de una cantidad proporcional á la que se va á jugar, á beneficio de los empresarios del sediento círculo privado.

»La cantidad que hay que entregar, previamente es el 6 por 100 de todo lo que se juegue.

»El salón está amueblado con lujo. Á ciertas horas los empleados, en traje de tóda etiqueta, ofrecen gratis á los jugadores champagne y cigarros.

»Para luchar contra la concurrencia los explotadores del salón han declarado que cedían á los miembros fundadores el producto neto de una

	<i>Francos.</i>		<i>Francos.</i>
Palavas.....	200.000	Arcachón.....	100.000
Havre (Frascati)...	150.000	Vichy (Alcázar)...	88.000
Kursaal de Berk....	150.000	Vich (Ecarté).....	50.000
Trouville (Eden)...	150.000	Treport.....	50.000
Besason.....	140.000		
Sables d'Olonne...	100.000		
Fécamp.....	100.000		
		TOTAL....	<u>8.458.000</u>

Es decir que 25 casinos producen anualmente la fabulosa suma de ocho millones y medio de francos.

tercera parte de la *cagnotte*, ó sea el 2 por 100, después de la deducción de los gastos del círculo (alquiler, alumbrado, empleados, bebidas y demás accesorios).

»Y á los 100 primeros miembros del círculo se les han entregado 100 acciones ó partes de fundador, creadas en representación de la cesión de esa tercera parte de los beneficios. De esta suerte se trasformó á estos fundadores en asociados y reclutadores del salón. Solo que las acciones así entregadas no llevan ninguna firma, ninguna indicación de acta de sociedad, nada, en una palabra, que pueda conferir al poseedor un título formal que le permita reivindicar su parte.

»Y cuando deja de frecuentar el salón y de llevar á él nuevas víctimas, cuando él mismo ha sido desplumado, se cesa de pagarle su centésima (parte) mensual de la tercera parte de los beneficios. Esta centésima pasa á otro ó se convierte en propiedad de los directores del salón, dueños absolutos de la sedienta *sociedad de literatura* que sirve de enseña al garito. Pues bien, ¿sabéis cuál ha sido la parte mensual pagada recientemente, conforme á lo dicho, á los miembros fundadores?

»Ha variado de 90 á 110 francos por centésima parte, ó sea *para los cien partes 10.000*

francos por mes, por término medio, y 120.000 francos por año.

»Ahora bien; como esos 10.000 francos no representan más que una parte del 2 por 100 reservado á los puntos para atraerlos al salón; como por otro lado los directores perciben el 4 por 100 neto, se puede calcular en 50.000 francos mensuales la suma total de la contribución previa impuesta á los jugadores.

»Y en más de 16 veces esta suma (pues 100 representa exactamente á 16,66 veces el 6 por 100 el total de lo jugado).

»Esta cantidad sube á 800.000 francos por mes, DIEZ MILLONES PRÓXIMAMENTE AL AÑO.

»Algunas noches la *cagnotte* ha subido á más de 3.000 francos, lo que representa haberse jugado 50.000 francos!» (1).

(1) *Lo que produce Montecarlo.* — Se ha publicado estos días un detallado extracto del balance de la banca de Montecarlo, cerrado el 31 de Octubre último.

La recaudación ha sido de francos 14.850.000, mientras que en el ejercicio anterior fué de 19.850.000 francos.

Los gastos han ascendido á 6.000.000, distribuídos del modo siguiente: Al príncipe Alberto de Mónaco 200.000; gastos de policía, gendarmería, fondos secretos y diversos trabajos, 1.500.000; directores, administradores, *croupiers* y personal de servicio, 1.000.000; teatro, orquesta, tiro de pichón, carreras de caballos, regatas y obras de beneficencia, 800.000. Gastos de publicaciones, de imprenta, etc., etc., 500.000.

¡Qué de miserias, de ruinas materiales y morales, representan semejantes cifras!

¡Á cuántos dramas ignorados ó públicos, á cuántas quiebras y á veces crímenes y suicidios conducen esas horas, esos días y esas noches pasadas en el juego!

Y, sin embargo, gentes que se titulan moralistas pretenden que se debe dejar entera libertad, no sólo á los jugadores, sino también á los que fomentan su pasión para explotarla, sacando de ella pingües rentas sin correr ningún riesgo ni peligro.

Machaca el hierro con tu pesado martillo, oh herrero de las fábricas, sopla y suda ante el rojo fuego de las fraguas, y tendrás ¡tres pesetas al día!

Gastos que ocasionan los que se arruinan al juego y que desean volver á su patria, 100.000 francos. Lo que á estos desdichados se les da se conoce con el nombre del *viático de los moribundos*.

También se han invertido otros francos 100.000 en socorros á los jugadores desgraciados que no tienen valor para suicidarse.

Añadan Vds. á esto 35 suicidios, oficialmente comprobados, sin contar los ignorados por los jugadores, y que, según la crónica, han sido 15, y se tendrá el balance completo de la casa de juego de Montecarlo.

Hunde tu arado en la dura tierra, oh labrador, ara desde que amanece hasta que anochece, trabaja bajo los rayos de un sol abrasador; se te dará ¡un botijo de agua y una pesetilla!

Encórvate, oh jovencita y pálida costurera, sobre el blanco lienzo, y haz girar, incesantemente tu rápida maquinita; que cuando por la noche tus ojos despidan lágrimas de fatiga, cuando el pecho oprimido, anhelante, aspire el aire del reposo, te pagarán ¡veinte céntimos por camisa!

¡Pero Dios está viéndolo todo, amadísimos pobres míos! ¡Y un día llegará su hora!

He dicho al empezar, Señores, cuán ridículo sería, á mi parecer, el pensar convertir con argumentos de razón ó consideraciones de sentimiento al alma poseída por el demonio del juego.

Hay para el alma como para el cuerpo cánceres incurables.

Cuando el mal no es contagioso se deja al miserable morir en paz de su mala muerte. Cuando hay peligro de que contamine é infección á los demás, se toman precauciones, se encierra al leproso en cualquier lazareto solitario, y el mal muere con él.

¡Alabado sea Dios! Así es como la Europa se ha librado de las antiguas lepras orientales.

Pues bien, contra el leproso del juego es preciso recurrir á medidas sanitarias del mismo género... es necesario aislarle sin compasión en la sociedad cristiana, no permitir que su sangre inficionada corrompa la sangre de las razas puras. ¡Que la lepra muera con él!

Este medio sencillísimo va siendo ya puesto en práctica en gran número de antiguas familias, cuidadosas de su honor y de su fortuna, y del porvenir de esos dos tesoros tan penosamente adquiridos en largos años de trabajo y de virtud.

Llega, en efecto, un día en que un jugador arruinado, tronado, para valerse de su tecnicismo, se lava para que aparezcan blancas las manos enfangadas frecuentemente en juegos sucios, se perfuma para contrarrestar el pestilente olor del garito, y con mucha gracia... pide la mano de alguna rica heredera.

Pues bien, ese es el momento; que el padre y la madre con la mismísima monería, sin piedad, sin piedad repito, le den con la puerta en las narices.

Hay una dificultad... Es que antes de dar este paso desesperado, al cual se resigna por salir de su apuro, el leproso no haya conquis-

tado ya el corazón de la joven... Es cosa lamentable ver cuán fácilmente esas sencillas palomas se dejan prender en la rosada liga de tan malvados sujetos. El más desplumado de estos pollos encuentra siempre pollas á quien volver la cabeza.

Entonces será menester escuchar resignadamente la molesta muletilla del corazón traspasado, del único amor, de la vida marchitada en flor, de que no ha nacido para monja... ¡Confieso que esto es duro para un padre y para una madre!

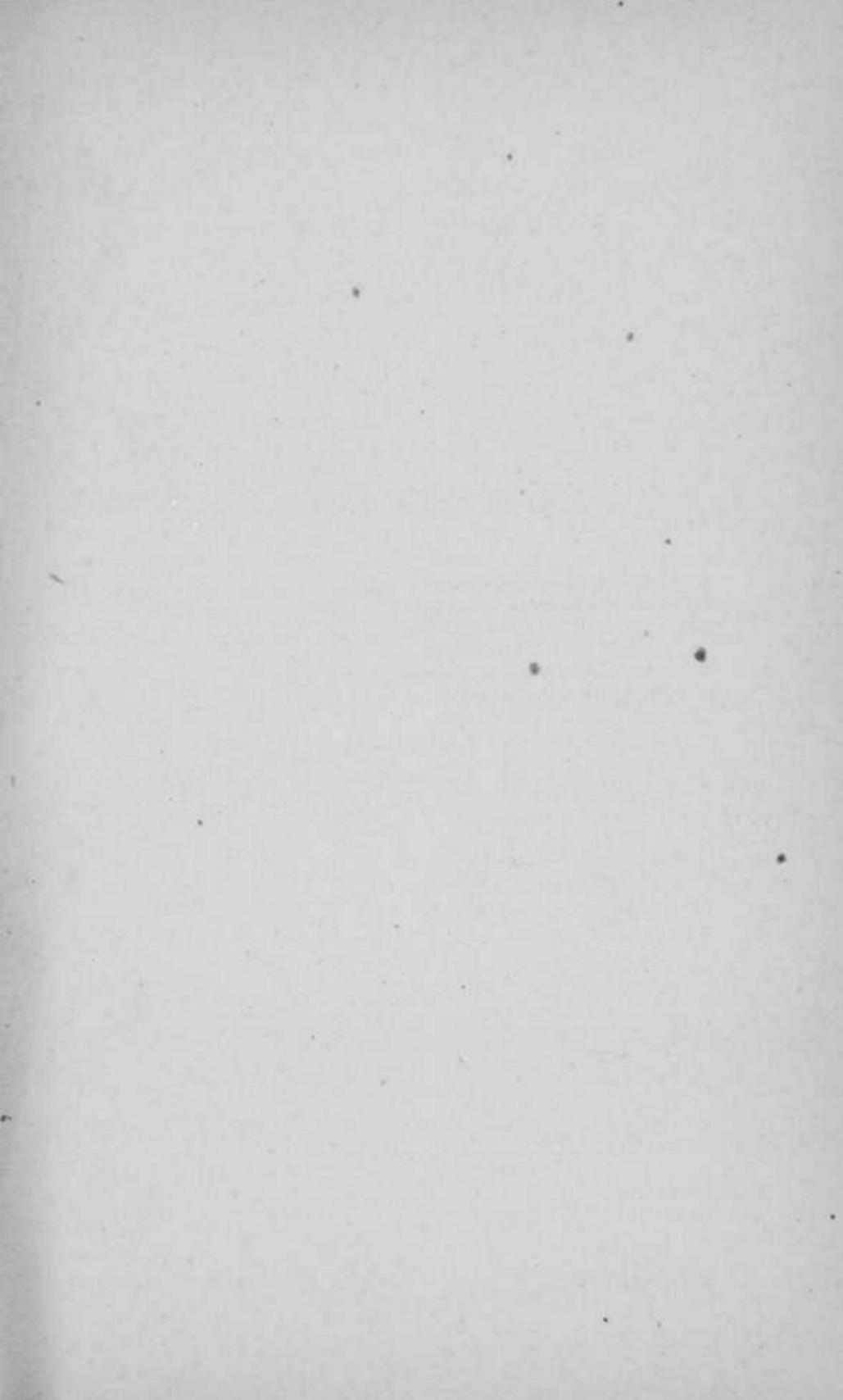
¡Tened pues mucho cuidado!... Mirad bien á qué clase de sujetos dais entrada en vuestros salones y en vuestras fiestas... ¡Afuera los viciosos, afuera aquellos á quienes los paganos de Roma declaraban infames!

Mas cuando hayáis cerrado de esta suerte al juego la puerta de honor de vuestras casas y de vuestros hoteles, por Dios, no vayáis á abrirle á escondidas otras puertas accesorias y secretas; no coloquéis en vuestros salones, en vuestros círculos íntimos esos tapetes verdes. ¡Mirad que están muy manchados de cieno y de sangre! ¡Ah! ¡qué ejemplo sería para esos hijos á quienes predicáis el honor, y la hidalguía y aun la caridad—¿no es así? pues sois cristianos y cristianas—el ver á su padre y á

su madre jugar allí, á su vista, en una hora, por un capricho malsano, lo que bastaría para que viviera toda una familia de pobres!

He concluído, Señores, he cumplido mi deber, he sembrado el buen grano. ¡Quiera Dios que podáis vosotros no dejarle morir!

A. M. D. G.





LA VIDA CRISTIANA

Ille animam suam pro nobis posuit; et nos debemus pro fratribus animas ponere. (1 Ioan., c. III, v. 16.)

El (Jesucristo) dió su vida por nosotros; y así nosotros debemos dar la nuestra por nuestros hermanos.

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA VIDA CRISTIANA
CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:



ALGUNOS de los presentes se acordarán tal vez de los romances que se cantaban en familia hace cuarenta años. Nos hallábamos muy lejos de los cantos de Gounod y de Faure. *Juana, Juanita* y *Juanona* no habían perdido nada de su frescura. Concone y Masini nos encantaban. Divulgábase entonces una melodía particularmente conmovedora; las madres, sobre todo, no se cansaban de escucharla; más de una, mientras la oía cantar, miraba á sus hijos, y después cerraba los ojos para impedir que brotaran las lágrimas. Titulábase acertadamente la composición: *Junto á una cuna*, y repetía en medianos versos las preguntas curiosas que toda madre dirige al porvenir ante la cuna de su hijo.

Aquel tierno niño—su hijo—á quien ella tiene allí, en sus brazos maternales, á quien sus ojos no se sacian de mirar, á quien come á besos, á quien llama con tantos nombres sublimes y cariñosos, salidos de su corazón, aquel niño—¡su vida!—¿qué llegará á ser, qué será un día?

Te tengo entre mis brazos
Y considero:
¿Qué será de mi niño
Si yo me muero?

Ni el niño, ni el porvenir la responden.

El niño la mira con esa mirada propia de los recién nacidos, con los ojos abiertos de par en par, hijos, pero sin ideas.

El porvenir hace oscilar delante de ella las incertidumbres de una noche vacía y profunda.

Se entrega entonces á sus sueños, y ante su pensamiento y exaltada imaginación se desarrolla un cuadro encantado, donde, en medio de la cambiante decoración de todas las posiciones sociales, contempla á su hijo: «Hombre de paz... hombre de guerra, sacerdote en el altar, gentil caballero en el baile, brillante poeta, orador, general...» (1).

(1) Homme de paix... homme de guerre,
Prêtre à l'autel, beau cavalier au bal,
Brillant poète, orateur, général...

Mas la incertidumbre la inquieta y fatiga, y cansada bien pronto de llevar su peso, escoge en su corazón una cosa concreta para su hijo.

Preguntadla y veréis cómo os responde: «Le haremos abogado... médico... notario... y, tal vez, cura».

Bienaventuradas aquellas que, solícitas de un bien más elevado, responden estas solas palabras: «¡Le haremos un buen cristiano!... ¿Qué importa lo demás?»

¿Cuál es la madre que no haya hecho cien veces estas preguntas sin respuestas, estas elecciones, estos castillos en el aire, y que no las haga todos los días? ¿Y cuántas veces no las hace llena de angustia, con el alma y el corazón acongojados?

Ante la cuna, el porvenir, hasta en sus incertidumbres, se presenta siempre sonriente. Pero más tarde, cuando el niño, conocedor ya del bien y el mal, dirige por sí mismo su voluntad libre; cuando en medio de las primeras borrascas de la juventud orienta su vela al viento de las pasiones nacientes; cuando la madre le ve sacudido por la tempestad agitarse entre las encrespadas olas de un primer naufragio... ¡ah! qué grito se escapa de su corazón!... ¡Cómo se postra ante el porvenir, esta vez amenazador y terrible, deshecha en llanto, temblorosa, supli-

cante, exclamando: «¡Hijo mío, pobre hijo mío, qué va á ser de él!...» ¡Cuán bien oran entonces las infelices madres!... Pero ¡cuántas veces es ya demasiado tarde!...

À las que junto á una cuna se entregan todavía á fantásticos sueños, quisiera yo decirles: «No preguntéis á vuestro niño, no preguntéis al porvenir. Preguntaos á vosotras mismas. Vuestro hijo será lo que de él queráis hacer vosotras... Esa alma inocente es una cera blanda en que vuestros dedos podrán dibujar rasgo por rasgo, el ideal que escogiereis. Más tarde marchará por el camino en que le hubiereis puesto... *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*» (1). Aun en su vejez—dice la Sagrada Escritura—no se apartará el hombre del camino que emprendió de joven».

Pero si Dios os ha dado sobre vuestro hijo tan grande y trascendental poder, procurad saber lo que de él debéis hacer.

Abogado, médico, notario y aun sacerdote, ¿qué significan, qué son esos nombres ó esos cargos? No son más que formas de la vida, y como tales, bien indiferentes: el fondo de la vida es lo que importa preparar en el niño; lo que se necesita es hacer de él un buen cristiano.

(1) Prov. 22, 6.

Y el cristiano ¿qué es?... ¿Qué es la vida cristiana? Eso es lo que me propongo investigar con vosotros.

Si tuviera que tratar este asunto ante una asamblea de teólogos ó filósofos, recurriría á todo un arsenal de demostraciones poderosas; llamaría en mi auxilio á la psicología, la moral, las necesidades sociales, etc., cosas todas muy sólidas seguramente, pero un tantico pesadas y no exentas de fastidio. Vosotros no sois todos teólogos, ni filósofos, y á buen seguro que no esperáis de mí en este momento un curso de filosofía moral. Prefiero, pues, Señores, tomar otro rumbo y dirigirme á vuestros corazones. «El corazón —decía Pascal— tiene razones que la razón no comprende». Abriga sobre todo, Señores, alientos de generosidad y valentía, que yo quisiera estimular esta noche. La razón nos dice: «Es preciso obrar bien», lo cual es algo... Mas el corazón nos dice: «Yo quiero obrar bien», y esto es mejor.

No es mi intento, bien lo concebís, analizar aquí todas las vidas humanas; esto sería un trabajo tan completamente inútil como imposible. No hay dos vidas humanas que se parezcan en sus detalles; cada hombre marca la suya con un

sello especial, que es como la figura de su personalidad propia.

Es posible, sin embargo, agruparlas en algunas categorías generales. Basta para esto atenerse á las grandes líneas y no hacer caso de las tintas indecisas. Hay, en efecto, Señores, en toda vida humana un principio dominante que la regula y dirige, que la mueve á su voluntad, y que, por consiguiente, es fácil reconocer en ella. Estos principios no son en el hombre ni muy numerosos, ni muy diversos, y bajo el manto variable de las más diferentes acciones se puede fácilmente descubrir que son casi siempre los mismos.

Pero no nos detengamos en estos preliminares.

Ved aquí un niño, hijo único, y sobrado de riquezas. Su padre, y su madre sobre todo, no viven más que para él; apenas abre los ojos, ambos le rodean de mil atenciones y cariñosos desvelos, y pasan el día en amarle, en cuidarle y en servirle.

El niño duerme, y aun durante su sueño todavía le vela y le sirve atenta su madre. Crece; á los cuidados de su padre y de su madre, van á agregarse los de una aya ó de una institutriz.

Hasta la edad de siete, de ocho, de diez años, este niño habrá visto en el pequeño mundo que le rodea, que todo, absolutamente todo, converge hacia su pequeña persona y se encamina á servirle. Cuando llega la hora de emprender la educación pública, el pobre jovencito se encuentra lanzado en un mundo nuevo, el mundo del colegio y de la universidad, donde no figura más que como una unidad vulgar. Se resigna á esto porque no hay otro remedio; mas bajo las apariencias de una sumisión calculada, oculta sus rebeliones secretas. Por fin llega el término de su carrera y se libra del yugo. Ahora va á vivir á sus anchas.

¿Y qué es lo que hace en su nueva vida?... Podría decirlo todo en una sola palabra... Hace lo que le agrada, rehuye todo lo demás. Tiene sus caballos, sus perros, sus criados, y de los unos y de los otros hace otros tantos instrumentos de sus caprichos. El círculo, el teatro, el tiro de pichón, la caza, el club, los bailes, las visitas, las recepciones, las veladas, son todas cosas de que alternativamente se sirve, tomando solamente de ellas tanto cuanto le acomoda y satisface para sus gustos y placeres.

Á los veinticinco años, á los treinta, se casa. Después de algunos meses rápidos, su mujer le sirve, como le han servido todas las otras cosas;

por lo demás, no veo que el fondo de su vida cambie... ¿Sus tierras? Sí, él debe de tener... allá lejos, algunos centenares de hectáreas, y más allá otras tantas, pero no lo sabe á punto fijo; su administrador está, por otra parte, encargado de eso... ¿Su fortuna?... un banquero se ocupa de ella. ¿Sus hijos?... eso pertenece á su mujer; por su parte, le concede en este punto amplia libertad.

Un día hace Dios una señal, y nuestro hombre muere.

¿Es esto vida cristiana?...

¡Ah, Señores! ¿quién de vosotros se atrevería á responder: ¡Sí!?...

De ese rico ataúd sale el nauseabundo olor de dos lepras morales: el egoísmo y la ociosidad.

¡El egoísmo!... «yo», siempre «yo». Ese fué el blanco de su vida. Examinad bien toda la historia de ese hombre, y le encontraréis sin cesar mirándose á sí mismo. Quizás no habrá hecho mal á la más pequeña criatura de Dios; ¡no! él las espiaba todas para atraerlas hacia sí y convertirlas en materia de sus entretenimientos; las amaba, cuando le servían bien; no las maldecía cuando se hacían inútiles; se limitaba á deshacerse de ellas.

¡De los pobres!... Sí, él sabía que existían pobres, había oído hablar de ellos por el cuestor

ó cuestora, que todos los inviernos venían á llamar á su hotel, y aun había dado para ellos una veintena de luises, porque sentaba bien á su nombre figurar á la cabeza de las listas de cuestación ó suscripción, y porque la cuestora, por otra parte, era muy simpática y le había encantado; pero no habiendo tenido jamás él mismo ni frío ni hambre, nunca se había preocupado más de semejantes cosas.

¿Quién de vosotros, Señores, no conoce á ese hombre que todo lo convierte en sustancia propia, y hasta en los sentimientos más tiernos y más nobles del corazón humano, hasta en esos arranques de entusiasmo y de amor en que el hombre se olvida tan fácilmente de sí propio para sacrificarse, si preciso fuera, por otro, él reprime su corazón tirándole de la brida, y se busca á sí propio aun en la entrega y abandono de ese mismo corazón? ¡Amar él! ¡Ah! no os dejéis engañar!... No es á vosotros á quien ama; lo que ama es el placer que experimenta en gustar la dulzura del amor; es menos quizá, es la vanagloria que le produce vuestra conquista y la secreta satisfacción del triunfo.

¡Él, él... siempre él!

He dicho también antes que del fondo de su ataúd sale otro hedor insoportable, el hedor de ¡la ociosidad!

El trabajo es la gloriosa vestidura del hombre. ¡Una frente que se ha arrugado á fuerza de meditaciones silenciosas, unas manos que se han encallecido á fuerza de machacar hierro, pueden levantarse noblemente hacia el cielo y mostrarse á Dios! Pero él, ¿qué ha hecho?

¿Cuándo su pensamiento adormecido é inerte se ha elevado sobre el almohadón de los sentidos, en el cual desde la primera hora le acostó perezoso y lánguido? ¿Cuándo se han fatigado sus brazos? ¿Cómo ha de ser esto vida cristiana?

«¡Ay de vosotros los que sois ricos en Sión y andáis en Israel con tan fastuosa pompa!... ¡Descansáis en lechos de marfil, cantáis al son de las arpas, bebéis el vino en copas de oro, os perfumáis con delicados unguentos... y no participáis nada de los dolores de mi pueblo! ¡Ay de vosotros! voy á arrancar del seno de la tierra vuestra raza de ociosos y muelles! *Factio lascivientium auferetur*» (1).

Sea Dios alabado, Señores; no es fácil llevar una vida tal como acabo de pintarla. Es preciso ser muy rico para llevar semejante vida, y la riqueza no es el lote general de los hombres.

(1) Amos, 6, 1-7.

La mayor parte se ven forzados al trabajo por las necesidades de la vida misma, y desde entonces su existencia toma un rumbo muy diferente. No es difícil averiguar lo que llega á ser; basta para eso echar una mirada en derredor de sí mismo. Desgraciadamente, en nuestras grandes ciudades, tan embellecidas, á través de las ventanas de vuestros hoteles, es raro que podáis fijar la vista en el cuartucho del trabajador ó de la trabajadora. Permitidme, pues, que os refiera yo lo que allí pasa. Me fijaré en uno entre mil.

Es bien estrecha la pobre vivienda de la trabajadora, en un cuarto ó quinto piso; las paredes están blanqueadas con cal; en un rincón una cama miserable y sin cortinas, un armario de pino barnizado y un braserillo; sobre un poyo un crucifijo, dos candeleros de cristal, un quinqué y varios cuadritos de á real con fotografías decaídas y amarillentas; una mesa junto á una ventana... y pare usted de contar. Junto á la mesa, inclinada sobre montones de telas, la obrera, con los ojos fijos, pasa y repasa su valiente aguja. Sonríe al sol que acaricia con sus graciosos rayos á un geranio colocado en la ventana. No tiene más que esta planta en el mundo, y la ama; no se apartan una de otra... Las cuatro daban en el reloj de la ciudad, y apenas apuntaba el

día, cuando vino á sentarse allí, al lado de la flor con su obra. Al mediodía se levantará, preparará á toda prisa su frugal comida, y una vez terminada ésta, volverá á sentarse hasta que las sombras, descendiendo sobre la ciudad, disputen á sus ojos la vista de su labor... Entonces encenderá su quinqué y meterá dentro la maceta con su flor, y corriendo las cortinillas de su ventana, continuará su trabajo... Dan las once, á veces las doce de la noche... todos los ruidos de la ciudad se han extinguido uno en pos de otro; la noche y el silencio son profundos y sombríos... Mirad bien á través de los visillos que tamizan la luz, y veréis la silueta indecisa de la obrera; allí está, siempre allí, moviendo siempre su aguja infatigable... ¡No necesita vivir!? ¡Y el dinero es tan difícil de ganar!...

Desde hace veinte años esta es su vida. Á los quince años empezó como aprendiz, y luego de oficiala. Su padre había muerto. Su hermano mayor acababa de casarse, y consigo se había llevado la ganancia de su trabajo; quedaban con ella su madre y dos hermanitos menores; era preciso sustentarles... Trabajó, pues... Á su vez murió su madre cuando ella contaba veinticinco años... ¡Pobre joven! Comprimió los sentimientos de su corazón, y como su prometido le preguntase si estaba pronta á verificar su enlace:

«¡No—le respondió—todo ha concluído! Adiós, no pienses más en mí, necesito trabajar para los dos pequeñuelos!»

Después, uno de sus dos hermanitos, el más joven, murió entre sus brazos; el mayor se casó, y trabaja... Ella tiene ahora cuarenta años, y está sola. Va pasando ya lo mejor de su vida... y la va á continuar veinte años todavía, treinta quizás. No tiene miedo al porvenir... con tal que no le falte trabajo. Cuando se vea quebrantada por la edad, se irá al Asilo de las Hermanitas de los Pobres: ¡se dice que los ancianos están allí tan bien!... ¡y allí morirá tranquila!

Lo que acabo de referiros, Señores, no es la historia de ninguno en particular, y no podría yo aplicar á ella ningún nombre; pero con igual razón podría decir que es la historia de todos en el mundo de los trabajadores: ¡tan ordinarias son en él semejantes situaciones!

Ahora bien, ¿es esta la vida cristiana?

No quiero responder todavía, pero ¿no veis qué sello de grandor y de belleza ha impreso el trabajo sobre esa existencia? Esa obrera, á quien no conocíais, ¿no os ha conmovido?... ¿no sentís hacia ella en vuestro corazón, á la vez estima y respeto?... ¿no os sentís ya inclinados á amar á esa pobre mujer? Pues bien, yo tomo acta

de ese sentimiento espontáneo, y sin responder que esa sea la vida cristiana, no vacilo en afirmar que el trabajo ha de ser parte integrante de ella, pues le comunica grandeza y belleza moral, y toda grandeza y belleza moral tiene su puesto de derecho en la vida cristiana.

Dejo además de responder ahora á la cuestión por un motivo muy sencillo. Podráis al punto hacerme una objeción: «Esa mujer trabaja; está muy bien, pero le era preciso á toda costa el trabajo para poder vivir. No ha escogido ella esa existencia de trabajo y penalidades. Y sin elección libre ¿dónde está el mérito?»

Es verdad, Señores.

Para que el trabajo honre una vida y la ennoblezca es preciso que sea libremente querido, ó libremente aceptado. Supongo que me concederéis este último punto: un pobre que se resigna libremente al trabajo, sin maldecir á la sociedad ni á la Providencia; que recibe, sin tasca el freno, ese yugo al cual las circunstancias le encadenan, tiene, ciertamente, á los ojos de un espíritu justo, el mismo valor moral que el rico que, sin necesidad, le escoge y lo coloca sobre sus hombros.

Es preciso, pues, que el trabajo sea libre-

mente querido ó libremente aceptado. Así lo entendemos nosotros. Pero ¿basta esto? ¿Honra á la vida todo género de trabajo? Os responderé con un proverbio: «Sí, no hay oficio despreciable». El objeto acerca del cual versa el trabajo, ó sea la materia del trabajo, importa poco. Bien sé que en esto hay prejuicios contrarios. Un platero mirará de alto á abajo á un calderero, quien á su vez hará lo mismo con un hojalatero, y éste con un buhonero, el cual todavía encontrará alguno á quien mirar desde arriba. Pero estas categorías nada significan ante el buen sentido.

Existe de hecho, lo reconozco igualmente, una especie de jerarquía y como ciertos derechos de preeminencia entre los diferentes objetos del trabajo del hombre; pero es un desacierto el establecerlos.

Un arte es más elevado que un oficio, una ciencia lo es más que un arte; pero desde que se desciende á detalles empiezan á nacer dificultades. ¿Á quién daréis la preferencia? al carpintero ó al albañil? al músico ó al pintor? á las letras ó á las ciencias? al comercio ó á la industria?...

En una circunstancia de este género, en presencia de dos grandes damas que pretendían pasar cada una antes que la otra, Napoleón cre-

yó arreglar la cuestión cediendo el paso á la más anciana. No consiguió nada, como habréis adivinado, pues cada cual afectaba ser la más joven. Tampoco vosotros conseguiréis más, pero por la razón contraria, porque aquí lo que se ambiciona es la edad, es la antigüedad: la ciencia, se dirá, es más antigua que las letras, el comercio más antiguo que la industria, y así de lo demás.

Mas, aun tomando dos objetos, entre los cuales no sea posible la competencia, ¿cómo decidiréis?

He aquí un filósofo: «Es cosa admitida que la filosofía es la reina de las ciencias». He aquí un filósofo; ha pasado su vida en la soledad del pensamiento, investigando la verdad de las cosas, diligente y soñador, con las manos en la cabeza... Veinte veces ha levantado el edificio de sus sistemas, amontonando y enlazando trabajosamente sus silogismos, como habréis visto poderosas grúas elevar rechinando enormes bloques de mármol y colocarlos unos sobre otros, para levantar en los aires la majestuosa musculatura de nuestros monumentos... Al día siguiente, un nuevo silogismo echa por tierra como un castillo de naipes todas las murallas de la víspera... hay que volverlo á hacer todo, y todo lo rehace... En esta labor se le ha pasado

la vida, ¡y cuántas veces, llegado el término, resumiendo el resultado neto y preciso de todo este trabajo, solo encuentra ante sí el mezquino haber de algunas verdades que, á los diez años de su edad, había en ocho días aprendido en el catecismo!

He aquí en su negro taller un herrero de arregado y nervudo brazo... Enrojece su hierro en la fragua, que silba lanzando sus enroscadas y blancas llamas. Lo bate sobre el yunque con acompasados y retumbantes golpes, en medio de un haz de estrellas que saltan en derredor.

También él pasa su vida toda entera en esto, animoso y valiente, batiendo su hierro, siempre martillando.

Ciertamente, la filosofía es de condición y de raza más elevada, y más noble que ese martilleo. Pero el trabajo del herrero ¿ha honrado menos la vida de éste que el trabajo del filósofo la suya? ¡No! Esos dos trabajadores, el trabajador del hierro y el trabajador del pensamiento, pueden caminar á la par y sentarse en el mismo rango. Ambos han cumplido su deber.

No es, pues, al objeto material del trabajo á quien hay que preguntar para clasificar á los trabajadores en diverso rango de estimación.

¿Pues á quién preguntaremos?

Al fin del trabajo.

¿Por qué trabajan? Cuando su voluntad se ha abrazado con esa vida ruda, ¿qué se proponía? ¿á dónde se dirigía?

He ahí la cuestión dominante. He ahí la pregunta que debe hacerse.

No se la hagáis al hombre mismo. Es raro que el hombre confiese el fin verdadero que se propone. Tomad otro rumbo.

He dicho alguna vez que, al ver las personas curiosas pasar á un amigo, suelen preguntarse: ¿Á dónde puede ir por ese camino? Les sucede entonces, según se asegura, que le siguen, le ven doblar tal esquina, continúan siguiéndole, y no paran hasta que, viéndole al fin desaparecer por una puerta entreabierta, saben ya de un modo fijo el número de la casa ó del hotel en que ha entrado. Pero entonces surge otra cuestión.

¿Á qué puede venir ahí? Esta cuestión es más difícil de resolver: sería preciso para ello que las casas tuvieran paredes de cristal; y si las tuvieran, tal vez no hubiera entrado ahí el amigo.

Este proceder, por bajo y poco noble que sea, es el que nos conviene seguir, Señores. Siguiendo de esta manera al hombre paso á paso, es

como llegaremos á descubrir el objeto final, hacia el cual tiende las alas de su actividad.

Si yo veo á un hombre correr anhelante hacia el placer, hacia la riqueza, hacia la gloria; si le veo agotar en la prosecución de tales objetos todo el ardor de su voluntad, toda la sangre de su vida; si le veo, después de diez años, de veinte años de esfuerzos, asir en fin con sus manos febriles esos bienes, de los que ha hecho el alma de su existencia, y descansando en ellos, gozarlos satisfecho y contento, sin que le estimule un deseo más elevado, tendré, ciertamente, derecho de afirmar que el fin y blanco de este hombre ha sido la gloria, la riqueza, el placer.

Y qué, Señores, ¿puede el hombre hacer de esas cosas el fin de su trabajo, el blanco de su vida? ¿Existen verdaderamente hombres que no vivan más que para ellos? ¡Ay! sí, y su número no es pequeño.

¿Os acordáis de aquella novela en que Conscience pinta á un avaro? ¿Y de aquella escena horrible en que su pasión, por largo tiempo disfrazada, se pone al descubierto en un sueño?

Se había dormido en su silla al lado de la cama en que se moría el anciano... Soñaba; sus ojos estaban ocultos bajo unos párpados cerrados y sombríos; sus labios se agitaban nerviosos, y de su garganta oprimida salían palabras

entrecortadas, vagas y confusas: «En su bodega... cien mil florines... el viejo avaro... Mañana morirá... ¡No, no, nada de alimentos; se curaría! agua, pan... el hambre le ayudará á morir!... Tengo su testamento... ¡cuánto tarda y cómo se resiste á morir!... ¡Ah! ¡ya se va, ya está agonizando, se muere... todo su oro es para mí!» Un grito desgarrador se escapó del pecho del moribundo... ¡Lo había oído y entendido todo!

El soñador da un salto, y de pie, con los puños cerrados, comprendiendo que todo estaba perdido, lanzó una mirada de hiena sobre los ojos despavoridos del anciano.

—¡Víbora!—le dice temblando el pobre tío al avaro sobrino, echándose atrás en su camastro de pajas.—¡Ah! ¿conque quieres dejarme morir aquí de hambre como á un perro? ¿conque he vivido ya demasiado tiempo, no es así? ¡Pan y agua solamente, y con esto moriré más pronto! ¡Necesitas mi dinero, asesino! ¡Y para eso es preciso que yo muera!

—Nadie os oye—responde el sobrino, y se echa á reír, con una risa en que el odio y la cólera marcaban sus feroces rasgos.

—Me río de vuestra locura—añade.—¿Creíais, acaso, que solo por amor á vos había de vivir aquí diez años como un esclavo? ¿que solo por amor á vos había de estar acariciándoos durante

diez años como perro?... Eso era suponerme más simple que un niño. ¡Ah! ¡yo os he sacrificado mi voluntad, mis deseos, mi vida, mi alma, sí; pero me lo habéis de pagar á peso de oro!... ¡Las llaves! ¡Vengan les llaves!

Entonces, en aquella choza perdida en el seno del bosque, en medio de las tinieblas y silencio de la noche, se entabló desigual lucha entre aquel viejo descarnado y moribundo y aquel vivo, ébrio de pasión y de cólera: el viejo apretaba fuertemente con su mano huesosa las llaves de hierro ocultas entre las mantas; el otro con sus dos puños sacudía el brazo descarnado que le resistía, y uno á uno separaba los dedos rígidos y convulsos del moribundo... «¡Ah! ¡las cogeré, gritaba, aunque tuviera que arrancaros las manos con ellas!» Y de un brinco, arrojándose sobre la cama, que crujió espantosamente, y encorvándose sobre aquel miserable cuerpo, como una pantera sobre su presa, con los dos codos le hundió el pecho... Los brazos del viejo se agitaron convulsivamente; luego, inmóviles, se extendieron... El monstruo, de un tirón rompió la cuerda que tenía sujetas las llaves al cuello del muerto. Tocaba á su término; había llegado el fin á que había consagrado su vida... ¡tenía oro!

Todos sabéis lo demás, y cómo Dios no lo

consintió. He reproducido toda esta terrible escena, porque nos pone á la vista al hombre dirigiendo su trabajo y toda la actividad de su existencia hacia el oro y la fortuna.

Me salís al paso, Señores. Os oigo decir que eso es el hecho de un monstruo, no de un hombre; que esos casos son anormales, que mi historia es una novela, y que de ella nada puedo deducir.

Soy de vuestro parecer, y no quiero deducir de ella nada. Pero ¿no es cierto que existe entre los hombres esa pasión del oro? ¿Que si no los conduce al crimen que acabo de contar, siguiendo al ilustre maestro, con frecuencia los extraía lejos del camino de la virtud, de la justicia y del honor?

¿Lo negaréis? Pero ni aun tanto quiero avanzar. Me basta que admitáis esto: que pueda encontrarse un hombre que haga del oro el objeto final de su vida. No tendría dificultad en admitir, si os empeñarais en ello, que ese hombre que mira exclusivamente al oro, jamás para conseguirle ha lesionado los derechos ajenos ni puesto trabas á las empresas de otros; que siempre ha seguido, no solamente las reglas del honor, sino también las más finas exigencias

de la delicadeza; que ha sido, que es y que será un perfecto hombre de bien. Todo eso lo admito. Mas pregunto: ¿puede el oro ser el objeto final del trabajo en la vida cristiana?

¿Es para amontonar oro para lo que estamos en el mundo?... ¿Cómo... una criatura tan noble para una cosa tan vana? ¿Un espíritu para esa materia, una inteligencia para esa fuerza bruta?...

No, ¿no es verdad?

No, Señores, y voy á deciros una cosa que os extrañará tal vez en labios de un sacerdote.

Yo comprendería mejor, yo comprendo mejor, que un hombre haga el objeto final de su vida del placer.

¡Porque, al fin, el placer es alguna cosa para el hombre!

Al menos hay en él una emoción que hace vibrar su cuerpo y que le agita, una embriaguez que le embelesa y le encanta... Pero ¿qué hace el oro á mis sentidos? ¿Qué hace el oro á mi alma?

Mejor todavía comprendería yo que el hombre escogiese la gloria, por nebulosa é impalpable que sea esa cosa aérea, esa nube, ese humo que se llama gloria. La gloria se refiere al espíritu; es más elevada que el placer que se refiere á los sentidos. Ambos son más elevados que el oro, que no afecta ni al uno ni á los

otros. ¡La gloria tiene cierta cosa de grande y un brillo noble que fascina, el placer tiene cierta cosa de dulce, de muelle, que arrastra, mas el oro solo encierra vanidad y falsedad!

Sea de esto lo que quiera, Señores, como no puede el oro, tampoco pueden el placer ni la gloria servir de objeto final legítimo al trabajo de la vida cristiana. El hombre no encuentra en ellos ni el bien á que aspira, ni la felicidad á que tiene derecho.

Por otra parte, Señores, cuando el hombre coloca el fin de su trabajo en el oro, en el placer y en la gloria, ¿qué busca sino á sí mismo?, y si la ociosidad no mancilla en este caso su existencia, ¿no la mancha el egoísmo á su vez? ¿No continúa la vida reconcentrada en sí propio? ¿no es un replegarse el corazón humano sobre sí?...

Pero el hombre puede obrar por fin más noble. Si exceptúo el placer que necesariamente concluye en un goce personal y guarda fatalmente su sello característico de fin, el oro y la gloria pueden también ser tomados como medios para llegar á un fin más elevado.

Un padre puede gastar su vida en el trabajo y aspirar á la fortuna, pero para legarla á sus hijos y enriquecerlos. Un hombre puede ambicionar la gloria y trabajar por ella, pero con el

pensamiento de transmitir á su familia, á su país, un lustre que la engrandezca y eleve.

Parece que aquí todo concurre á la dignidad y al honor de la vida. Aquí al menos al lado del trabajo no se levanta ya el egoísmo; ese corazón se esparce al exterior y se entrega. ¿No es un bello espectáculo el de ese padre y de esa madre que no descansan jamás y ganan á precio de sus sudores el pan que necesitan sus hijos?

Id, Señores, en Mayo ó Junio al centro de un verde soto ó de un frondoso bosque. Se hallan entonces llenos de encantos y misterios: es por la mañana; el rocío, en perlas esféricas, coloca diamantes sobre todas las hojas; los brezos doblegan á vuestro paso sus pequeñas campanillas rosadas; ondas de silvestre perfume ascienden del suelo hacia el cielo, y mil cánticos de pajarillos se entrecruzan en la enramada... buscad, sin hacer ruido, por los arranques de las ramas, ved aquí el nido de una curruca.

En él duermen los polluelos acurrucados y estrechándose unos contra otros, se diría que son bolitas de carne sonrosada cubiertas de pelusa gris; ocultaos, viene su madre... vuela rápida entre las ramas, se detiene, contempla su nido... miradla sobre el borde, de repente todos los piquitos se abren, todos los cuellecitos se alargan con movimientos ansiosos, y la

madre da al uno, al otro, á todos una mosca, una mariposa, una baya de hiedra, hasta que se agota su provisión; luego, al punto, alerta, vuela á emprender su vuelo y su caza á través del bosque. Si os detenéis allí, la veréis llegar y partir, volver á llegar y volver á partir de esta suerte, sin reposo, sin descanso, sin distraerse de su camino, hasta que la noche, deslizándose á través de las ramas, invade el bosque y la envuelve en sus sombras. Entonces se acostará la pobrecilla suavemente sobre sus pequeñuelos con las alas tendidas para abrigo, porque hace frío por la noche en los umbríos bosques... Pero á la mañana siguiente, al primer pálido rayo que llegue á tocar el ramaje, despertando inmediatamente, sacudirá sus alas y volverá á emprender su vida laboriosa...

¡Trabaja por sus hijos!

Una noche se levantaba la luna blanca y clara sobre las llanuras de Argel. El cazador de leones tomó su fusil, se lo echó á la espalda y partió; había dado la víspera con la pista del camino de las fieras; á la entrada de unos matorrales preparó su arma, y con el dedo sobre el gatillo, echado hacia adelante, observando con penetrante mirada por todas partes, latiendo su corazón de emoción generosa, lentamente avanzó... De repente, las hojas se estremecie-

ron: observa, ve ante sí saltar una sombra, y de pie sobre un otero aparece la negra silueta del león... Lo vió proyectándose sobre el claro cielo, vió los erizados contornos de sus melenas, y en medio, como dos llamas redondas, los ojos del león fijos sobre él... Apuntó entre aquellos dos ojos. Resonó el estruendo de su disparo por el bosque, la masa sombría rodó con un ronco rugido. Había apuntado bien...

No se movió de su sitio, porque adivinaba el fin del drama... Por el mismo camino avanzó otra sombra inquieta y rampante, olfateó el cadáver cálido y se irguió, también ella negra sobre el blanco cielo. Otra vez apuntó el cazador, y un desgarrador rugido respondió á su arma... la sombra desapareció arrastrándose por entre las yerbas, él la siguió marchando por el surco que ella había abierto; palpando con sus manos el suelo, notaba un reguero de sangre caliente. Un rugido terrible le detuvo de repente, y á la indecisa luz de la luna vió á la madre, á la leona, agonizante—su tiro le había roto el espinazo—tapando con su cuerpo la entrada de su cueva en las rocas. Sus ojos lanzaban rayos, sus fauces entreabiertas y convulsas dejaban ver unos dientes vengadores, y de su garganta partían con broncas sacudidas, siniestros rugidos. El cazador la remató.

¿Por qué había ido á morir allí la leona? ¿Por qué, desangrándose enteramente, se había arrastrado hasta allí? ¿Por qué hasta en su agonía hacía aún allí la guardia?

Cuando el cazador se acercó al cadáver, dos leoncillos escondidos detrás de la muerta, con grandes esfuerzos deslizaban sus cabezas bajo su costado en busca de un alimento que ya no existía.

Así mueren estas madres por sus hijos.

¿Qué quiere decir esto, Señores?

¡Ah! No permita Dios que jamás deje caer de mis labios una palabra, una sola palabra que pueda menoscabar en lo más mínimo la majestad y la inefable dulzura y el augusto amor tan fuerte, tan ardoroso y tan tierno que Dios ha infundido en el corazón de un padre y de una madre.

¿Pero no veis, Señores, que ese amor brota en el corazón de un triple principio, como una flor que se afianza en el suelo por una triple raíz?

Brota del instinto.

Nace de la razón.

Y, en nuestros corazones cristianos, nace de la fe.

Nace del instinto... y bajo esta forma, ya

bien conmovedora, puesto que nos conmueve deliciosamente cuando aparece en esos seres á quienes Dios no ha llamado á una vida más elevada, bajo esta forma no es apenas otra cosa que un juego de sensaciones y de estímulos fisiológicos, que conducen, por una serie ordenada de actos necesarios, á resultados sin valor moral.

Nace del instinto, pero también nace de la razón en el hombre...; la inteligencia y la libertad le dan en este caso una elevación, que ya no se limita simplemente á conovernos, sino que nos inspira siempre respeto y muchas veces admiración.

Y en el cristiano nace, Señores, á la vez del instinto, de la razón y de la fe. Ya no es solamente un sentimiento, ni es tan solo un deber natural libremente cumplido, es más: es una virtud... Ya no basta que sintáis conmovido vuestro corazón, Señores; tampoco basta que inclinéis con respeto vuestras frentes; es preciso que veneréis, es preciso que dobléis las rodillas, porque la fe, no solo comunica nobleza y grandeza al amor del padre y de la madre, sino que también le comunica santidad.

Hijos de esta suerte amados, con este grande y santo amor, ¿pueden ser el objeto y el fin de la vida cristiana? ¡Ah! indudablemente, Señores

res, y la vida pasada de este modo será vendida y meritoria.

Mas la triple corriente que alimenta ese gran amor en el corazón del hombre, llega á él en mezcla desigual. No es fácil regular estos puntos.

Desbordado el instinto, da la razón un caudal escaso, y la fe no suministra más que un tenue hilito. ¿Qué resta entonces de cristiano en aquel sentimiento? ¿No veis cómo queda expuesto á convertirse en una simple forma, más ó menos refinada, de egoísmo?

¡Qué de operarios, en todas las regiones de la actividad humana me responderán: «Yo trabajo para mis hijos!» Y, no obstante, Señores, si me pidierais mi parecer acerca de ellos y me preguntarais: «¿Es eso la vida cristiana?» no sabría responderos. Nadie entre los hombres penetra los secretos móviles del corazón humano. ¿Quién nos dirá si el amor que activa ese trabajo, trae en este caso su origen del instinto, de la razón ó de la fe? Solo Dios y el hombre mismo tienen conocimiento de esas cosas ocultas en el alma. ¡Y cuántas veces no nos engañamos nosotros mismos acerca de nuestras propias cosas!... ¡Cuántas veces no sabemos reconocer el soplo que inspira nuestras voluntades y el espíritu que nos agita!... ¡Cuántas

veces nos forjamos ilusiones acerca de la verdadera raíz de nuestro amor!

Pero donde nadie se engañará es en lo que voy á decir.

¡Ah! ¡Que Dios me conceda el exponerlo bien!...

Tenía la joven dieciséis años... Acababa de salir de la atmósfera templada y pacífica del colegio, y se hallaba de repente trasportada en medio del ambiente esplendoroso y radiante, pero sofocante y agitadísimo del mundo. Hasta entonces no había gustado más que goces medidos y placeres metódicos, únicos admitidos dentro de los muros de un claustro, y ahora entreveía, en un porvenir lleno de satisfacciones sonrientes, á esa gran tentadora que se llama vida mundana... La oía hablar bajito á su oído y decirle con lenguaje encantador mil cosas halagüeñas y hacerle seductoras promesas, y mientras la escuchaba, pasaban ante sus ojos resplandores de seda y terciopelo; preciosos vestidos se deslizaban con su suave y característico roce, envolviéndola en sus reflejos y cambiantes; en sus cabellos y sobre su pecho veía flores embalsamadas; sentía perfumes suaves en el aire que respiraba; voces insi-

nuantes le trasmitían palabras llenas de vagas ternezas.

Todo el torbellino de esas vanidades que tan poderosamente conmueven el corazón de una joven, bailaban delante de ella, en medio de una luz rosada, como la luz de la primavera.

Y ella sonreía contemplando aquel cuadro encantador.

¡Oh! ¡cuán hermosa era aquella vida que se entreabría á sus pasos, y cuán gozosa iba á caminar por ella!

Un día en su alma se hizo un gran silencio... «¡Ven, hija mía!», le dijo una voz nueva, dulce también y tierna, pero austera y fría... Y ella partió.

Vedla aquí ahora...

Es la misma... con el virginal candor de su rostro, con esa inocente sonrisa en que se dibujan bondades inefables, con esa mirada pura y brillante en que se baña su ardiente alma. Vedla aquí.

¿Qué se han hecho la seda y el terciopelo de la joven? ¿Dónde están los brillantes y el oro de su aderezo? Lleva sobre su pecho un pequeño crucifijo de cobre... ¿Dónde están las flores de sus cabellos? Un lienzo blanco ciñe su frente y se repliega sobre sus mejillas... ¿Su madre? ¡Un día le dijo adiós inundada de lágrimas; largo

tiempo permanecieron abrazadas, no sabiendo separarse ni los brazos ni los corazones; ni una palabra salía de sus pechos donde se entrecorbaban los suspiros: luego, en un instante en que Dios juntó para ella todos los dolores del martirio, se irguió, y apartando suavemente de sí á su madre... partió!

¿Y por qué ese abandono y esa partida? ¿Por qué ese corazón que ardía en tan gran necesidad de ternura y amor, por qué se ha desgarrado y dividido en dos?... ¡Ah! ¡Voy á decíroslo!

Nada hay tan triste como la vejez del hombre. Toda fuerza huye de su cuerpo que se agota, toda amabilidad, todo atractivo le abandona. Aquella frente pierde su frescor y se endurece, surcándose con grandes arrugas; aquella alma que otras veces sonreía á la vida, parece que ya no abriga más que tristezas severas y amargos pesares.

Es la noche que cae y las tinieblas que avanzan; y la noche y las tinieblas siempre son melancólicas.

Mientras por un lado se alejan la belleza, la fuerza, el atractivo, por otro avanza todo el cortejo de las enfermedades humanas; toman posesión de ese cuerpo, y subterráneamente, aun antes de la muerte, le consumen, le despedazan y le descomponen... le dejan hecho una

miseria y un objeto repugnante. Cuando el viejo es pobre, no encuentra las atenciones y los servicios que ya no puede prestarse á sí mismo, ni en manos amigas, ni en manos mercenarias; se pudre: su decrepitud le hace asqueroso y repugnante; su aproximación produce sobresaltos de horror... ya no es solamente una ruina, es casi una inmundicia y un muladar.

Pues bien, á ese viejo asqueroso y repugnante, á esa ruina inmunda es á quien nuestra joven, á sus veinte años, va á tomar en sus brazos... Ella le ha levantado de entre las pajas en que yacía, le ha colocado en una cama hecha por ella expresamente para él; le ha lavado con sus manos, le ha curado y vendado sus heridas, le ha dado de comer y de beber, é irá por él á mendigar de puerta en puerta, y le servirá, y le amará, y vivirá para él... ¡Por él es por quien ha dejado á su madre!

¡Ah, Señores, no sabéis lo que es semejante vida! Es preciso haber visitado esos asilos de las Hermanitas de los Pobres; es preciso haberse aproximado de cerca á esos viejos y á esas viejas; es preciso haber sentido el nauseabundo olor de esos envejecidos cuerpos y haber tocado con las manos todas las egoístas pequeñeces de

esas almas aviejadas; es preciso haber leído en esos ojos apagados, en que se encuentran á veces bajo la envoltura de la enfermedad y de la decrepitud las huellas mal borradas del vicio; es preciso haber visto todo eso para comprender lo que es retirarse del mundo y alejarse de su familia, á los veinte años, cuando sonrío la vida tan bella y tan encantadora, para encerrarse con esos miserables y jurar vivir consagrada á su servicio y morir por ellos.

Y esto es lo que hacen esas angélicas criaturas. Allí están, sumamente gozosas, rodeando á esos ancianos; les sonrén, se ingenian para complacerles, les cantan para animarles, les acarician como lo haría una madre con su hijo.

¿Y ellas?... ¿y ellas?... ¿qué tienen ellas en retorno? ¡Ah! ¿de veras se trata de ellas, Señores?... ¿Han pensado ellas jamás en sí mismas?... Ellas vienen las últimas. Si su corazón encuentra algún alimento en este mundo, es un resto de amor salido de esos viejos corazones agotados, como para su mesa les sirven á ellas los residuos de la mesa de los viejos.

Y allí se reconcentra su vida, Señores, ¿lo oís bien? allí está su vida. Y esa vida durará diez años, veinte años, treinta años, siempre la misma en su austera monotonía.

Un día—y ese día ¡ay! llega muy presto para

ellas—un día la Hermanita, agotada á su vez, sentirá que ha llegado su hora, y sencilla, resignada, siempre sonriendo, se recostará en los brazos de la muerte.

¿La habéis contemplado en esta situación?

En un cuartito sin adornos, al pie de un crucifijo, sobre un blanco lecho, vestida de su pobre hábito, se halla tendida la muerta... Una sonrisa inmóvil ha quedado fija en sus fríos labios. Una corona de desposada ciñe su frente; los viejos que la querían como á hija y la respetaban como á madre, han ido al campo, y de allí han traído flores y verde ramaje y plantas aromáticas; con violetas han hecho ramilletes que exhalan su perfume en derredor de aquel bello cadáver, y con hojas de hiedra han hecho guirnaldas que circundan el lecho, festoneándole. Cuatro cirios amarillos arden y chisporrotean en candeleros de madera; su roja llama balanceándose pasea sus vagos destellos sobre la muerta, y en un rincón otra Hermanita llora silenciosa, ocultando su frente entre ambas manos...

Mañana, á la hora en que se verifican los funerales de los pobres, se hará á la muerta un servicio fúnebre; en seguida los ancianos cargarán el ataúd sobre sus hombros, y seguida del cortejo de todos esos pobres, se la conducirá al

cementerio... ¡Eso es todo! No busquéis su nombre sobre la tumba, no tiene absolutamente ninguno. Se la llamaba ¡Hermanita!

¿Necesito preguntaros ahora, si esta vez hemos dado con la vida cristiana?... No cabe duda: vuestros corazones la han sentido como yo. Sí, ella es, pero elevada á las más altas cimas á que pueda llegar; sí, es la vida cristiana en sus esplendores soberanos, en su desarrollo divino.

¿Es esta la vida que nos es preciso seguir? ¿Es esta vida nuestro modelo? ¿Son esos los rasgos que debemos dibujar en nuestra alma?

¡Ah, Señores, qué desencanto!... Apenas os he mostrado los esplendores de la vida cristiana, cuando siento la necesidad de tranquilizaros... Os infunde espanto, ¿no es cierto? ¡confesadlo, os infunde espanto esa vida!...

Y sin embargo, Señores, sí, esa es la vida cristiana.

¡No os asustéis! Dios no nos llama á todos á esas gloriosas cumbres. Pero estáis llamados todos vosotros á elevaros sobre las bajas llanuras de la vida personal y egoísta. Ninguno de vosotros puede permanecer tan bajo, enfangado en las negras aguas del amor propio.

Hay en esa vida de la Hermanita de los Po-

bres, principios dominantes; y esos principios deben dirigir nuestra vida.

Hay en ella una llama que la abrasa y que le produce ardiente sed de todo género de sacrificios; esa llama debe arder en vuestro corazón.

¿Cuáles son esos sacrificios? Primeramente el del trabajo. Él es la base de la vida cristiana. Será menester que vuestra vida sea laboriosa.

Pero hay más; ese trabajo no retorna sobre sí mismo, es sin recompensa personal, se difunde por completo sobre los demás. En el alma de aquella pobre joven, buscad bien, ¿dónde encontraréis el egoísmo?... ¿Y qué ha puesto ella en su lugar? El sacrificio por los demás, el olvido de sí misma, el olvido de sí propia hasta el heroísmo. Será preciso, pues, que tengáis en vuestras almas ese olvido de vosotros mismos y la abnegación y sacrificio por los demás.

¿Y cuál es la llama que alimenta ese gran valor?

¡Dios!... Señores, solo Dios!...

Preguntad á la moribunda que os presentaba poco ha, preguntadla ahora que va á morir... ¿por qué ha vivido de esa manera, pobre, olvidada, esclava y mendiga de los pobres; por qué ha renunciado á todas las dulzuras, á todas las alegrías, á todos los amores de este mundo? Y

os contestará con dos palabras sublimes: «¡Por amor de Dios!»

Pues bien, Señores, ese divino amor deberá igualmente reinar en vuestra alma é iluminar vuestra vida. Entre ella y vosotros no puede haber más que una cuestión de grados.

Y observad cómo estudiando á las Hermanitas de los Pobres hemos llegado á leer en ellas los términos mismos del Evangelio, palabra por palabra, por decirlo así:

«—Maestro—preguntaba un día á Jesucristo uno de sus seguidores—¿cuál es el primer mandamiento?»

»—Amad á Dios—le dijo el Señor—y servidle.

»—¿Y el segundo?»

»—El segundo es semejante al primero: Amad á vuestros prójimos y servidles. Toda la ley está contenida en estos dos amores».

He ahí, pues, Señores, la verdadera vida cristiana: amar y servir á Dios, amar y servir al prójimo.

¡Qué bien los han comprendido esas Hermanitas!

¿Y nosotros, Señores, los hemos comprendido?

De ordinario, á los quince ó dieciséis años, al terminar sus estudios del bachillerato, es cuando un joven piensa en ordenar su vida. Si ha recibido en el seno de su familia esa educación de fe y de virtud, que es la verdadera educación cristiana, es bien raro que no le venga el pensamiento de consagrarse al servicio de las almas, por Dios. Muchos se detienen aquí y siguen este atractivo. Un número mucho mayor pasa adelante y busca en otra parte.

Ahí se halla el punto de partida de dos vidas muy distintas: la vida eclesiástica y la vida secular. No es mi objeto hablaros de la primera; me voy á concretar á la segunda.

Dado el primer paso, y escogido el mundo, resta buscar en él su vida, y mi joven intrépido se encuentra viendo delante de sí el derecho, la medicina, las ciencias, el comercio, la industria, los empleos, el ejército, la marina y qué sé yo cuántas cosas más... En medio de esas carreras que le solicitan, experimenta, creo yo, alguna perplejidad. ¿En qué principio se apoyará para decidirse y escoger entre ellas?

Señores, conozco bastante á los jóvenes, por haberles amado mucho y servido mucho, y la verdad me fuerza á decirlo: muy pocos buscan entonces el trabajo, el trabajo desinteresado, el trabajo en bien de los demás; muy pocos se

preguntan cómo servirán mejor á Dios, sirviendo mejor á sus hermanos. Su gran preocupación es saber por dónde lograrán una posición mejor, más presto y con menos trabajo. Y si quisiera ahondar más y llegar hasta lo más profundo de su pensamiento, encontraría yo allí frecuentemente el deseo dominante de llegar cuanto antes á gozar, y á gozar sin trabajo alguno.

Y cuando, á la luz de estas aspiraciones, han escogido su camino... arrojan en él su porvenir y marchan á su alcance con paso ligero y desembarazado, con ese aliento y ese ardor juvenil que nunca miran atrás. Es muy raro, en efecto, que un joven vuelva sobre sus pasos y enmiende la elección hecha á los dieciséis años. Lo más general es que decida de toda su vida irrevocablemente.

¿Y vosotras, Señoritas, y vosotras? Hasta aquí, hablando de la vida ociosa y frívola, del trabajo egoísta y vano, de la fútil aspiración á los goces del mundo, por cortesía no me he referido á vosotras: he tomado entre los hombres mis ejemplos y mis consideraciones.

Pero ahora permitidme también vosotras que os pregunte: ¿Cómo ordenáis vuestra vida á los dieciséis años?

Á los dieciséis años la joven, en la tranquilidad de su colegio, bajo la mirada de Dios, á la

sombra del velo blanco de sus maestras, se hace también á sí misma la transcendental pregunta: «¿Consagraré yo por Dios mi vida al servicio de las almas?» Y aquí también varias responden: «Sí». Un número mucho mayor: «¡No!» Les sucede á ellas lo que sucede á los jóvenes; el punto de partida de unos y otras no es diferente. Mas dado este primer paso, las diferencias surgen: mientras que ante el joven se abren mil caminos que conducen á situaciones las más diversas de la vida social, la joven no ve más que uno, uno solo, siempre el mismo... que conduce á un término siempre igual... ¡el marido!

Y también ella, resuelta y gozosa, con todo el aliento de su juventud, un poco tímida al principio, pero bien pronto libre de temores, se apresta á la conquista y entra en liza.

Solo que, mientras el joven una vez lanzado por un camino no vuelve á mirar atrás, ella no dejará de hacerlo. Á las primeras desilusiones... ¡ay! ¡y la vida trae consigo tantas y tan presto!... á las primeras desilusiones, la pobre joven se replegará sobre sí misma y sobre su corazón herido... le vendrá la idea de volver sobre sus pasos, de tomar otro camino, de ir á Dios, el cual no engaña, no hace traición, como engañan y hacen traición los hombres.

Pero nuestras desilusiones, las primeras sobre

todo, son muy fugaces; el mundo vuelve pronto á sonreirnos; á través de sus lágrimas, la joven le ve, le escucha, vacila un momento... y luego se levanta, recoge una á una sus decaídas esperanzas, y alegre vuelve á emprender su vuelo á través de las flores y los ensueños, hasta la hora en que ya encadenada para adelante, en presencia de nuevas decepciones, ya no encuentra el recurso de mirar atrás y de soñar en otro camino.

¿Qué se observa, Señores, en ese momento supremo en que se deciden nuestras vidas?

En el primer instante la llama cristiana despide un fulgurante destello de luz encantadora: bello, grandioso es el espectáculo que ofrecen á los ojos del pensador ese joven, esa jóven, preguntándose en el pleno goce de la juventud, ante todas las esperanzas del porvenir... «¿Renunciaré yo á estos encantos para servir á Dios en las almas?» ¡Sí, eso es bello, eso es grande! Pero si la respuesta es: «¡No!» ¿por qué esa hermosa llama se extingue en seguida en la sombra... como se ven por la tarde en el horizonte, después de los calores enervantes del estío, brillantes luces que entreabren de repente el cielo sombrío y de repente mueren sepultándose en la noche?...

Parece que todo queda dicho, y que una vez decididos por la vida del mundo, ni la joven, ni el joven tendrán ya nada que ver con el trabajo, ni con el olvido de sí mismos, ni con el amor divino; los cuales, no obstante, hemos visto que constituían el fondo de la vida cristiana. Parece que ya no tienen que hacer más que una sola cosa: llegar á su fin, colocarse bien en la sociedad, afianzar y acrecentar su fortuna. Por lo demás, con tal de que tengan cuidado de observar así así, el decálogo y los mandamientos de la Iglesia, les parece que su vida es suficientemente buena, y que sería demasiado descontentadizo el cielo si no se admirara de su conducta.

Hay, Señores, en vuestros corazones algo que protesta contra esas teorías; hay en vuestra conducta misma una protesta todavía más elocuente; vosotros conocéis y manifestáis que á todos es necesario algo más para merecer ese gran nombre de cristiano. Porque á todos, absolutamente á todos ha dado Dios el resumen de la ley cristiana que os recordaba yo hace poco. Á todos ha dicho: «¡Amad á Dios, amad á vuestros hermanos: ahí está toda la ley!» Á todos ha impuesto como deber el trabajo y el olvido de sí mismos. En todos los corazones quiere ver brillar el doble amor en que se encierra su ley toda entera.

Es preciso pues, Señores, es á toda costa necesario que todos lleguemos á poder decir: «Yo no vivo en la ociosidad, yo no hago de mi mismo y de los míos el centro único de mi existencia». Es indispensable que con toda verdad, ante Dios que ve el fondo de los pliegues y repliegues de nuestra alma, y ante nuestra conciencia que alcanza también á ver en esas profundidades, podamos tributarnos ese satisfactorio testimonio.

Sobre esto convenís en principio. La dificultad no está ahí; la dificultad comienza en el momento en que se trata de determinar el modo y medida de ese trabajo en provecho ajeno, la manera con que debe intervenirse en tal ó cual vida particular.

Estoy lejos de negar esta dificultad, y aun os confesaré ingenuamente que no deja de embarazarme en estos momentos. Yo quisiera, en efecto, daros acerca de este punto alguna regla general; y esto no es cosa fácil.

Sin embargo, creo haber hallado una, al menos para vuestro uso, Señores.

«Dejaos llevar del primer movimiento de vuestro corazón..., pero desconfiad del segundo».

Voy á explicarme, y espero que me comprenderéis perfectamente.

El mes pasado contaban los periódicos el hecho siguiente:

Era cuando arreciaron los primeros fríos que hemos experimentado este invierno. Vosotros habéis encendido vuestras estufas con abundante combustible, Señores, pero los pobres no tienen ni estufas, ni combustible, y, por consiguiente, ni fuego á que calentarse; y ¡hay tantos pobres hoy y tanta miseria!

Un niño pequeño había sido enviado por su madre á las calles de Bruselas, para mendigar sin duda. Partió, sin haber comido nada..., mal cubierto con unos harapos desgarrados y sucios, el pobre tiritaba; replegado sobre sí mismo, con las manos en lo que hacía de bolsillos, enteramente encogido por el frío, iba por las calles pidiendo con ojos tímidos una limosna á los transeuntes. Éstos, ó no hacían caso de él, ó le lanzaban esta execrable y brutal mentira: «No tengo nada». El pobrecillo, siempre desechado, estuvo andando largo tiempo; al fin agotadas sus fuerzas y alientos, levantósele el pecho, se echó á llorar, y de repente como una masa inerte cayó sobre la acera. Los dientes castañeteaban bajo sus amoratados labios, sus manecitas se retorcián desesperadas, y por sus mejillas heladas rodaban lágrimas sin cesar... En derredor de él se agolparon enseguida muchos transeuntes.

¿No se agolpan también ante un caballo de coche de alquiler que se cae en la calle?... Como suele mirarse á tal caballo, se miraba á este niño... Unos seguían luego adelante sin inquietarse más... Otros permanecían allí, contemplándole, y sacudiendo la cabeza...

¡Ah, Señores, somos una tribu de salvajes!... ¡El periódico asegura que durante un cuarto de hora continuó allí tendido y abandonado el niño! ¡Qué de gente; cuántos ricos pasaron por allí, le miraron y siguieron adelante, durante ese cuarto de hora! Ellos iban abrigados y tenían calor, ¿qué les importaba aquello? Llegó un hombre que, conmoviéndose más, arrojó diez céntimos al pequeñuelo para que fuera á calentarse en el figón inmediato. Después de lo cual, pasó adelante... El pequeñuelo quiso levantarse... no pudo; sus miembros ya rígidos se negaban á sostenerle; quedó, pues, en aquel sitio. Entonces un obrero le tomó en sus brazos, le llevó al figón, entró en la cocina, le sentó sobre sus rodillas, le calentó suavemente, mientras que la hostelera puso al fuego enseguida un resto de café, preparó una tostada de manteca, y se lo sirvió al niño, quien con este desayuno fué reviviendo poco á poco.

¿No veis, Señores, en la turba que se aglomera ante el pobre niño una especie de resu-

men de la actitud de los hombres ante sus hermanos? Me parece encontrarlos allí á todos, á todos, excepto la actividad odiosa del enemigo ante el enemigo; pero ¡cómo había esto de tener lugar ante aquel inocente que lloraba!...

Unos pasan, miran, y se van: es la indiferencia egoísta.

Otros pasan, miran, y se detienen: sienten indudablemente compasión: «¡Pobre niño!» se dicen, pero le dejan allí... Compasión, sí, pero compasión vana; compasión ineficaz, que no obra, deja al pequeño tendido en el frío suelo, no enjuga sus lágrimas.

¡Un hombre pasa, mira... se conmueve, se compadece también, y da... diez céntimos y se va! Esto ya es algo, sí, es algo bueno; pero ¿quién de vosotros no siente que no es bastante?... ¿Qué cuesta arrojar diez céntimos á un pobre?

Mas el obrero que toma al pequeñito en sus brazos, que le lleva junto al hogar, y allí sentándole en sus rodillas le calienta acariciándole con su callosa mano, y la hostelera que enseguida se apresura á buscar café, pan y manteca y prepara el desayuno del pequeñuelo... ¿no es verdad que obran mucho mejor, que se portan muy bien?

¿Y no es verdad que también á vosotros el

primer movimiento del corazón os hubiera impulsado á tomar aquel pobre niño en vuestros brazos y á calentarle y á darle algún alimento? Sí, ¿no es verdad?... y tal vez el segundo impulso hubiera destruído al primero, diciéndoos: «Eso sería impropio de mi persona, no estaría bien, ¿qué se diría de mí?... Llegaría demasiado tarde adonde tengo que ir... ¿Quién es ese chiquillo?... ¡Dios mío, qué sucio está!... Voy á manchar mis guantes...» Y ¡qué sé yo cuántas otras excusas!

¿No veis ya que solo el primer impulso es cristiano? ¿Que solo él va inflamado por la llama verdaderamente cristiana?

¡Oh! esa llama la reconoceríais vosotros siempre y cuándo que brillara ante vuestra vista; vuestros corazones son incapaces de engañarse en esto... Esa llama no se presta ni á fórmulas, ni á reglas metódicas; yo no puedo enunciaros sus leyes á la manera de un decálogo, pero en el momento dado, en el instante preciso, escuchad atentamente á vuestro corazón, y oiréis seguramente que os habla. ¡Obedecedle enseguida, os lo encargo encarecidamente, y no atendáis á la insidiosa súplica que inmediatamente le harán vuestros sentidos, vuestro amor propio, el respeto humano, las delicadezas todas, todos los egoísmos, todas las rastreras

pasiones que viven en el bajo fondo del alma humana!

Se ha dicho de nuestras almas que son naturalmente cristianas, *anima naturaliter christiana*. Yo me atrevería á decir en un sentido análogo, que nuestros corazones lo son también, y que su inclinación primera se dirige al bien, como nuestras mentes se dirigen á la luz de la verdad.

De lo dicho proviene, Señores, el que en las condiciones más ínfimas, donde una educación enteramente popular parece haber retenido los sentimientos y los corazones como apegados á la tierra, vemos á veces almas que se levantan á sublimes alturas, elevándose á las regiones de la abnegación y del heroísmo, de un vuelo, como el águila se remonta hacia el sol.

Hará muy pronto veinte años que me acaeció lo siguiente: Había sido encargado yo de acompañar á un grupo de nuestros alumnos, miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Nos había cabido en suerte un pequeño barrio, cuyas casitas blancas se extendían por las riberas del Escalda, al pie de grandes hornos de cal levantados junto á inmensas canteras. En una de aquellas chozas vivía una mujer joven y de

tan buen humor, á pesar de su miseria, que la llamábamos Juana la Risueña. Ella hubiera podido vivir dichosa, pero su marido era un borracho que la dejaba carecer de todo. La buena Juana, que estaba criando un niño de pocos meses, había recurrido á nosotros en demanda de socorro, y nosotros la dábamos dos bonos de pan y otros dos de carbón por semana.

Un día al entregarle los bonos:—¿Les quedan á Vds. todavía otros?—nos preguntó.

—¿Por qué lo decís, Juana?

—Es que, si no les quedaran á Vds. más... harían mejor en dar éstos á mi vecina, que es una pobre mujer á quien costará trabajo ponerse bien.

Nos quedaban aún bonos. Juana nos enseñó la casa de la desgraciada, y entramos en ella.

Sobre un mísero camastro yacía una pobre mujer, joven aún, pero ya herida por la muerte... Cuando nos vió, pasó una sonrisa por sus pálidos labios, y en sus grandes ojos se dibujó una mirada en que brillaba el resplandor siniestro de la tisis. Su marido, poniéndose en pie, se había descubierto sin decir palabra.

«¡Ah, Señores—nos dijo ella—han venido ustedes á una casa que necesita bien de su auxilio... miren Vds. ese pobre pequeñín!» y nos mostró un niño de algunas semanas, endeble y

descolorido, cuyos labios chupaban apenas un trapillo retorcido y empapado en leche.

«¡Desde hace dos meses mi marido está sin trabajo—añadió—y el médico me dice que si yo recobrara fuerzas curaría!...»

Dimos á la pobre mujer los bonos restantes, añadiendo otros de vianda y de dinero, y hubo aquel día gozo y esperanza en aquella casita.

Volvimos á ver á la enferma otras dos veces. Á la tercera nos sobrecogió un secreto presentimiento... La puerta estaba cerrada... La infeliz había muerto; su marido había emigrado en busca de trabajo.

¿Y el niño?

Juana la Risueña se nos presentó con su hijo en el brazo izquierdo y en el derecho con el hijo de la difunta.

Venía riéndose: «Ahora tengo dos, señor cura», me dijo:

Y como empezáramos á alabar su buena acción, ella desechó las alabanzas diciéndonos: «¡Iba yo á dejar morir á este inocente pequeño! Y además esto no me cuesta un cuarto, porque antes que necesite darle otro alimento, ya estará su padre de vuelta en el país; créanme ustedes.»

¡No se figuraba la Risueña que su corazón fuera tan noble y tan grande!... Le parecía que

cualquiera otra mujer hubiera hecho lo mismo que ella. Y cuando le preguntábamos cómo le había venido aquella generosa idea, respondía con la mayor naturalidad:

«¡Pues me ha venido sin pensar!»

No obstante, si Juana hubiera vacilado, si en vez de volar adonde la impulsaba su corazón, se hubiera detenido en el camino... ¿no le hubiera venido al pensamiento: ¡Y si su padre no vuelve más?... ¿Qué haré yo cuando haya crecido el niño? ¿cuánto no me costará el mantenerle, á mí que no puedo vivir sin el socorro de la limosna?... , etc., etc.

¿Hubiera ella puesto á sus pechos á aquel infeliz niño, ya moribundo, á quien ha hecho revivir?

Mas oigo, Señores, que me decís: «¿Es tan generoso siempre el primer movimiento del corazón? ¿Es raro el encontrar en el mundo corazones que, como la brújula al Norte, se inclinen naturalmente al egoísmo?» ¡Ah! ¡no, Señores, ese fenómeno no es raro! Derribaba un hombre á hachazos un castaño plantado en el camino delante de su heredad. «¿Por qué derribáis ese árbol—le preguntaron—pues os da tan buena sombra?» «Sí—respondió él—pero se la da

también á otros». Hay corazones semejantes, fríos, atrofiados, endurecidos por el egoísmo; corazones vueltos hacia adentro, en donde nunca despide ni el más fugitivo destello la llama de la caridad. Para éstos, ciertamente, la regla que os he dado no serviría de nada. En ellos se encuentra exhausta la fuente misma de la vida cristiana; ¿cómo, pues, han de poder penetrarse de sus delicadezas? Pero los tales son corazones pervertidos, Señores; ¡no eran así en su principio! No digo yo que todo corazón se incline naturalmente á toda virtud, pero sí que se inclina naturalmente á la compasión.

¡Cómo!... Poned á un niño, por pequeño que sea, delante de otro niño que esté llorando, y enseguida también él, sin comprender nada, siente conmovida su inocente alma, y se acerca al que llora, le acaricia, y, si no puede consolarle, llora con él.

¿Qué digo un niño? tomad un perro, pegad á otro perro delante de él, y aullará y ladrará al ver sufrir á su semejante. Parece que la naturaleza ha puesto hasta en el instinto de las bestias y en sus nervios una ley de simpatía misteriosa y tierna.

¿Qué es, pues, Señores, lo que ha pervertido el corazón de ese hombre? ¿Quizás la vida con sus desoladoras experiencias; la miseria y la

necesidad con sus desalientos y su acritud; los desdenes sufridos, las decepciones experimentadas, las traiciones de que ha sido víctima?... ¡Sí, quizás todo eso; pero acaso también la fatal educación de un padre y de una madre que, en su amor mal entendido, han hecho de su hijo un Dios que se adora á sí mismo!

¡Ah! ¡yo os lo ruego, Señoras y Señores, pensad en ello!... Os lo he dicho al comenzar: vuestro hijo será lo que vosotros queráis hacer de él. ¡Amadle, oh, sí, amadle, como saben amar un padre y una madre! Mas si leamáis verdaderamente, ¡por Dios! formadle un gran corazón, un corazón verdaderamente cristiano. Enseñadle ya desde chiquitín á ser franco, desprendido, amigo de hacer partícipes de su bien, de sus goces, de su dicha á los demás, y á trabajar por ellos. Que os acompañe cuando vayáis á socorrer, ayudar y consolar á los que sufren; que vea con sus ojos en vuestro corazón los sentimientos generosos que deseáis despertar en él. Hacedle practicar en vuestra propia escuela el aprendizaje de la bondad, de la benevolencia, de la abnegación y del sacrificio. De esta suerte le prepararéis convenientemente para todo lo noble y para todo lo grande; así le haréis más que un hombre, le haréis un cristiano.

¡Ah, Señores! ¡qué hermoso sería el mundo

si todos los corazones estuviesen formados según este modelo!

En ese gran cielo azul, el sol, por medio de ondas rápidas, esparce la luz, el calor, la vida; «luce sobre los buenos como sobre los malos—dice el Evangelio—luce sobre todos y les reviste de fuerza». En el bosque los grandes árboles despliegan su follaje; las flores se abren y lanzan sus perfumes á las brisas; los frutos que van tomando color se hinchan de savia; los alegres pajarillos envían sus cánticos á los ecos; el arroyuelo corre llevando á todas sus riberas el jugo que las refresca y fecundiza... toda la naturaleza trabaja con actividad, sin reposo, sin tregua, y siempre generosa se difunde repartiendo sus bienes.

Y si el hombre, Señores, si la humanidad toda entera, á quien Dios ha dado por reino y por palacio esa tierra activa y generosa; si la humanidad, activa y generosa también, se comunicara y se difundiera, dando los que poseen á los que no tienen nada, los que gozan á los que sufren, los que sonríen á los que lloran; si hubiera entre los hombres la corriente de bondad, de abnegación, de sacrificio y de amor que vuestros corazones comprenden y que aquí nos figuramos... ¡ah! ¡cuán bella sería la vida!

¡Por desgracia, se halla tan distante la reali-

dad de ese halagador ensueño!... Si escucho el ruido tumultuoso que se levanta sobre el torbellino de los hombres, no son voces de paz, ni exclamaciones de dicha lo que oigo, son gritos vagos de envidia y de cólera; el choque de rivalidades rabiosas, enzarzándose y desgarrándose; el egoísmo desenfrenado, batiéndose con los que le refrenan y ponen trabas; la guerra, siempre la guerra!

Pues bien, Señores; si es soñar el abrigar la esperanza de ver un día á la humanidad entera vivir en esa vida cristiana, nosotros al menos, vivamos de ese modo. En medio de la turba humana, en medio de la confusión del mundo, seamos como un núcleo más fino, un pueblo escogido, una nación santa. Nosotros al menos, seamos trabajadores, olvidados de nosotros mismos, amantes de los demás. Tengamos hambre y sed de abnegación y de sacrificio.

Señoras, Señores. Al hablaros de estos sublimes requisitos de la verdadera vida cristiana, al exponer á vuestra consideración estas teorías que atacan tan de frente nuestro secreto amor propio y nuestra molicie, me he sentido lleno de placer y como en mi centro. Sabía yo que vosotros me comprenderíais; sabía que mucho

antes de que os hablara de estos requisitos y de estas teorías, todos vosotros, en mayor ó menor grado, las habíais introducido en vuestra vida cristiana, como en una trama preciosa se entrometen hilos de oro.

Hubiera podido, pues, limitarme á deciros: «¡Seguid obrando así; continuad marchando por la vía que habéis emprendido!» pero no: yo quiero deciros más.

¡Obrad todavía mejor! ¡Subid más arriba aún! ¡Trabajad más! ¡Dad más! ¡Abnegaos más! ¡Sacrificaos más! Es preciso que no haya, en esta gloriosa subida hacia la cumbre de la virtud cristiana, un punto á media ladera en que vuestro corazón se detenga y descanse diciéndose: «Ya es bastante; sentémonos aquí».

¿No habéis gustado dulzuras íntimas y profundas en vuestra alma cuando os habéis consagrado al servicio de algún pobre? y al entrar en vuestra casa después de haber salido de aquel miserable tugurio en que le habéis dejado, ¿no habéis saboreado dentro de vosotros mismos lo que con tanta razón se ha llamado la satisfacción del bien y de la virtud?

Ningún placer de la tierra se acerca siquiera á la suavidad de aquellos placeres. Pues bien, Señores, esos placeres van creciendo á medida que aumenta la abnegación y el sacrificio; esos

goces se hacen más dulces aún y más arroba-dores; encantan el alma y la embriagan: tanto, que después de haberlos gustado, el corazón no acierta á desprenderse de ellos.

¡Ah! cuando os invito á subir más arriba en el olvido de vosotros mismos, en esas generosidades del alma, os invito, por consiguiente, á subir más arriba en la felicidad. «No logra uno su dicha, sino ocupándose en la de los demás», decía Bernardino de Saint-Pierre. ¡Oh! ¡qué verdad es, Señores, y cómo quisiera yo que lo experimentaseis cada día en mayor escala!

Hay palabras, Señores, que suenan deliciosamente en nuestros oídos... Si nos atreviésemos, pediríamos que nos las repitieran sin cesar. Decid á un abogado, que no tiene igual en la defensa de una causa; á un político, que nadie es tan inteligente como él en gobernar el Estado; á un médico, que es el único en quien tenéis confianza... decid á una madre, que es la mejor de las madres; á una señora de casa, que preside en ella con toda la dignidad de una antigua castellana... ¡Oh! ¡cuán deliciosamente suenan en sus oídos semejantes palabras!

Hay otras más fútiles... Un joven sonreirá gozoso, si le decís que dirige el cotillón con

extrema gracia; una joven, si la llamáis la reina del baile.

¿Es verdad, Señores, que esas vanas alabanzas y esas fútiles habilidades nos encantan? ¿Es verdad que corremos en pos de esas glorias infantiles?

Pues bien, Señores, escuchadme; yo conozco una más bella y mucho más grandiosa... Hay en todas nuestras grandes ciudades, Dios sea por ello alabado, hombres y mujeres cuya vida se desliza modesta, silenciosa, sin fausto, sin ruido, sin nada que los distinga, y á quienes, sin embargo, todos, ricos y pobres, conocen por su nombre y apellido... Cuando pasan por la calle se oye decir por lo bajo: «¡Es él! ¡es ella!...» Las madres, al nombrarlas, dicen á sus hijos pequeños: «¡Quitaos la gorra!» y los pequeños se descubren, abriendo de par en par sus ojos en que se pintan á la vez la veneración y el amor. Cuando un hombre sufre, va á llamar á sus puertas, y vuelve de allí consolado y más animoso... ¿Tiene una madre un hijo enfermo?... pues allá vuela y allí recibe auxilio... ¿Tiene un pobre necesidad?... pues confiado acude á exponérsela, y no ve defraudada su esperanza. ¡No hay miseria, no hay dolor, no hay sufrimiento, no hay infortunio que no encuentre un abrigo franco en semejantes corazones!...

Y sin esfuerzo, sin fatiga, durante diez, veinte, treinta años, esos corazones dan sin cesar su oro, su trabajo, su amor... y darían su vida.

¿Exagero algo? No, ¿no es verdad, Señores? vosotros los conocéis como yo. ¡Se les llama los padres de los pobres, las hermanas de los pobres, las madres de los pobres!

¡Oh reinas del baile, príncipes del cotillón! ¿Qué viene á ser vuestro éxito de un día, formado de flores y cintas; qué viene á ser esa vuestra insignificante gloria por una habilidad que desaparece, por una gracia que se disipa, por una belleza que vuela; qué es todo ese pueril triunfo comparado con aquel mundo? ¡Ah! ¿queréis un nombre, deseáis un título, saltaría de gozo vuestro corazón al dulce murmullo de una alabanza? Pues sabedlo, el verdaderamente hermoso título de una mujer, la verdadera, la grande, la sublime alabanza que puede tribu-társele, es la que de jo indicada. Sí, sed ambiciosos de esa gloria, marchad á conquistar ese título, tened hambre y sed de esa alabanza. ¡Aspirad á eso, amadas jóvenes, aspirad á eso, queridos jóvenes, á oír que os llamen la hermana y el hermano del pobre!

¡Todo lo demás se desvanecerá tan presto!...

Permitidme, Señores, terminar con un rasgo, cuya heroína vive todavía.

En las lejanas brumas de vuestro hermoso río se dibujaba la masa negra de un gran buque; sus elevados mástiles apuntando al cielo, sostenían izada la bandera de las cuarentenas, y aquel sombrío lienzo flotando á impulso de la brisa manifestaba el siniestro drama que se desarrollaba en el horizonte, ante las rectas líneas de la desierta llanura. El terrible cólera se había lanzado por los flancos de la gran máquina. Emigrantes de varias naciones amontonados allí en número de más de 300 luchaban en vano contra el encarnizamiento del monstruo. Allí se retorcían en medio de torturas, luchaban contra el mal, desesperados, sin socorro, sin ayuda, entre las manos de la muerte que los estrangulaba... Todo esto se sabía, y de lejos, con un misterioso espanto, se miraba la vaga silueta que ocultaba escenas tan horribles.

Una mañana se vió salir por la puerta de su chalet á una joven, modesta y sonriente, con una maletita en la mano. Su padre la había acompañado hasta allí, y antes de separarse de ella, la había abrazado y bendecido. La joven marchó sola á través de las calles, y todos, y especialmente los pobres, la saludaban con amor... Llegó al gran muelle del río... ¿Á dónde

iba?... Un viejo marino, sentado en su chalupa, la esperaba; respetuoso se descubrió y le tendió su ruda mano para ayudarla á bajar; sentóse la joven, y á una señal dada, el marino desatracó; luego, echando ambas manos á los remos, vacilando, la miró, como para preguntarla: «¿Pero de veras va V.?...» Ella sonrió inclinando la cabeza. Entonces ahogando el marino en su pecho la emoción que se desbordaba, con un golpe vigoroso, hendió las azuladas aguas.

La barca avanzó rápidamente, se la vió al principio cambiar de rumbo, dirigirse luego á la corriente del río y después marchar en línea recta... ¡Cómo! ¡Dios mío! ¿Será verdad?... Sí, es verdad: ¡en línea recta endereza la proa hacia el navío de la muerte!

Hubo en cuantos contemplaban aquella partida misteriosa, hubo en todos aquellos pechos de bronce, en todos aquellos corazones de cargadores y hombres de puerto, á pesar de toda su rudeza, un estremecimiento de entusiasmo. «¡Oh! ¡qué corazón! ¡Oh! ¡qué mujer!» se decían mirándose unos á otros, y las lágrimas subían á sus ojos. Largo tiempo siguieron con la vista á la barquilla; al fin atracó ésta á estribor del gran navío... Se vió trepar á la joven á lo largo de una escala de cuerdas, franquear los altos bordes del buque, y desaparecer. El viejo ma-

rino se santiguó como si hubiese visto pasar un ángel de Dios, y se volvió á la ribera.

Cuando el mal hubo detenido sus estragos, cuando ya no hubo allí ni muertos que sepultar, ni enfermos que cuidar, ni dolores que consolar, nuestra joven, siempre sencilla y sonriente, hizo á su vez su cuarentena; después, un día, la misma barquilla de antes partió para recogerla, y sola, á través de las calles, con su maletita en la mano, regresó á su chalet.

¡Qué más podría yo añadir, Señores!... Os he hablado difusamente de la vida cristiana.

¡Vedla ahí!

A. M. D. G.

EL CORAZÓN DEL HOMBRE

Primum vivus et ultimum moriens.

Lo primero que vive y lo último que
muere.

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL CORAZÓN DEL HOMBRE
CONFERENCIA FAMILIAR

TERCERA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7

1902

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



UANDO el año pasado tuve la honra y el placer de dirigiros por vez primera la palabra, ¿á qué ocultarlo? el sentimiento que más vivamente experimenté fué el del miedo. Mas la benévola acogida que me dispensasteis y la indulgencia con que me habéis juzgado, me han curado de él hasta tal punto, que hoy al tener de nuevo que hablaros (¡cuán mudable es el corazón del hombre y qué difícil el conservarse en el fiel de la balanza!) no es, por cierto, el miedo lo que me preocupa y me pone en guardia, sino el temor de que el miedo pueda trocarse en una pretenciosa impertinencia.

Pues qué, ¿no es pretenciosa impertinencia el venir hoy aquí delante de vosotros á hablar del

corazón... del corazón, objeto sobre el cual las tradiciones más venerandas, las teorías mejor asentadas y hasta la experiencia de cada día, dan á cada uno de vosotros, y aun al vulgo mismo, á ese montón anónimo de Juanes, el incontrastable derecho, por aquello de que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena, de pensar y discurrir por cuenta propia?

Y si esto no fuera impertinencia, sería una temeridad, ó al ménos una idea original y rara. Mas ántes de proseguir debo desengañaros y deciros que ni es impertinencia, ni audacia, ni siquiera una rareza ni originalidad; debo aseguraros de la perfecta rectitud y modestia de mis intenciones; debo, sobre todo, librar á vuestra caridad de sobresaltos y temores inútiles. Sí, he escogido para hablaros hoy este asunto, tan agradable para vosotros, cuanto espinoso para mí; pero si voy á tratar del corazón humano, lo haré de tal modo, que os conduzca por caminos que vosotros no estáis acostumbrados á recorrer, por el camino de la fisiología. Creo que por este camino podré seguir sin encontrar en él demasiados escollos ni tropiezos, y para acabar ya de desvanecer toda duda, voy, con vuestro permiso, á entrar en terreno completamente religioso, dando comienzo á mi discurso por un texto de la Sagrada Escritura:

«Tened cuidado de guardar vuestro corazón, porque toda vida tiene en él su raíz» (1).

Sea el que quiera el sentido de estas palabras, siempre encerrarán en sí una verdad sorprendente. Ningún sabio tendrá nada que objetar contra ellas; y yo, por mi parte, no haré otra cosa esta tarde sino probaros que contienen una gran enseñanza.

Un asceta, habituado á ver en la pureza del corazón la rectitud moral que nos eleva hasta el amor de Dios, las inculcará como una de las máximas y consejos más principales de santidad y perfección religiosa; cualquier hombre exento de preocupaciones y no extraviado por el interés de estas cosas inferiores, materiales y vanas que, por desgracia, nos preocupan más de lo que debían en este mundo engañoso, cualquier hombre que haya vivido un día la vida del corazón, no puede menos de decirse á sí mismo: «Es verdad, allí, en el corazón, está la vida, la verdadera vida, la vida feliz y dichosa.» Á los que no viven de esta vida, San Pablo los incluye en el número de los culpables, los trata como criminales y los describe en una sola palabra, tan característica como llena de desprecio: *sine affectione* (2). «La inmensa distancia—

(1) Prov. 4, 23. (2) Ep. 2. ad Tim. 3, 3.

dice Lacordaire no recuerdo dónde—que hay entre la tierra y el cielo, entre Dios y el hombre, solo la puede llenar el corazón. El corazón es el principio, el medio y el fin de todas las cosas. Quien ama vive, quien ama se sacrifica, quien ama se satisface; una gota de amor puesta en el platillo de una balanza, aun cuando en la otra se ponga por contrapeso al mundo todo, le arrastrará hacia sí con la violencia con que una tempestad lleva por los aires una brizna de yerba.»

Ahora bien, ¿qué es el corazón para que el hombre, no contento con reconocer el importante papel que naturalmente desempeña en la vida humana, le haya hecho el emblema, el asiento, y, por decirlo así, el órgano del valor, del amor, de la justa y noble indignación, del gozo, del sufrimiento, de la caridad, del sacrificio, de la abnegación, en una palabra, de todos los sentimientos nobles y generosos, tiernos y fuertes que engrandecen y elevan á la humanidad?

Necesario es reconocer, por otra parte, que el corazón humano no es tan hermoso que su vista nos cause placer. No creo aventurado el afirmar que el primer movimiento que experimentaríais, sobre todo vosotras, Señoras, á la vista de un corazón humano colocado sobre

la mesa de una sala de disección, sería sumamente repulsivo.

Contraste sorprendente y desagradable es, el que existe entre esta masa carnosa, casi informe, y el conjunto de funciones ideales que se le atribuyen. De mí puedo decir que jamás olvidaré la impresión que me produjo cuando vi aparecer ante mis ojos en el fondo de un pecho entreabierto, un corazón inerte y frío. «Qué! ¿es este — me dije — el corazón?...» ¡Sí, el corazón!... este es el corazón! Después, dejando vagar mi pensamiento, me preguntaba: «Pero ¿cómo!... ¿qué han podido ver en él todos los pueblos para que en todos los tiempos hayan estado tan concordes en señalar y colocar en esta víscera sin gracia y sin belleza el asiento de todos los sacrificios que honran la vida del hombre, y de las afecciones que le llenan de encantos? ¿Qué relación puede existir entre estas dos cosas tan diferentes y que parece que no tienen ningún punto de contacto?»

Esta es la cuestión que voy á exponeros en estos momentos, para lo cual será, no solo conveniente, sino de sumo interés, que ántes os hable de los adelantos é investigaciones que en esta materia se han hecho en el terreno de la fisiología.

Es el corazón á los ojos de la ciencia el órgano principal de la circulación de la sangre, y la sangre es la primera y más necesaria condición de nuestra vida. Este es en el organismo humano el papel propio y la función exclusiva del corazón, no tiene otra. Hay, sin embargo, y se manifiestan en el corazón una serie de fenómenos, cuyo mecanismo es ya muy conocido, que justifican perfectamente la universalidad y constancia de nuestro lenguaje, y establecen entre nuestro corazón y nuestros sentimientos, naturales y muy íntimas relaciones.

Cuando se quiere adquirir noticia de una persona que vive en un país extraño, es lo más natural preguntar por ella á los que de allí han venido. Pues esto mismo haremos aquí nosotros. La sangre viene de las regiones del corazón, interroguémosla sobre el corazón mismo.

Si de la sangre que se escapa de una herida se recoge cantidad suficiente y se observa lo que en ella acontece, se verá que bien pronto se divide en dos partes muy diversas; la una, que sobrenada, es trasparente, líquida, casi incolora; la otra, que ocupa el fondo, es espesa, opaca, de un rojo oscuro: la primera se llama el suero, la segunda el coágulo de la sangre.

Si se procede con un poco de precaución, y se tiene cuidado de mantenerla á una temperatura bastante fría, entonces se observa que se ha dividido en tres partes. La que ocupa el fondo del vaso, opaca y viscosa aún y roja oscura, contiene en volumen como la mitad del líquido total; la que ocupa la parte media, que forma como una vigésima parte, es de color gris y muy consistente; la superior, en fin, líquida, trasparente é incolora, tiene del volumen total como unas nueve vigésimas partes, poco más ó ménos.

He aquí todo lo que á la simple vista podemos descubrir en la sangre. Mas vosotros sabéis de cuántos instrumentos y cuán enérgicos se puede servir el hombre para examinarla; y, sin duda, ántes que yo, estáis nombrando el microscopio.

Pues bien, coloquemos entre dos láminas de vidrio una gotita de sangre humana; al punto se extenderá rápidamente en todas direcciones, y su espesor irá disminuyendo, hasta dejar pasar fácilmente un haz de rayos luminosos. Hecho esto, depositemos las láminas de vidrio sobre la platina de un microscopio, y observemos la gotita de sangre al través de este aparato. ¿Qué veremos? Descubriremos nadando en medio de un líquido incoloro, una multitud de discos cir-

culares y muy pequeños, trabados los unos á los otros, á la manera de las mallas de una red de seda, ó mejor, dispuestos como pilas de monedas sobre la mesa de un banquero. De estos diminutos discos los unos, y son los más numerosos, presentan un color anaranjado un poco bajo, los otros son de un blanco ligeramente opalado. Procurad ahora traer á la memoria las tres divisiones de que os hablé más arriba. La capa superior de la sangre recogida dijimos que la formaba un líquido llamado suero: en él están estos discos suspendidos; la intermedia está formada por los discos blancos; la del fondo por discos anaranjados, que agrupados los unos á los otros en espesas hileras, forman una masa de un tinte rojo oscuro característico del coágulo.

Se ha dado á estos discos el nombre de glóbulos de la sangre, término consagrado por la ciencia, aunque impropriamente, porque no son esféricos como el nombre parece significar, sino verdaderos discos deprimidos por el centro y abultados por los bordes, tanto que vistos por el corte tienen la figura de unas pequeñas alforjas, y verdaderamente pequeñas, porque los glóbulos rojos apenas tienen ocho milésimas de milímetro.

Los glóbulos blancos, cuyo número está con

el de los rojos en proporción de uno á cuatrocientos, pueden extender un poco más sus exiguas dimensiones: su diámetro puede llegar á tener una centésima de milímetro.

Un fisiólogo alemán, Vierordt, calcula en cinco millones el número de glóbulos contenidos en un milímetro cúbico de sangre. Wélker por su parte dice, que si todos los glóbulos que circulan en el cuerpo humano se colocasen extendidos tocándose los unos á los otros, cubrirían una superficie de dos mil ochocientos dieciséis metros cuadrados. En la sangre de la mujer hay ménos que en la del hombre.

Estos glóbulos hállanse en la sangre de todo animal. Son de forma circular en el hombre y en todos los mamíferos, excepto en la familia de los camellos, que los tienen elípticos; son también elípticos en los pájaros, en los reptiles y en los anfibios y en los peces, si se exceptúa una familia, la de los ciclórtonos, que bajo su nombre bárbaro ocultan atractivos á que la glotonería antigua rendía pleito homenaje: la lamprea es de esta familia.

He aquí, poco más ó ménos, lo que nos dice el microscopio sobre la sangre.

La química nos conducirá algo más lejos en su análisis, sirviéndose de procedimientos de extrema y delicada exactitud, por medio de los cuales descubrirá en ella un conjunto complicadísimo de elementos, á saber: el agua, la albúmina, la fibrina, el azúcar, las materias grasas; los ácidos, tales como el ácido butírico, fórnico, láctico, etc., etc.; las sales de cal, de magnesia; los gases, el oxígeno, el ázoe, el ácido carbónico; en una palabra, el análisis químico hallará en la sangre todos los elementos que se encuentren en el cuerpo humano, en los músculos, en los huesos, en la pulpa nerviosa de nuestro cerebro, en los cabellos y uñas y en todo el resto del cuerpo.

Esto no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta que la sangre, después de haber formado el cuerpo, es la encargada de reconstituírle continuamente y reparar, por decirlo así, las pérdidas que por el uso experimenta nuestra complicada máquina.

El análisis químico ha descubierto además otro elemento, que en la raza humana no tanto es elemento de fuerza, como de gracia y hermosura: un principio colorante peculiar, al que se ha dado el nombre de hemoglobina. Extraído de la sangre, cristaliza en formas geométricas de perfecta regularidad, y de un rojo tan

subido y brillante, que á su lado son pálidos y parecen marchitos los colores del rubí, y da deseos de engastarlas en las joyas, como si fueran piedras preciosas.

La química no llega á más. Si no tuviéramos otro guía, preciso nos sería detenernos aquí sin poder dar un solo paso más adelante en la solución del problema que nos habíamos propuesto. Porque fuerza es confesarlo... ¿qué hay ni puede haber de común entre el suero y el coágulo de la sangre con sus glóbulos blancos ó rojos y sus sales de cal y de magnesia y las sublimes y encantadas regiones que hemos soñado que existen en el corazón?... La sangre viene de esas deliciosas riberas, mas no nos trae ni el perfume de sus brisas ni los rayos de su sol: en vano nuestra vista, por perspicaz que sea, trata de descubrir en ella ni una de esas conmociones que hacen estremecer al alma. Por más que venga del corazón, nada nos revela de él la sangre, ni el más insignificante motivo de admiración, ni la más mínima conjetura, ni aun de lo que pertenece á la vida ordinaria, ni siquiera el más ligero pretesto de murmuración.

Y, sin embargo, la sangre casi toca en los confines del alma; los antiguos la confundían con ella. Á cada paso se encuentran en sus es-

critos estas y parecidas expresiones: «Su alma se escapa en un río de sangre;» ó mejor aún: «Su alma sale saltando por una ancha herida.» En el conmovedor episodio de Niso y Euríalo cuyo recuerdo clásico aún nos persigue, Virgilio describe la muerte de un guerrero, sorprendido por los dos hermanos. El hierro homicida desgarró el costado del miserable, y la sangre sale á borbotones por su asfixiada garganta. «Él—dice el poeta—vomita su purpurina alma;» *purpuream evomit animam.*

Aun cuando en nuestras investigaciones el resultado hasta aquí ha sido casi nulo, no por eso nos desanimamos, sino que con mayor aliento seguiremos adelante, valiéndonos ahora de la fisiología. La sangre que viene del corazón, nada nos ha dicho aún del corazón mismo, nada sabemos todavía del personaje que habita en el extranjero: no nos queda más remedio que acudir allá nosotros á buscar las noticias que de él necesitamos saber.

La sangre, como ya os he dicho, después de haber formado nuestro cuerpo, está encargada de reconstruirlo sin cesar y de reparar las pérdidas que por el uso experimenta continuamente nuestro organismo. El cuerpo del hombre es

muy rudimentario y simple en los primeros momentos de su existencia. Se reduce á una célula con su envoltura, su centro y su núcleo, cuyo diámetro alcanza, cuando más, á una quinta parte de milímetro. Poco á poco esta célula se multiplica, y por decenas primero, después por cientos, luego por millares y millares de millar, se van yuxtaponiendo las unas sobre las otras y formando por su aglomeración lo que se llaman los tejidos; estos á su vez forman los órganos, y los órganos el cuerpo del hombre, conforme á un plan determinado. De manera que, llevando el análisis del cuerpo hasta los últimos elementos, se ha encontrado siempre, aunque se haya hecho bajo las más diversas formas, que la base de nuestros músculos y nervios, y de la armazón huesosa que la sostiene y sustenta, es la célula. Con verdad se puede decir que nosotros no somos otra cosa, corporalmente considerados, que un conjunto inmenso de células orgánicas.

Pues cada una de estas diminutas células tiene su vida propia. Cada una de estas células funciona, trabaja, y trabajando se desgasta y fatiga; y, por lo tanto, necesita de alimento. La sangre es la encargada de alimentarla y de nutrirla; la sangre repara sus pérdidas, la sangre es su pan: por consiguiente, debe ponerse en

contacto con cada célula. Pero es el caso que la célula está fija en su lugar y no puede ir en busca de la sangre: ¿qué hacer?... «Cuando la montaña no puede venir á nosotros—dice un proverbio turco—necesario es que nosotros vayamos á la montaña.» La célula no puede ir á la sangre: pues la sangre irá á la célula, é irá conducida por canales ramificados hasta lo infinito, que la llevarán á los últimos confines y repliegues del organismo, y la harán penetrar hasta sus profundidades más secretas. Colocaos delante de un espejo, bajad con un dedo el párpado inferior, y veréis en su superficie interna los casi imperceptibles vasos sanguíneos que le surcan en todas las direcciones. ¡Qué numerosos, que tenues y delicados, y esto á la simple vista, que es tan débil! ¡Ah, si los viésemos al través del microscopio!

Mas ¿qué falta nos hace acudir al microscopio por pruebas y ejemplos, cuando sabemos por la experiencia de todos los días que basta la punzada de una aguja, por fina que sea, para que, á poco que penetre en los tejidos, rompa infaliblemente algunos de estos microscópicos conductos, de cuya ruptura nos da un evidente testimonio la sangre que de la punzada brota inmediatamente?

Es, según esto, fácil de comprender que toda

célula puede alimentarse, pues la sangre no echa en olvido ni descuida á ninguna de ellas.

¿Y qué es alimentarse?... Esta pregunta os sorprenderá y os causará admiración. El alimentarse es la cosa más natural del mundo, y cada uno de nosotros la hacemos tres ó cuatro veces al día. Con todo, creo que la respuesta os admirará más aún.

En punto á alimentación, la célula, el animal, el hombre y el fogón de una máquina de vapor proceden exactamente lo mismo: no hay diferencia alguna, ni la más mínima. Esto no es muy halagador para nosotros; mas ¿qué le hemos de hacer? es la verdad. Los unos y los otros toman para alimentarse una cantidad de carbón y aspiran un poco de aire puro, en el cual y por el cual es el carbón consumido, y apropiándose el calor que en la combustión se desprende, arrojan los residuos que de él quedan, es decir, la ceniza y el humo. No os podéis figurar lo exacto de esta comparación. El carbón que nuestros órganos consumen es, con toda verdad, el verdadero carbón, el carbón que los químicos llaman común, diferente en la forma, pero no en la sustancia, del carbón de nuestras minas, como también es diferente solo en la forma del carbón que vosotras, Señoras, lleváis en vuestros adornos, y al que dais el nombre

de diamante. Al calor que se desprende de esta combustión se debe la temperatura de treinta y ocho á cuarenta grados en que se mantiene nuestro organismo. No insisto más sobre este punto por ahora, pues espero bien pronto volveros á hablar de él. Mas sea lo que quiera, alimentarse, para la célula, es quemar el carbón de que ha sido provista la sangre con el oxígeno que le ha de consumir, y arrojar con las cenizas el humo que se llama ácido carbónico. Es evidente que la sangre pierde en el cambio: de parte de la sangre todo es generosidad y desprendimiento; todo egoísmo de parte de la célula: la sangre proporciona los alimentos, y solo recibe los residuos. No se enriquece á costa de la célula, antes por el contrario se agota, se extenúa, se inficiona y se corrompe; por eso tiene necesidad de purificarse y regenerarse, y á este fin está animada de un movimiento circulatorio, mediante el cual se renueva y purifica. El corazón es la causa, es el órgano de este movimiento.

Tiempo era ya de que nos encontrásemos con el corazón; pero forzoso es confesar que aún no hemos hallado el menor vestigio, ni de su sentimiento, ni de su afectuosa ternura. ¿Seremos en adelante más afortunados? Permitid que os deje aún por algunos momentos en dudosa incertidumbre. Estamos ya en el extran-

jero después de haber recorrido un largo camino, y todavía no sabemos nada de nuestro personaje. ¿Qué hacer? En lo humano no hay más que un medio, bien que muy seguro: preguntar al vecino, y mejor todavía... á la vecina, y se sabrán sus más menudos é íntimos pormenores, su conducta á sol y sombra, todos sus actos buenos y malos, los malos sobre todo, y no solamente lo que ha hecho sino lo que ha pensado hacer, y sus sentimientos, sus afecciones, sus pensamientos y hasta sus intenciones más recónditas. Mas aquí este recurso es inútil: ¡los vecinos del corazón y aun las vecinas son de tal discreción y de caridad tan exquisita!... El cielo los ha hecho mudos.

Solo nos resta observar al personaje mismo para juzgarle.

El corazón es lo que aparece primero en el organismo humano, cuando apenas empiezan á dibujarse los primeros lineamientos del cuerpo.

Á los diez ó doce días de vida ya se distingue como un punto rojo casi imperceptible, en el cual bien pronto se echan de ver movimientos raros é irregulares de una amplitud apenas mensurable; más tarde estos movimientos se van regularizando y su aspecto se concreta

más, però aún no adquiere su forma definitiva: es una simple vesícula, como el corazón de los infusorios. Después, á la cuarta ó quinta semana, esta pequeña vesícula se divide por medio de un tabique en dos cámaras: es entonces el corazón de un pez. Á la octava semana, poco más ó ménos, un nuevo tabique divide á su vez cada uno de los compartimientos anteriores, viniendo de esta manera á tener cuatro cámaras, aunque en realidad en este tiempo solo tiene tres, por permanecer siempre abierta la comunicación entre dos de los compartimientos: es un corazón de reptil. Por último, después del nacimiento, esta comunicación se cierra, y entonces es cuando el corazón llega á ser un verdadero corazón de mamífero, un corazón de hombre. El corazón humano pasa pués, ántes de llegar á su completo desarrollo y total perfección, por todas las formas inferiores. Sin embargo, en ninguna de ellas cesa jamás de impeler las ondas de sangre generosa y vivificante por todo el organismo.

Está situado el corazón en el pecho, perfectamente resguardado y defendido por los sólidos antemurales de las costillas. Su volumen es, sobre poco más ó ménos en su estado perfecto, como el de un puño, y visto de cara ó por detrás tiene la forma de un cono invertido muy

irregular; tan irregular, que es menester ser en extremo complaciente para ver en él un cono; pero ya no hay remedio, la comparación se ha hecho clásica.

Lejos de nosotros, ya lo veis, esos corazones ideales y fantásticos de que tanto se ha usado y abusado y que la tradición nos ha trasmitido y presentado como una palomita ó una tortolilla.

Colocado entre los dos pulmones, por encima de la línea media del cuerpo, viene á ocupar la parte media del pecho, mas su extremidad inferior está algo inclinada hacia el lado izquierdo, por lo ménos en su posición normal. Pero puede acontecer en casos muy anómalos y raros, que esté completamente inclinado á la parte contraria, y, por lo tanto, su eje lo estará de izquierda á derecha. Puede verse, y yo mismo recuerdo haberlo visto, entre la colección anatómica del museo de la Universidad de Lovaina un ejemplar de esta curiosa anomalía. Cuando el corazón está de esta manera invertido, participan también de este trastorno el hígado, el estómago y en general todas las demás vísceras, y si el hombre todo no está completamente contrahecho, su constitución es siempre bastante imperfecta y defectuosa.

El corazón en su completo desarrollo, como ha poco se ha descrito, está dividido en dos

partes por una pared vertical; de aquí la distinción teórica de corazón derecho y corazón izquierdo. El primero se llama corazón de sangre negra, ya veremos porqué, y también corazón pulmonar; el segundo, corazón de sangre roja ó corazón aórtico. Cada uno de estos corazones se subdivide en dos partes superpuestas, la aurícula arriba y el ventrículo abajo. Cada aurícula comunica con su ventrículo correspondiente por un orificio cerrado mediante una válvula que se abre de alto á bajo, de modo que permite pasar la sangre de las aurículas á los ventrículos, pero no al contrario. Tanto las aurículas como los ventrículos pueden contraerse y dilatarse á la manera de un recipiente de caucho. Cuando la aurícula se contrae, el ventrículo se dilata, y al contrario. Y henos al fin de esta descripción árida y seca.

Si ahora me queréis acompañar, vamos á seguir á la sangre en su viaje circular á través del cuerpo. Pero sin separarnos mucho de los caminos generales y directos, saldremos por los trasversales, aunque, para simplificar todo lo posible nuestra marcha, os he de advertir que prescindiremos de pormenores que pudieran embarazarla.

Tomemos como punto de partida la aurícula izquierda y en el momento preciso de acabar

de recibir una onda de sangre fresca, roja y rica en sustancias vivificantes. La contracción comienza, y la sangre comprimida tiende á escapar de la aurícula: esta no ofrece más que dos salidas, de las cuales la una conduce á los pulmones, la otra al ventrículo; por la superior entra la sangre en la aurícula, mas no bien ha penetrado, cuando detrás de ella se han contraído también los anillos musculares; por la inferior, que por estar cerrada con una válvula que se abre de arriba á abajo no ofrece ninguna resistencia, se precipita la sangre en el ventrículo, el cual se dilata al recibirla. Á la dilatación sigue la contracción, al mismo tiempo que la válvula se eleva otra vez para cerrar el orificio entre la aurícula y el ventrículo, é impedir así que la sangre pueda retroceder. Cerrado como se ha dicho el orificio superior, ya no queda en el ventrículo otra salida que un largo canal, llamado la arteria aorta. Por él se precipita la sangre con una presión equivalente al peso de una columna de mercurio de ciento cincuenta milímetros de altura.

La sangre, siguiendo su camino, sube por la aorta á lo alto del pecho, y de allí, formando una curva de derecha á izquierda, concluye por descender á lo largo de la columna vertebral. La aorta se divide y ramifica hasta lo infinito,

terminando por una multitud de filamentos imperceptibles, que se deslizan á través de todos los tejidos y los surcan en todas direcciones. Estos son los vasos llamados capilares sanguíneos, de los que ya hemos hablado. La sangre corre por todas estas divisiones y subdivisiones de la aorta, hasta que por fin, siguiendo el camino marcado por estos diminutos filamentos, llega hasta las regiones más apartadas y escondidas del cuerpo humano, hasta ponerse en contacto con todas y cada una de las células de que se compone. Este es el momento en que puede decirse con verdad que la mesa está dispuesta y servida, y en el que cada una de las células toma de la sangre su alimento, es decir, el carbón con el oxígeno necesario para la combustión, depositando al mismo tiempo en ella las cenizas y el humo, que no es otra cosa, como ya sabéis, que el ácido carbónico.

¿Queréis de ello una prueba? Analizad la sangre en el momento mismo en que llega á este punto y se separa de él, y encontraréis que donde ántes había un dieciséis por ciento de oxígeno, ya no hay más que un seis. Que allí ya no hay agua, ni sales, ni fibrina; que el ácido carbónico ha aumentado hasta un treinta y cinco por ciento; que la sangre está recargada de residuos arrojados en ella; que su color es más

oscuro, por lo cual se llama ya sangre negra á la que ántes se llamaba sangre roja; y, finalmente, que es impropia para sostener la vida. Desde este momento empieza la sangre á correr por un sistema de vasos dispuestos á la inversa de las arterias, llamados venas, de tinte azulado á causa de correr por ellas la sangre negra.

Las arterias son las vías por donde va la sangre; las venas, por donde vuelve. Cada capilar arterial desemboca en su capilar venoso, y por ellos vuelve la sangre. Los capilares venosos, en lugar de dividirse más, se juntan, se unen de dos en dos, se entrelazan al volver de las piernas, de los brazos y de la cabeza, hasta que, al llegar al corazón, acaban por constituir solo tres grandes venas, que nosotros reuniremos aquí para mayor sencillez en una sola, las cuales desembocan en la aurícula derecha, devolviendo otra vez la sangre al corazón. Detengámonos aquí un instante. Para cuando entra la sangre en el corazón derecho por la aurícula correspondiente, ya está parcialmente regenerada. ¿Cómo? Al llegar á la altura de la espalda ha encontrado la abertura de un canal, que los anatómicos llaman el canal torácico, por el cual son conducidos todos los productos extraídos de los alimentos que el estómago ha digerido, productos compuestos de principios vivificantes, donde

hay fibrina y sales de todos los géneros y azúcar, materias grasas, etc., etc., las cuales se mezclan allí con la sangre, devolviéndola casi toda su perdida riqueza; solo le falta proveerse de oxígeno, y purificarse de los residuos que arrastra y del ácido carbónico que la envenena.

La aurícula derecha al recibir la sangre se contrae y la arroja en el ventrículo del mismo lado; el ventrículo también se contrae y la impele á los pulmones; allí la sangre se refrigera en una atmósfera de aire puro y recientemente aspirado, del cual hacen los glóbulos su provisión de oxígeno. El ácido carbónico se desprende, y las cenizas y demás residuos son allí mismo consumidos. Todos estos impedimentos son expelidos al aire que nos rodea en una aspiración, y la sangre vivificada ahora totalmente, la sangre fresca, sonrosada, vuelve otra vez á la aurícula izquierda, para emprender de nuevo y sin intermisión su viaje circular.

Sí, sin intermisión, porque á cada latido de nuestro pulso corresponde un paso de la sangre, que se verifica en el mismo momento en que notamos la pulsación rítmica. Las pulsaciones son en el hombre de setenta á setenta y cinco por minuto; la mujer tiene algunas más, y en los recién nacidos llegan á ciento cuarenta. ¿Qué os parece la actividad de vuestro corazón?

Mucho siento tener que hablar con tan poco respeto, mas perdonadme que os lo diga, el corazón humano es... una bomba aspirante é impelente: ni más, ni ménos.

¿Queréis formaros de él una idea exacta? Poned una pelota de goma hueca en manos de un muchacho; en seguida le abre un agujerito, la comprime, la hace arrojar todo el aire que tenía, y la hinche completamente de agua. Pues bien, si una vez llena la comprime de nuevo con fuerza, ¿qué sucede? Que arroja el agua á gran distancia. Ahí tenéis una imagen exacta del corazón.

¡Ah, cuán lejos está de la realidad el corazón ideal que nosotros en nuestros pensamientos nos habíamos forjado, y á qué horroroso realismo os he venido á rebajar!

Mil y mil cosas más os pudiera haber dicho sobre el corazón: pudiera haberos hecho notar cómo las aurículas, cuyo oficio es sencillamente hacer pasar la sangre á los ventrículos, son débiles y de bastante laxitud en comparación de los ventrículos, destinados á impulsar la sangre por conductos más largos. El ventrículo derecho, que está encargado de lanzarla á los pulmones, es ménos fuerte y poderoso que el izquierdo, que debe impulsarla por todo el cuerpo. Mas ni aun esto tiene que ver nada con el corazón que habíamos soñado.

Os pudiera también decir que la fuerza total empleada por el corazón para impeler la sangre en un solo día, equivale á la que se necesitaría para elevar setenta mil kilogramos á la altura de un metro, y en un año veinticinco millones quinientos mil kilogramos, y que en la vida de un hombre de setenta ú ochenta años llegaría á una fuerza suficiente para elevar un tren á la altura del Mont-Blanc. Mas ni esto es tampoco el corazón que hemos soñado... ¡el corazón, en fin, el corazón!...

Con todo, no hay que desanimarse, todavía nos resta una esperanza.

¿No os ha acontecido, siquiera una vez en la vida, contemplar llenos de emoción el arrebatador espectáculo de una puesta del sol? Bajo pabellón de púrpura y oro desciende el astro rey con majestad augusta á ocultarse detrás de las montañas. El cielo todo se prepara para la fiesta: su azul, medio velado, toma los tintes de la rosa, de una delicadeza tal, que desafían la paleta del pintor. Sobre este fondo suave y puro resaltan miles de nubecillas de fugaces contornos agrupadas en masas ligeras y fantásticas, formando como coronas enlazadas entre sí alrededor del sol. Se diría que son rosas es-

parcidas sobre flotantes bandas de plata y oro. Los rubicundos y opalados resplandores, los cambiantes de nácar y de perlas, los colores todos envían al espacio las brillantes ondas de sus infinitos matices.

El mismo sol, al hacerle los cielos tan magnífico cortejo, parece sentirse orgulloso, y lanza de un extremo á otro del horizonte, á través de tantas riquezas amontonadas, como en un inmenso incendio, los brillantes haces de sus postreros rayos.

Pues bien, ¿no os habéis preguntado nunca qué son esas bellas nubecillas?

Son—¡quién tal creyera!—una oscura é informe niebla, un poco de evaporación condensada.

¿Y qué es lo que las hace tan hermosas á nuestros ojos?

Los rayos del sol que las atraviesan.

Esto mismo sucede con el corazón.

El corazón no es otra cosa que lo que habéis visto. Una víscera vulgar y nada más.

¿Y qué es lo que le hermosea á nuestros ojos?

El rayo que le atraviesa... ¡el alma!

El alma, Señores, el alma, que le conmueve y agita; el alma, que le hace latir; el alma, que le hace estremecer de alegría; el alma, que ama, que se sacrifica, que goza, que sufre, que le enciende é inflama al soplo de sus pasiones generosas.

¿No habéis visto cernerse en el cielo del pensamiento al alma humana, como el águila se cierne majestuosa sobre las empinadas cimas de las altas montañas? ¿No la habéis visto fijar su atrevida mirada en el cielo de la verdad, sin que la hagan parpadear los brillantes resplandores de sus divinos rayos? ¿No la habéis visto alguna vez cara á cara de repentinas apariciones llenas de bondad y de amor y de terrena hermosura?

Salta de placer, tiembla, se excita, se estremece, y es que ha reconocido en estos débiles vestigios la eterna belleza, el eterno amor de Dios, que la ha creado y que la llama á sí por las voces de la naturaleza toda. ¡Ah, ya lo comprendo! si el corazón humano nos parece tan hermoso, es porque el alma humana es hermosa; si nos parece grande, es porque el alma es grande; si noble, generoso, levantado, es porque noble, generosa y levantada es el alma también, y porque el raudo vuelo de sus potentes alas, desapegándola del lodo de la tierra, la transporta y eleva á las alturas del cielo.

Amadla, Señores, amadla... Jesucristo la amó hasta dar su vida por ella. Ni se contentó con esto, sino que al verla de tan clara estirpe, quiso, él mismo, él..., Jesucristo!... alimentarla, como una madre amamanta al hijo de sus entrañas, y mejor aún, mucho mejor que una ma-

dre... porque lo que le da á comer es su cuerpo, y lo que le da á beber es su sangre...

Ahora solo me resta demostraros cómo obra el alma sobre el corazón, y por qué medio.

El corazón, como acabamos de ver, en sí considerado no es más que el órgano material de la circulación de la sangre.

Querer pues, bajo el punto de vista real y fisiológico, considerarle como el órgano de las afecciones, sería una pretensión destituída de todo fundamento sólido, y tan contraria á los hechos, que me será bien fácil haceros ver la sinrazón de ella. Hacer de una víscera el órgano de una facultad sensible viene á ser, sobre poco más ó menos, trasladándonos á otro orden de cosas, como si tomásemos un martillo por una sierra, ó un berbiquí por un cepillo de carpintero.

Ahora bien, ¿qué es lo que movió á nuestros antepasados á introducir en su lenguaje un modo de hablar tan extraño?

Permitidme que desde luego os diga que ántes que ellos ya lo habían introducido otros muchos. Platón, que fué, por cierto, uno de los hombres más eminentes de su tiempo y de todos los tiempos, Platón, y después de él toda su escuela, divide el alma en tres partes: supe-

rior, media é inferior. La superior, donde se engendra el amor del bien absoluto, de la belleza absoluta y de las ideas puras: esta la coloca Platón en la cabeza. La media es donde reside el amor de los objetos intermedios; el amor de la gloria, de la grandeza, del honor: esta la pone en el corazón. La inferior, por último, es la más baja, y en ella reside el amor de los objetos materiales y tangibles, y aun ¿quién lo dijera? el amor con que nos amamos á nosotros mismos; y esta la coloca...—¿dónde?—¡ah, Señores, permitidme que os lo diga...: en el vientre!

Después, andando el tiempo, hemos despojado á la cabeza y al vientre del derecho de ser el asiento de nuestras afecciones, y dejado solo al corazón este privilegio; ¿y porqué?

Nuestros antepasados al formar su lengua es evidente que no tuvieron en cuenta para nada la circulación de la sangre, pues no se conocía, hasta que fué descubierta por el aragonés Servet y demostrada sesenta años después por Hárvey, en el siglo XVII. Jamás hicieron nuestros predecesores la disección de ningún corazón humano para estudiar sus funciones, su estructura y sus tejidos. El primero que, á mediados del siglo XVI, osó arrebatár á las regiones de la muerte un cadáver humano fué Verale, el cual sin embargo no se lanzó á desgarrar con

su escalpelo aquellas lívidas y frías carnes sino en aislado retiro y al amparo de la noche, cual si perpetrara un crimen.

Nuestros progenitores eran más sencillos é ingenuos en la observación de la naturaleza, y se contentaban con observar en sí que todas las emociones vivas tenían en el corazón cierta misteriosa resonancia. Las pulsaciones aceleradas ó retardadas, el rubor ó palidez del rostro, la dilatación ú opresión del pecho, el mismo corazón que se ensancha ó estrecha, he aquí todas sus experiencias; para las cuales no necesitaban del escalpelo del anatómico ni de los tósigos de la fisiología. Era y es, por otra parte, tan natural el referir esta conmoción total del ser al corazón, donde los movimientos perturbados repercuten con más viveza y dominan á la vez la emoción material y la emoción moral, que no tenía nada de extraño que estableciesen esta relación, sin cuidarse de justificar por consideraciones ulteriores su modo de pensar y de hablar acerca de la materia.

En esta relación que realmente existe entre nuestros afectos y los movimientos materiales del corazón, es donde descansa la base y fundamento del papel ideal que han hecho representar al corazón todos los pueblos en todas las lenguas. Esta relación la reconoce la fisiología,

descubriendo á la vez su secreto mecanismo. Veamos de explicarlo con claridad.

¿Cuál es la causa de los movimientos del corazón? Si se le arranca el corazón á una rana y se coloca en una mesa, continuará latiendo por mucho tiempo. Lo propio acontece generalmente con el corazón de todos los animales de sangre fría, pues llega, separado del resto del cuerpo, á conservar su movimiento durante un día entero. Con el de los animales de sangre caliente sucede otro tanto, si por medios mecánicos se le alimenta de sangre oxigenada.

Son experiencias que se hacen cada día en los laboratorios. Brown-Sequart describe de este modo una de ellas:

Cortada la cabeza á un perro á la altura conveniente para poder operar en la misma entrada de los grandes vasos del tronco y de la cabeza, se inyecta sangre oxigenada en el tronco del cuerpo muerto, y al momento se le verá moverse, primero irregular y desordenadamente, y bien pronto con regularidad; el corazón palpita, se agitan y retuercen los miembros como si quisieran librarse de un interno dolor, el tronco todo se levanta, y el pecho lanza sollozos... ¿Será por ventura que renace la vida?

No bien el instrumento del fisiólogo deja de funcionar, cuando el cuerpo queda otra vez paralizado é inerte; el corazón cesa de latir, el pecho vuelve á bajarse, los miembros tornan á su inmovilidad y rigidez, y la frialdad de la muerte invade de nuevo todo el cuerpo y le hace caer en una insensibilidad sin remedio.

Si la sangre se inyecta en la cabeza, produce resultados análogos; los ojos se abren y se revuelven espantados en las órbitas agrandadas, los labios tiemblan y se contraen, muévense los músculos, hasta que una como segunda agonía los inmoviliza y los deja de nuevo en brazos de la muerte. Si algún sabio intenta repetir esta experiencia en la cabeza de algún ajusticiado, prepárese para asistir á un espectáculo horrible. La causa pués de los movimientos del corazón deben, según parece, buscarse en el corazón mismo.

En efecto, incrustados alrededor y en el interior mismo de las paredes musculares del corazón se hallan los centros nerviosos, que son los que los producen.

El corazón tiene en sí mismo el origen y como la raíz de sus movimientos. Y aquí permitidme que me detenga algún tanto.

Dios pudiera haber confiado á la voluntad del hombre los movimientos del corazón, como

le confió otros muchos del organismo; pero la voluntad hubiera sido perezosa y descuidada, ó pródiga é intemperante: hubiera desatendido ó abusado mucho de la vida. ¡Y qué cuidados, qué constante preocupación!... ¡y en los momentos de desesperación que tal vez embargan nuestra existencia, qué recursos tan espantosos abandonados en manos de la humana cobardía! «Cesa de latir, viejo corazón,» exclamaba Carlomagno el día de la derrota; mas el anciano Emperador no mandó con más eficacia á su propio corazón que á la victoria.

Es de notar que las palpitations del corazón, independientes de extrañas influencias, son regulares, uniformes; y si no hay cambio alguno en las condiciones externas de que el corazón está rodeado, su ritmo permanece constante como la oscilación de un metrónomo. Tal es la pulsación normal y tranquila del corazón humano: instrumentos especiales hay que la miden cual si fuera movimiento mecánico.

Pero aquí no se trata de averiguar la causa del movimiento normal del corazón, sino la causa que lo perturba y altera; lo que se quiere saber es porqué el corazón, en las emociones fuertes é intensas, al punto se desordena, acelerando ó retardando su marcha; y así debemos aún ir más lejos.

Dos haces nerviosos esparcen por el corazón sus ramificaciones cruzándole y rodeándole por todas partes, como las ramas extremas de una hiedra rodean un nudoso tronco: el pnemo-gástrico y el gran simpático. No os asustéis de estos nombres: desde luego os concedo que no son de los más armoniosos; pero así como perdonáis á la geografía su Kamtschatka, su Niji Novogorod y su Monomotapa, perdonad también aquí su nomenclatura á la anatomía. Estos dos cordones nerviosos representan su papel correspondiente, del cual voy á daros ahora alguna noticia. Para esto es necesario conservar el corazón dentro del pecho, á fin de que, sin tocarle, podamos juzgar de sus movimientos. Veamos cómo.

El *ánima vilis* de tales experimentos suele ser comunmente el conejo ó el perro.— ¡Ah! la fisiología es cruel, parece que os oigo decir...— Por lo mismo, no temáis de mí: me limitaré á describiros el crimen; no mancharé mis manos ni ofenderé vuestros ojos.

Bien sujeto por fuertes ligaduras, de modo que no se pueda mover, se coloca al animal sobre la mesa; después á través de las membranas y demás envolturas del pecho, entre la cuarta ó quinta costilla, si no me engaño, se introduce un cilindrito hueco. En el interior del

cilindro se introduce un alfiler largo, cabeza abajo, hasta que descansa en el mismo corazón; de este modo participará de sus movimientos. Para hacerlos perceptibles á todos los circunstantes, se fija en la punta del alfiler, de manera que sobresalga del cilindro, una banderita de papel, cuyas oscilaciones periódicas pueden fácilmente apreciarse.

Hecho esto, la operación es sencilla. La banderita ó papelito se eleva y desciende con sorprendente regularidad: son los latidos normales del corazón.

Descúbrese entonces el nervio pneumo-gástrico y se le excita ligeramente... y al punto se verá que los movimientos del corazón se han hecho mucho más lentos. Se le excita con más viveza, y procederán con más lentitud; más vivamente aún, y cesarán bruscamente y no comenzarán otra vez sino con gran trabajo. Por último, hagamos cesar la acción del pneumo-gástrico cortándole, y súbitamente volverá de nuevo el corazón á latir con extraordinaria rapidez. La conclusión inmediata y obvia es, á poco que se reflexione, que la acción del pneumo-gástrico es una acción moderatriz; que este nervio es el que retarda en él los movimientos y hasta los puede paralizar momentáneamente; y que cuando, por cortarle, ya no

influye en el corazón, este se lanza como un caballo sin freno.

Haciendo una experiencia análoga sobre el otro haz nervioso que el gran simpático envía al corazón, se consiguen resultados opuestos, es decir, que la excitación de este nervio produce una aceleración marcada en los movimientos del corazón, aceleración que es tanto más rápida, cuanto la excitación es más intensa; y, por último, que, cortado el nervio, se ve que las palpitaciones se retardan inmediatamente de un modo extraordinario.

La acción del gran simpático sobre el corazón es aceleratriz.

Así pues, si la causa de los movimientos normales del corazón es el corazón mismo, no es ménos cierto que estos movimientos están regulados por los nervios que acabamos de describir y estudiar, y que cuando bajo la impresión de una emoción viva y súbita el corazón se perturba y desordena en sus movimientos, la causa de esta perturbación y desorden, de esta aceleración ó lentitud, no está en el corazón mismo, sino que debe atribuírse á uno de dichos nervios.

Mas no sería razonable detenernos aquí; porque ni el pneumo-gástrico ni el gran simpático son órganos independientes y que tengan en sí la razón de sus movimientos, pues la actividad que

les hemos visto desplegar no es propia, sino que les viene de su centro, como de su fuente. Á este centro, á este órgano, del cual son ellos instrumentos secundarios, al cerebro, en fin, hay que recurrir; hasta él debemos remontarnos si queremos ver quién es en último término el que regula los movimientos del corazón. Su intervención nos dará la solución del problema que al comenzar esta conferencia hemos planteado.

Mas para ser exacto, ántes de entrar de lleno en la solución del problema, quiero haceros una advertencia importante.

La relación que existe entre el cerebro y el corazón, mediante los nervios moderadores ó aceleradores de su movimiento, no es la causa única y exclusiva, sino que hay otras no ménos influyentes, aunque ménos directas. Hay, por de pronto, una serie de nervios llamados vasomotores, que enlazan las arterias y las venas, y están destinados á dilatarlas y contraerlas, y, por lo tanto, es manifiesto que su acción, modificando la capacidad de los vasos sanguíneos, altera la circulación de la sangre, y, por consiguiente, las pulsaciones del corazón. Hay además otros nervios encargados del mecanismo de la respiración. La sangre, como ya hemos visto, tiene necesidad de removerse, y para esto necesita oxígeno: se lo presta el aire deposi-

tado en los alvéolos de los pulmones, adonde se introduce por la respiración. El hombre ya perfecto absorbe cada día 520.600 centímetros cúbicos. Por lo tanto, dicho se está que debe haber una coordinación necesaria entre los movimientos respiratorios y los del corazón, para que la sangre encuentre en ellos el aire fresco que necesita. Esta coordinación existe en efecto, y es tan estrecha é íntima, que la más mínima alteración en cualquiera de dichas funciones, al punto se reproduce en la otra.

El corazón, como se ve, está relacionado con el cerebro directamente por medio de los nervios moderadores y aceleradores, é indirectamente por los vasos-motores y por los que presiden las operaciones de la respiración.

Detengámonos aquí para reflexionar, pues estamos ya al término de nuestro viaje de exploración.

El alma humana está unida al cuerpo por una misteriosa lazada que no nos es dado comprender. No se explica satisfactoriamente cómo un puro espíritu, notadlo bien, puede estar inmediata y esencialmente unido con la materia; pero cualquiera que sea la opinión que se acepte en este difícil problema psicológico, dos cosas es-

tán fuera de toda duda. La primera, que el alma obra en el cuerpo por medio de un sistema nervioso muy complicado, y cuyo centro es el cerebro; de donde se sigue que, en el estado actual, no puede el alma conocer, ni sentir, ni pensar, ni amar, ni producir ninguna de sus operaciones, sin el concurso del cerebro. Mas, aunque esto sea verdad, líbrenos Dios de creer, como los superficiales materialistas lo hacen, que el cerebro es el órgano secretor del pensamiento y del sentimiento. Existe, es cierto, entre nuestras facultades cognoscitivas y sensitivas una unión condicional tan íntima y estrecha, que se puede y se debe formular en buena y sana filosofía el siguiente teorema, sobre el cual llamo poderosamente la atención: «En el estado actual de unión entre el alma y el cuerpo, á todo movimiento sensible ó intelectual del alma corresponde una modificación determinada en el cerebro. Sin embargo, la modificación del cerebro no es causa activa de la operación del alma, sino mera condición necesaria, bien que de tal modo necesaria, que la una no existe sin la otra.»

Cuando el teclado de un piano es recorrido por ágiles dedos, no es, por cierto, de las teclas de marfil de donde brotan sus melodiosas armonías; pero el mecanismo del instrumento está de tal manera construído, que el bajar y subir de

las teclas es condición necesaria para que vibren las cuerdas. No es el cerebro el que produce las afecciones del alma; mas para que el alma se conmueva y se impresione, preciso es que nuestros órganos bajen las misteriosas teclas que están enclavadas en la pulpa cerebral.

Apliquemos ahora estos datos.

Si todo conocimiento, todo sentimiento, toda emoción del alma exige y determina en el cerebro una vibración, una alteración, un cierto modo de ser, fácilmente se comprende que esta alteración puede llegar hasta la raíz de los nervios moderadores, ó de los aceleradores, ó de los que están encargados del mecanismo de la respiración, como quiera que todos los tres van á arraigarse en la pulpa cerebral, como en suelo fecundo, de donde sacan la vida. Si estos nervios son impresionados, la excitación que experimentan modificará instantáneamente las pulsaciones del corazón, viniendo este á ser, por consecuencia, el origen de los movimientos desordenados que sentimos cuando recibimos alguna impresión desacostumbrada.

Mas toda modificación en los movimientos del corazón deberá producir una modificación correlativa en el repartimiento de la sangre por los diversos órganos del cuerpo, los cuales, y sobre todo el cerebro, experimentarán consi-

guientemente en su actividad alguna perturbación que trascenderá á todo el organismo.

Así pues, en el fondo de todas nuestras emociones tendremos: acción del alma en el cerebro, acción del cerebro en el corazón, y reacción del corazón en el cerebro y, por el cerebro, no solo en todos los órganos en los cuales influye, sino en el alma misma.

Precisemos más la cuestión.

Todos los sentimientos tristes ó dolorosos de nuestra alma obran sobre los nervios moderadores, de modo que, si el dolor es vivo, paraliza súbitamente el corazón, la sangre deja de circular y no llega al cerebro, todas las funciones cerebrales cesan, y el cuerpo todo queda sin movimiento como una masa inerte...: es el desmayo, ese estado vecino á la muerte. Si el dolor no es tan intenso, ni tan vivo, no tiene lugar el paro completo del corazón; pero sus latidos son más lentos, se obstruyen sus cavidades, se hacen sus contracciones ménos enérgicas y la sangre circula con trabajo por las arterias: de aquí la palidez del rostro, la dejadez del cuerpo, el abatimiento general y la pesadez y flojedad de todos los movimientos, porque los centros nerviosos, de los cuales dependen, reciben con escasez la sangre que los anima. Entonces decimos: «El corazón está angustiado, pesado, oprimido, como

está el de los que mueren estrangulados;» y otras expresiones parecidas que son de rigurosa exactitud.

Los sentimientos de gozo obran, por el contrario, en los nervios que aceleran sus movimientos. El corazón late con más rapidez, las arterias se dilatan y aumentan de capacidad, la sangre circula con más abundancia é inunda al cerebro con sus redobladas ondas, con lo cual crece su energía y se desarrolla en él una actividad superabundante: de aquí lo sonrosado del rostro, la soltura y agilidad de los miembros, cierta exagerada actividad, y, en una palabra, el bienestar general de todo el cuerpo. Entonces es cuando decimos: «El corazón palpita de gozo, salta de alegría, se enternece, vibra de contento.» ¡Cuán verdadero es todo esto!

Aún podemos ir más lejos: después de haber estudiado los estados pasajeros del alma que hemos llamado gozo y dolor, examinemos el estado habitual, que llamamos pasión ó virtud.

Uno de los círculos que constituyen el infierno de Dante está exclusivamente destinado á los réprobos que lo han sido por pecados de malicia especial: á los envidiosos. Vese á estos desgraciados en los cantos del poeta, y mejor aún en las ilustraciones del pintor, revolcarse en el suelo árido y frío, y retorcerse en la im-

potencia de su desesperación, al mismo tiempo que una serpiente enroscada á sus cuerpos les hunde en las entrañas los afilados dientes.

Dante pintó en su poema lo que á él mismo le fué dado ver, y para trazar el infierno de los envidiosos, no tuvo sino describir la vida que en ellos había visto.

Hay, en efecto, almas á quienes la felicidad ajena las hace infelices.

Replegadas sobre sí mismas, pasean por el mundo que las rodea su mirada aviesa y sombría, y saborean el mal de sus prójimos como el más delicioso de los manjares. Aun en el seno mismo de la felicidad sufren al ver que no son solos en el gozar. La belleza, la inocencia despreocupada y tranquila, la alegría, la juventud, el buen éxito en los negocios, los goces, los triunfos, la bondad, la virtud, la ternura, el honor, en fin, todo cuanto amamos los ofusca, los irrita, los exaspera. No parece sino que al repartir Dios á los demás con pródiga mano los bienes, que son el consuelo y el gozo del hombre en este valle de lágrimas, se los ha arrebatado á ellos.

Y vedlos sombríos y febriles, estrechados y ahogados por las congojosas ansias que oprimen al culpable en el momento de cometer el crimen: vedlos minar sordamente y zapar entre

las sombras el edificio, ya de suyo bien frágil y quebradizo, de una felicidad que les molesta y entristece, porque no es para ellos.

Murmuran y calumnian á escondidas como malhechores que tienen miedo... y, cuando el edificio se cuarteja, cuando amenaza ruina, cuando, en fin, se derrumba... dan por acabada su obra: su mirada lanza fuego sombrío, y su garganta oprimida rompe en carcajadas sarcásticas y estridentes.

Una palabra pinta á esta clase de almas: «Ellas mismas se roen el corazón; ellas mismas son para sí la serpiente que las devora.» Ahora bien; estos hábitos, este estado del alma, esta pequeñez, esta bajeza de sentimientos no puede ménos de reflejarse de alguna manera en el organismo. El corazón del envidioso, arrugado siempre y encogido, no manda ni puede mandar al cuerpo la sangre que necesita; y así, habrá desequilibrio y desorden en el organismo, porque le hay en el corazón; y le hay en el corazón, porque ántes le ha habido en el alma.

Abro un libro de fisiognomía, y busco el retrato del envidioso. Aquí lo tenéis: no es mío, Señores; lo entresaco de una obra muy conocida: *La medicina de las pasiones*.

«La tristeza, la taciturnidad, la movilidad y fruncimiento de las cejas, junto con una palidez

terrosa ó verdinegra, son los primeros efectos de la envidia. Si esta pasión llega á ser habitual en el alma, la sangre, estrechada en el corazón y en los canales constreñidos, tiende á dilatarlos con gran fuerza; de donde proviene opresión fatigosa, suspiros entrecortados, palpitaciones violentas y, con frecuencia, aneurismas mortales. Por otra parte el hígado, rebosando sangre negra, segrega la bilis con abundancia hasta llegar á hipertrofiarse; las fuerzas disminuyen, la piel toma un tinte lívido, convirtiéndose lo pálido en verdoso, y lo rojo en amoratado y vinolento. Vase de día en día demacrando, y los músculos, extenuados y rígidos, pierden toda su flexibilidad y gracia. En un período más avanzado, el mal invade hasta el mismo cerebro: de aquí los pensamientos sombríos y tumultuosos, el amor á la soledad y á las tinieblas, en fin, esos insomnios crueles que acaban de gastar las fuerzas del enfermo y le llevan á una melancolía devastadora, á veces á la locura, á veces al asesinato ó al suicidio, siempre á la muerte!»

Pero me apresuro á retirar tan triste carácter, despreciado de Dios y de los hombres, que vuelven la vista y se apartan de él por no verle.

¡Cuánto más felices son esas almas, que naturalmente inclinadas á la bondad, han sabido cultivar con esmero su tendencia privilegiada!

Abren el corazón de par en par á todo sentimiento tierno, delicado y generoso, como la flor abre el puro cáliz á las caricias de los rayos del sol primaveral. Todo lo bello las embelesa, todo lo bueno las atrae, todo lo virtuoso las enamora, todo lo grande las arrebatada. Son como las arpas eólicas, á las que el soplo de la más ligera brisa arranca deliciosas armonías. Ricas con sus propios tesoros, se apenarían de ser solas en disfrutarlos; por eso los comunican á los desheredados de la fortuna, con mano tan recatada, que ignora sus propios dones.

Compasivas con los demás, olvidanse de sí mismas, para derramar sobre todo corazón lacerado el bálsamo vivificante del amor. Tiernas al mismo tiempo que profundas, han echado en el bien hondas raíces; y las atenciones, y los sacrificios brotan en ellas por germinación espontánea é inconsciente, como en suelo bendito que les es propio. Solo ellas se extrañan de que haya quien las admire: tan de veras se llegan á persuadir de que su hermosura, su virtud, su nobleza es cosa sencilla y natural!

¡Ah! y de estas almas sí que no huyen ni Dios ni los hombres; antes al contrario, las buscan, se inclinan suavemente hacia ellas, las contemplan, y Dios y los hombres las aman.

Cuando queremos describir de un solo rasgo

alguna de estas criaturas privilegiadas, decimos: «¡es un corazón de oro!» Ó mejor aún, como si á la lengua le faltaran calificaciones bastante expresivas: «¡qué corazón!...» Ó en fin: «¡es toda corazón!»

Y ¡este corazón magnánimo, este corazón activo y generoso, cuyas palpitaciones son tan nobles y tan amplias, no ha de influir nada en el organismo? ¡Ah! ¡cómo se agolpa presurosa la sangre para derramarse por el cuerpo vigoroso! ¡Cómo se difunde la vida por los miembros ágiles, y cómo los colorea de puro y vivo carmín!

Y notad de paso cuán perfectamente se refleja el corazón en el rostro. Estas almas tienen sobre la frente un como resplandor de bondad que, mucho más que la rectitud de las líneas, nos pinta la belleza de su semblante y cautiva á los que le contemplan; su mirada es de una dulcedumbre inexplicable; sus labios, habituados á la modesta sonrisa, muestran siempre en su contorno un dejo sabroso de ella; su reír es sincero y radiante como el resplandor de las perlas.

Siempre en calma, siempre serenas: el otoño las ve como las había visto la primavera, frescas, sonrientes y alegres como una mañana de Abril. Fácil me sería multiplicar estos contrastes, pero urge poner fin; y por otra parte me

place más raciocinar y deducir con vosotros alguna conclusión. Hagámoslo friamente.

La sangre es la vida del cuerpo y su alimento necesario, y el corazón es el que la distribuye por el organismo con número, peso y medida.

Pero las funciones del corazón están reguladas por el cerebro; el cerebro dirige su marcha, la modera ó la desordena, mantiene ó altera el orden que preside á nuestra principal alimentación.

Mas el cerebro á su vez no obra sino bajo la dirección del alma. El alma es la que, en último análisis, tiene en sus manos las riendas. Ella es por tanto la que gobierna el cerebro, y por el cerebro el corazón, por el corazón la sangre, y por la sangre la vida.

La vida la amamos como nuestro bien más precioso y la rodeamos de exquisitos cuidados... á veces bien inoportunos. Nos forramos de fra-nela blanca ó rosada, de pieles, ó de algodón en rama; usamos de jarabes, de drogas, y qué sé yo de cuántas cosas más. Y esto... ¡vaya!... está bien y no lo censuro: Dios me libre de murmurar contra la higiene. Mas ¿porqué tenemos en tanto olvido á nuestra alma? ¿porqué no velar sobre ella? ¿porqué no mantenerla en paz y en calma? ¿porqué no alimentarla con todos los go-ces que proporciona la virtud? ¿porqué no abrirla á todos los movimientos y expansiones genero-

sas que la encantan, la engrandecen, y la cierran completamente á todas las pasiones vulgares y vergonzosas que la estrechan y envilecen?

He aquí la verdadera, la buena, la gran higiene, la higiene del alma.

Para tener corazón elevado y magnánimo, es necesario tener alma grande, generosa y amante; y para decirlo todo en una palabra, me valdré de la sentencia que he tomado como texto de esta conferencia: «Guardemos nuestro corazón, porque en él está toda la vida, buena ó mala, feliz ó desgraciada, generosa ó mezquina; toda vida tiene en él su raíz.»

Y aquí quiero presentaros un ejemplo ilustre.

El viajero que, navegando por el Mediterráneo, penetre en el Archipiélago, descubrirá á su derecha las costas de la Anatolia. Si le place seguir la ruta que seguían en otro tiempo los navíos de la antigua Grecia, después de haber saludado á Chio y Samos, islas famosas, pasará casi tocando con las costas de Atenas, y no bien habrá pisado el suelo del Asia Menor, cuando esparcidas y silenciosas se presentarán ante él amontonadas ruinas. Cada onda del viento del desierto arrastra algunas partículas de escombros y las sepulta en el innoble polvo.

Esto es lo que queda de Éfeso, la grande Éfeso, la ciudad divina de Éfeso, el orgullo de Diana, una de las siete maravillas del mundo. En medio de estas melancólicas ruinas se eleva una montaña y sobre la montaña una tumba. Allí, allí reposa el corazón del hombre más heroico que el cielo ha hecho latir sobre la tierra. ¡Éfeso ha muerto!... ¡la tumba vive aún! el polvo que guarda todavía es hoy en día amado y venerado, y el peregrino, de rodillas sobre esta tumba, se prosterna y besa con efusión el mármol que diecinueve siglos no han logrado envejecer.

La historia ha honrado á sus grandes hombres con los magníficos epítetos de *grande, bueno, victorioso, conquistador*; á este le llaman el muy amado... sí, el muy amado.

Habiendo llegado á una edad muy avanzada, llevaba aún en su pecho, gastado por la vida de casi un siglo, un corazón sonriente, fresco, joven. Los hermanos más jóvenes tenían que ayudarle y sostenerle cuando andaba, mas él vencíalos á todos en el amor; su cabeza no conservaba más que una blanca aureola de cabellos que servían para coronar su frente, mas su mirada nó había perdido nada de su virginal y brillante limpidez, y en sus labios jamás se había extinguido la sonrisa. Y, sin embargo, su vida había sufrido pruebas sangrientas. Había estado

en prisiones, había sido azotado y había pasado hasta por los tormentos del martirio. Sufrido había también los dolores mucho más crueles de la perfidia, de la calumnia, de la traición; pero no tocaron jamás á su corazón, porque le había puesto en las altas regiones adonde no llegan las tempestades.

Quizás admirando el secreto de su perpetua juventud, decían sus discípulos: *discipulus ille non moritur*. «El Discípulo amado no muere.»

Tal vez como á padre le pedían lecciones y consejos, y él, como acostumbran los ancianos, se los daba condensados en esta sentencia: «Mis queridos hijuelos, amaos los unos á los otros;» y recordando á San Pablo: «Amarse — añadía — es ser bueno y paciente para los otros, no envidiar los éxitos y los triunfos, no pensar mal de nadie, no alegrarse de las ajenas desgracias, mas participar de sus penas, compartir sus dolores. Amar es sufrirlo todo, creerlo todo, esperararlo todo, sobrellevarlo todo con paciencia, olvidarse de sí mismo. ¡Oh, hijos míos! ¡oh, mis queridos hijuelos, amaos los unos á los otros!»

Todos vosotros, Señores, habéis ya nombrado á San Juan, á San Juan el muy amado y el muy amante, á San Juan el solo fiel hasta la muerte... á San Juan el último al pie de la Cruz, el primero en el sepulcro de su Maestro.

¡Ah! Señores, Jesucristo iba á morir en medio de las angustias de la agonía. Dirige con suprema inquietud su mirada por el mundo, buscando... ¿Qué busca, Señores? Busca un corazón bastante puro y tierno, bastante amante y dulce, bastante fuerte y profundo, para depositar en él, con manos temblorosas y casi sin vida, el único tesoro, que le cuesta dejar en el mundo: ¡el corazón hecho pedazos de su Madre!... ¡Allí está San Juan, y Cristo ya no busca más... «¡Madre! ¡Madre!, exclama con una voz que aún resuena á través de los siglos, ¡Madre! ved ahí en adelante á vuestro hijo.»

El corazón de San Juan, que se quiere salir del pecho por la fuerza del amor, se abre para abrigar dentro de sí y para siempre el corazón de María.

Ahora, si me exigís que os diga dónde aprendió San Juan á gobernar y regir su corazón, y cómo llegó á elevarse hasta la altura de estos divinos misterios, recordad que en una hora solemne se recostó sobre el pecho de Cristo y escuchó cómo palpitaba el corazón de un Dios.

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



ELEVACIONES DEL CORAZÓN

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

ELEVACIONES DEL CORAZÓN
DOS CONFERENCIAS FAMILIARES

TERCERA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

—
ES PROPIEDAD
—

I

AQUÍ ABAJO



SEÑORAS, SEÑORES:



SIEMPRE he admirado á los sabios. Uno pasa su vida entera en clavar moscas con alfileres, en contar las manchas de su corselete y los nervios de sus alas; describe minuciosamente estas grandes cosas, y se juzga feliz si es el primero en verlas y en describirlas, y da su nombre al descubrimiento, á fin de que ese nombre sea inmortal.

Otro pone en fila cifras, letras y misteriosos símbolos de formas raras, cubre con ellos multitud de cuartillas que se van apilando por resmas, y un día salta de gozo... De aquel largo encadenamiento de fórmulas geroglíficas acaba de sacar una fórmula nueva, que tal vez ninguno

comprende, pero á través de la cual le sonríe una verdad ansiada y esplendorosa.

Un tercero gasta sus fuerzas, salud y vida en vigili as solitarias...   través de la inmensidad del cielo y de la oscuridad de la noche trata de ver al paso por el campo de su telescopio algún pedazo de planeta desconocido, ruina vagabunda de un mundo destrozado.

Este año mismo, uno de mis colegas vino   mí corriendo con aire de triunfo, sus ojos brillaban con una alegría extraordinaria: « Ya las tengo—me dijo—venid   verlas!— Pero qué?— Las estrías!» Yo le seguí, me inclin  sobre su microscopio, y vi sobre una débil banda amarilla unas rayitas oscuras.   eso se reducía todo: aquellas estrías le apasionaban; había pasado días y días en su busca; y la mesa donde tenía su microscopio estaba llena de pedacitos cortados por él para descubrirlas.  Estr as en la cutícula de un gusano!...

 Y así son todos!

No esper is, sin embargo, que yo me r a de ellos. He participado largo tiempo de su vida; he trabajado muchísimas veces como ellos. He sentido el encanto seductor y dulce de esas investigaciones, y comprendo muy bien que se emplee en ellas la existencia del hombre.

Pero hay una cosa mejor, Señores. Hay algo

más á propósito que el insecto y la flor para apasionar el espíritu del hombre; hay asunto más importante que las leyes de una naturaleza calculadora, enteramente compuesta de peso y medida, pero muerta; hay cosa mejor que las estrellas y los soles, viajeros mudos de espacios infinitos; hay cosa mejor que esas cifras y esas fórmulas en que se fija el magnífico desarrollo del pensamiento abstracto; sí, hay cosa mejor, y esa cosa mejor es el corazón. Quien quiera que haya palpado con sus dedos esa cosa delicada y admirable que se llama corazón humano, quien quiera que la haya sentido palpitar y vibrar, quien quiera que haya escuchado el grito de su gozo y el dilaceramiento de su dolor, no acierta á separarse de él por largo que aún sea el camino que tenga que recorrer en este mundo.

¡Ah! ¡pobre corazón humano! corazón tan impenetrable á veces, y á veces tan límpido y franco, tan pródigo y grandioso en sus generosidades, tan cerrado y tan mezquino en las concupiscencias de su egoísmo, tan fiel y tan voluble, tan altivo y tan rastrero, tan tierno y tan cruel, corazón hecho para amar á Dios, y que apenas llega á amar como conviene á los hombres... ¿Quién descubrirá tus leyes y escribirá su fórmula? ¿Quién te conocerá, en fin?... Por-

que, decidme, Señores, ¿quién conoce el corazón del hombre?

Diré más; ¿quién conoce su propio corazón? ¿Quién, ante él, se halla al abrigo de sus sorpresas y de sus cambios repentinos?

Y, no obstante, lo repito, ¡ese es el gran estudio, el estudio más precioso!

Por esto quisiera yo esta noche mostraros el corazón humano; no en el detalle frívolo de sus pasiones de un día, sino en el fondo mismo de su naturaleza y en sus aspiraciones dominantes.

No podré decirlo todo, mas lo que diga bastará para mostraros á dónde se encamina el corazón del hombre, y á dónde se dirigen sus esperanzas.

Os daré la clave de esta vida humana, tan calamitosa y tan triste.

«Cuando se quiere hallar á Dios—decía Cuvier—basta disecar una pluma.»

Mirad el corazón humano, ved hacia dónde se orienta, id hasta el término por ese camino, y encontraréis á Dios.

De diversas maneras puede procederse en el estudio del corazón humano.

La primera, la más excelente y la más segura,

es cerrando los ojos y los oídos á todo lo exterior, replegándose sobre sí mismo, mirando su propio corazón y escuchando el sonido que da.

Después, con la valerosa sinceridad que no retrocede ni ante las confesiones más duras, ni ante los reconocimientos más humillantes, es preciso saber escucharlo todo, comprenderlo todo y decirlo todo.

La segunda manera es leyendo mucho en el corazón de los demás. Esta es tal vez más fácil, pero más delicada, más expuesta y más rara. Porque no podréis leer en los corazones de otros, sino cuando á estos les plazca dejároslos ver, y en la medida que les plazca, y á través de los velos que les plazca. Hasta el punto que de ordinario no los veréis sino envueltos en multitud de disfraces, ó como se ve á las mujeres turcas, á través de un estrecho ajimez y cubiertas hasta el rostro de espeso velo.

Sucede que ese pobre corazón, sintiendo subir las olas de la tristeza, las sofoca y viene á vosotros, y en la dulzura de la amistad se desahoga pidiendo á vuestro corazón que, en retorno, derrame en él un poco de bálsamo para curarle, y un poco de fuego para hacerle revivir.

Entonces se abre y se manifiesta todo herido, todo sangrando, en medio de esas lágrimas

ardientes que San Agustín ha llamado con tanto acierto la sangre del alma.

Una gran alegría, un gozo rebosante conduce, como el dolor, á esas expansiones íntimas y profundas; pero en la pobre vida que arrastramos acá abajo, el gozo es más raro.

Esa necesidad de abrirse y de hablar, esa tortura del secreto, así en el gozo como en el dolor extremados, son tan grandes, bien lo sabéis, que no encontrando amigos, el pobre corazón humano llega hasta confiar su canto ó sus lágrimas á los árboles de los grandes bosques solitarios, y á las estrellas de las sombrías noches.

Ahora bien; cuando el corazón canta ó llora de esta suerte y le oís, de ordinario experimentáis una gran extrañeza. Os sorprende que pueda gozar ó sufrir tanto por cosas tan fútiles.

Mas no os engañéis; ese objeto no es fútil sino para vosotros que le examináis á sangre fría.

No lo es para él que le ha revestido de toda la magia de sus ensueños, haciendo de ese objeto, así transfigurado, la aspiración de su vida.

Si queréis juzgar á ese pobre corazón, es preciso que veáis como él ve, sintáis como él siente y soñéis como él sueña. Es preciso separar el fondo de su deseo de la forma, frívola

muchas veces, lo reconozco, bajo la cual se oculta.

Pues bien, procediendo de este modo, veo que el corazón humano, en la infinita diversidad de sus amores, busca un pequeño número de objetos bajo una gran multiplicidad de formas, siempre las mismas. Clasifícalos como queráis; poco importa. «Busca lo verdadero, lo bueno y lo bello, decía Platón.» Sea así; yo no quiero meterme en filosofías, ni recorrer toda esa trilogía, ni siquiera, y eso que me tentaría más, mostraros que esa trilogía se funda en una perfecta unidad.

No, yo quiero concretarme á seguir al corazón humano en la investigación de la verdad y de la justicia, dejando á vuestra reconocida perspicacia el cuidado de hacer extensivo este análisis á otros objetos.

Que nuestra alma, que nuestro corazón aspire á la verdad ¿qué tiene de extraño, Señores? La verdad es el bien propio de nuestro entendimiento, y toda facultad tiende á su bien por un natural é irresistible impulso. El hombre quiere conocer la verdad y descubrir el secreto de las cosas. Ved al niño, aún en los brazos de su madre, cuando un objeto nuevo viene á po-

nerse ante su vista. Le mira, le contempla, le atrae hacia sí, le quiere tener entre sus manos, le palpa, le da vueltas y le remira por todos los lados, le lleva á sus labios, á sus oídos, le pregunta por medio de todos los sentidos ya despiertos en él.

Dadle un reloj, el movimiento de la aguja de los segundos le admira y le alegra; después, todavía más el tic-tac del áncora que le gobierna: escucha y sonrío. Si pudiera abrirle, le abriría, para ver aquel misterio que él presiente sin comprenderle. Más tarde, le abrirá á escondidas, con un instrumento impropio para el caso y con mano inexperta, desmontará las ruedas y los resortes, le destrozará tal vez. Quería ver el secreto de aquel mecanismo, conocer la verdad acerca de la vida de aquellas agujas misteriosas.

Descubro pues desde la cuna del hombre esa necesidad del corazón ansioso de verdad. El niño la manifiesta ya en sus sencillas preocupaciones, la manifiesta en sus frecuentes preguntas, siempre ingenuas y á veces pasmosas. Es su manera propia de lanzar el grito de Goethe moribundo: *¡Licht, immer licht!...* «¡Luz, siempre luz!...»

¡Y de esa necesidad del corazón no le despojarán ya ni la juventud, ni la edad viril, ni la ancianidad!

¿No lo encontramos en el origen y como en la raíz de todas las ciencias? ¿No es ella la que ha hecho surgir ese edificio inmenso, al cual van todos los siglos acarreando sus piedras y haciéndole subir siempre, y que podría llamarse la enciclopedia del conocimiento humano? Ciencias naturales, ciencias físicas, ciencias matemáticas, historia y prehistoria, todo se ha derivado de aquí, de esta pasión que tiene el corazón humano de saber y de conocer, de la pasión por la verdad. Y los sabios de quienes poco ha nos reíamos, que clavaban con alfileres las moscas, alineaban números y cifras y andaban como á caza de estrellas, y los que pasan su vida en coleccionar pedruscos, y los que con la cabeza entre las manos siguen su pensamiento errante á través de lo incógnito de los sistemas, todos, en una palabra, todos, no hacen más que acechar la verdad, como el cazador en los bosques ó entre la maleza puesto á la espera, con ojo avizor, oído atento, paso silencioso y respiración comprimida, acecha la presa que hace palpar su corazón.

Nos hallamos en las altas horas de una noche tenebrosa. ¿Veis aquella mujer que, temblando y con el corazón palpitante de indefinible emo-

ción, se acerca á llamar á yo no sé qué puerta fantástica? Entra, y aparece delante de ella un ser raro, mezcla de mujer y de arpía, encorvada bajo la pesadumbre de sus descarnados huesos, amarillenta, rugosa, con los cabellos desgreñados, la cual, lanzando en derredor miradas encendidas por el reflejo de una lámpara: «¿Qué quieres de mí?» dice á la visitante. Y mientras esto pregunta, se deslizan en torno de ella repugnantes bichos, salamandras viscosas, sapos abultados y horrendos, y entre los huesosos dedos de su mano da vueltas á un vetusto cráneo cuyas órbitas vaciadas y negras parecen revivir y mirar, y cuyos dientes moviéndose y castañeteando parecen hablar y reírse burlescamente. Escuchad la respuesta que con voz baja y temblorosa va á pronunciar la advenediza: «¿Qué quiero de tí?...» — ¡La verdad! La verdad acerca del pasado que me persigue, acerca del presente que me abruma y acerca del porvenir que me espanta.

¡Ah, Señores, os estoy presentando una escena de brujería! — ¡Pero si ya han desaparecido las brujas!... — No tanto como creéis... Existen aún y se hacen pagar muy bien. Se las ve en nuestras ciudades, en el primer piso de los grandes hoteles, y el mundo acude á ellas y ellas hacen fortuna.

¡Oh ilustrado siglo XIX!... ¡no crees ya en Je-

sucristo, y en la cuarta página de tus periódicos anuncias á los Lenormant de moda, á las videntes, á las echadoras de cartas y á las que dicen la buenaventural

Y no es esto todo. Aquí al menos es á un hombre ó á una mujer, á un ser inteligente al fin, á quien se pregunta; pero ¿no sabéis que en nuestros ilustradísimos días, millares de personas, y todas de las que se tienen por espíritus fuertes, según dicen, preguntan á una mesa, á un canastillo, á un sombrero?

¡Y les creen!

Sí, ¡les creen!

¿Y qué viene á ser, Señores, esa locura, esa depravación del espíritu humano, qué otra cosa es sino el indicio de esa apremiante necesidad de conocer, de ver claro, de salir del misterio que nos envuelve y de la ignorancia que nos ciega? Qué otra cosa es sino el grito de este pobre corazón humano que exclama: «La verdad, la verdad, ¡oh! ¿quién me dará la verdad?»

¡Ah! ciertamente, Señores, aun en esos extravíos se muestra grande al corazón humano, pues tiende á un fin sublime. Su aspiración es grandiosa y solemne. Yo no conozco de él cosa que más le ennoblezca. Esa aspiración le eleva á las grandes cimas.

Ahora bien; después de casi diez mil años ¿dónde estamos? ¿qué sabemos? ¿Qué dosis de verdad podemos proporcionar sin temor á nuestros corazones y á nuestras inteligencias hambrientas de luz?

«No sabemos el todo de nada,» ha dicho un gran ingenio, y por desalentador que esto sea, yo no puedo decir otra cosa. Así es, ciertamente: no sabemos cosa alguna de un modo total y pleno.

¿Qué sabemos en esas ciencias naturales en las que tan lejos han llevado nuestros contemporáneos sus estudios é investigaciones?... Apenas el *abecé* de las cosas. No hay duda que los hechos observados, las correlaciones establecidas entre los fenómenos, las leyes encontradas forman un conjunto magnífico que da testimonio del noble ardor por el trabajo, de una facultad admirablemente adivinadora, de una sorprendente virtud de descubrir; sí, el espíritu humano tiene todo esto, y, sin embargo, al llegar al término del camino recorrido, en el límite del campo roturado, después de diez mil años de sudores, se ha visto precisado á exclamar: «Lo que sabemos no es nada al lado de lo que nos resta por saber.» La frase es de un sabio inglés, Légell, el cual añade: «¡Apenas hemos descifrado la primera página del libro de la naturaleza!»

¿Qué sabemos en filosofía? Después de tantos genios sublimes, después de tantos investigadores poderosos, después de diez mil años, lo repito, ¿hasta dónde ha llegado el pensamiento humano en el trabajo de profundizarse á sí mismo para descubrirse? Como no maldigo de las ciencias, tampoco quiero maldecir de la filosofía; pero, ¿no es cierto que la suma de verdades aseguradas, á las cuales han llegado nuestras inducciones, podrían caer muy bien en la mano de un niño? Y aun acerca de esas mismas verdades aseguradas ¿no se han suscitado dudas? ¿Se hallan demostradas con esa apremiante evidencia que exige mi espíritu y sin la cual permanece inquieto?

¡Ah! ¡la filosofía!... Después de todo, yo puedo pasarme sin las ciencias naturales y sus luces..., pero sin saber la solución de esas cuestiones íntimas que tocan á mi alma... de esas preguntas ansiosas que me hago á mí mismo: «¿Quién soy yo?... ¿de dónde vengo?... ¿á dónde voy?... ¿qué es el bien?... ¿qué es el mal?... Tengo que morir... ¡ah! ¿qué es la muerte?... y después... ¿á dónde voy á parar con esa caída horrible en lo desconocido y lo tenebroso?»

¡Ah! esas cuestiones, esas preguntas que causan estremecimiento al cuerpo y espanto al alma ¿no me las resolverá la filosofía? Sí, ¡es-

cuchad bien!... ¿Oís ese tartamudeo vago y confuso que os llega á través de los siglos? ¡Es la respuesta de la filosofía!

¡Vaya un progreso de la sabiduría humana!

«Sin cesar, decía ya Platón, sin cesar cambia nuestra opinión acerca de los grandes intereses de la vida; cada uno de nuestros sistemas, en vez de acrecentar nuestras luces, aumenta nuestra ignorancia. Preciso es, no obstante, atravesar el mar proceloso de la vida sobre esos trozos de verdad que nos restan, como sobre una frágil navecilla.» Y añadía con un presentimiento que todavía nos pasma: «Á menos que nos sea dado, por una revelación divina, un camino más seguro ó un bajel al abrigo de las tempestades.»

Esa revelación que Platón esperaba, ha sido hecha por Dios, y en ella creemos nosotros los cristianos. Nosotros tenemos sobre las grandes cuestiones acerca del hombre respuestas decisivas. Sabemos lo que somos, de dónde venimos, á dónde vamos, lo que es el bien, y el mal, y la ley y el deber. ¿Porqué pues nos atormenta todavía la inquietud?... Porque creemos, sí, pero no comprendemos; y no nos basta conocer, sino que invenciblemente aspiramos á

comprender. Vemos indudablemente las razones que nos hacen creer, pero no vemos las razones de lo que creemos. Creemos en el misterio por la fe en Dios que lo afirma, pero ese misterio abrumba nuestra inteligencia, que no le comprende; y aun á veces como que la desafía, pareciendo que contradice los conocimientos más profundos que habíamos logrado adquirir por nosotros mismos. No os admiréis, Señores, y no se escandalice vuestra religiosa piedad; hablo como hablaba el Apóstol: «Lo que creemos lo vemos como en un enigma, *in aenigmate*. En parte conocemos, y en parte adivinamos, *ex parte cognoscimus et ex parte prophetamus*» (1).

¡Cómo! ¿Y esa es la suerte del hombre?

¡Pobre corazón humano! Apasionado por la luz, hambriento de verdad, devorado por la sed de conocer, no sabe el todo de nada, y se ve rodeado de la profunda noche de la ignorancia. Busca, y no encuentra; llama, y no se le responde; palpa en medio de las espesas tinieblas en que camina, y sus manos andando á tientas no tropiezan en el vacío más que con vagas sombras, que se deslizan entre sus dedos como fantasmas en sueños siniestros.

(1) I Cor. XIII, 9, 12

Hallo en el corazón humano una aspiración de igual nobleza y grandiosidad. Aspira á la justicia: quiere que el derecho prevalezca y triunfe; quiere que el bien encuentre su recompensa y el mal su castigo. Es verdad que de un hombre á otro varía la delicadeza de este sentimiento, pero no por eso es ménos vivo en el fondo de la naturaleza humana. Y aquí vuelvo otra vez á apelar al niño.

Desde que su alma empieza á desarrollarse, aparece en él el sentimiento de la justicia. Si ha obrado mal lo conoce: se ruborizará, se ocultará, mentirá tal vez, porque tiene vergüenza; pero si le castigáis, sufrirá sin réplica su castigo: siente que es justicia y que en justo derecho se le hace expiar su falta.

Que os suceda por el contrario el que os engañéis, y le reprendáis ó le castigéis por una falta de que le creéis culpable, siendo en realidad inocente. ¡Cómo se rebela entonces todo su diminuto ser! ¡cómo se resiste contra vuestra fuerza! ¡Qué altivez en los gritos de su inocencia!—«¡Yo no he sido! ¡Yo no tengo la culpa! ¡No me castigues, porque es injusto; no lo merezco!»

¡Oh! ¡no le desoigáis, por Dios!... ¡deteneos! ¡podrías pervertir para siempre esa alma y hacer en ella pedazos un resorte de grandeza! Al

hablar así ya no es un niño; en esa apelación al derecho se muestra ya hombre; es la humanidad desafiando con todas las voces de sus mártires la fuerza que encadena y que mata, y triunfando de ella, aun en la muerte, con esta sola palabra: «¡Tú eres la fuerza, mas yo soy el derecho; tú tienes el poder, mas yo tengo la justicia, y la justicia vale más!»

Y así como queremos esa justicia en nosotros y para nosotros, la queremos de igual modo en los demás y para los demás hombres.

Cuando hacemos algo bueno, se levanta en nosotros una voz que reclama su recompensa; cuando hacemos algo malo, se levanta otra voz que acepta su castigo. Bien sé yo que á esta no prestamos oído fácil. Bien sé que hay en mí un instinto que me hace esquivar la pena, que querría escapar del castigo. Pero este es el instinto bajo y perverso de mi naturaleza, el instinto del segundo hombre que vive en mí, de ese hombre á quien parece encantador el mal, y le desea y le busca. Y así como amando y buscando el mal por medio de este hombre segundo, oigo al otro que me grita: «Mira que es el mal lo que buscas y lo que amas;» así también, al rebelarme contra el justo castigo de mis faltas, oigo al hombre divino que hay en mí, gritarme con la misma poderosa voz: «Ese

castigo que te espanta le tienes bien merecido; te hiere, mas con justicia.»

Esta justicia, Señores, y aquí de seguro que no me contradiréis, la queremos sobre todo en los demás. Comparamos su conducta con los preceptos, con la ley, con el deber, con el honor, con la virtud, y cuando de ellos se aparta ¡qué jueces tan severos somos! Con qué despreciativo tono pronunciamos nuestra sentencia: «¡Es un malvado! ¡Es un infame!» Para juzgarnos á nosotros mismos usamos de todas las indulgencias del amor propio; para juzgar á los demás no tenemos esos benignos miramientos; y ¡cuántas veces bajo el hermoso velo de la justicia ocultamos envidiosas y rastreras pasiones!

No nos basta que reine la justicia en nosotros y en los demás en secreto y en el oculto asilo de las almas; la queremos ver lucir en pleno día, en todo el esplendor de la vida pública y de las relaciones sociales. Queremos que prevalezca nuestro derecho y le defendemos á todo trance ante todas las jurisdicciones y todos los tribunales. Se encierran grandes cosas en esa palabra: «Litigaremos, defendemos nuestra causa.» En ella se incluye la con-

ciencia del derecho, la confianza en la justicia, y, por fin, si sobreviene la condena, la apelación á una justicia más elevada que la de los hombres, á una justicia que jamás se engaña.

Y también queremos que prevalezca el derecho de los demás.

Nos asociamos gustosamente á las grandes causas, las defendemos con un ardor entusiasta, nos apasionamos por ellas; y si sucumben, aunque á nosotros en nada nos toquen, nos sentimos con ellas derrotados.

Pero ¡cuánto más aún que el triunfo del derecho queremos el castigo del crimen, la venganza del derecho conculcado, de la ley violada!

Una tarde, al oscurecer, en un campo solitario fué cogida por un monstruo una jovencita, una niña, y echada por tierra y ultrajada, y después asesinada á navajazos. Al día siguiente fué encontrado su cadáver ensangrentado y deshonrado.

Los periódicos llevan la noticia del brutal atentado á todos los rincones del país. ¡Oh! ¡cuántos miles de corazones se conmueven! ¡cómo palpitan, cómo lloran sobre aquella pequeña mártir desconocida! Escuchad el inmenso clamor que se eleva del seno de todo el pueblo. Pide sangre para lavar la sangre de aquella

niña, sangre para lavar su honor, sangre para lavar las lágrimas de su madre.

Se ha dicho que la pena de muerte repugnaba á la naturaleza humana. No, Señores, dejad al hombre que siga el instinto de su naturaleza, y matará á todo el que ha matado. ¡Diente por diente, ojo por ojo, vida por vida! He ahí el grito del corazón humano.

En la vida de Luis XIV encuentro un rasgo rebosante de naturalidad. Un día, manejando por curiosidad un telescopio desde lo alto del Belvedere de Saint-Germáin, ve junto al bosque de Chatóu á dos miserables que atraen á un joven, le llevan después al Sena y allí le arrojan á las aguas, bajo las que perece ahogado. El rey monta á caballo, llama al paso con la bocina á cinco ó seis mosqueteros, pica espuelas y alcanza presto á los criminales: «Señores—les dice—se ha visto que salisteis tres, ¿qué habéis hecho de vuestro camarada?» Se turban, el rey los hace apresar, manda llamar al gran preboste y le ordena que haga justicia inmediatamente. El gran preboste quiere instruir las diligencias en la forma acostumbrada.

—¡Pero si todo lo he visto yo!—replica el rey.

—Señor, vos sois un solo testigo; las leyes exigen más.

—Estáis oyendo al Rey de Francia y al Rey de Navarra.

El viejo magistrado no cedió á pesar de esto.

—Pues bien, señor preboste, mi abuelo Luis IX hacía la justicia por sí mismo en el bosque de Vincennes; yo obraré como él, haré hoy la justicia por mí mismo en Saint-Germáin.

Se levantó allí el trono, fueron llamados veinte nobles, el rey se puso sus condecoraciones, y rodeado de su corte, el mismo día condenó á muerte á los dos culpables. Habían estos quitado la vida á su propio hermano, sumergiéndole en las aguas; á su vez fueron ellos arrojados al río, atados de pies y manos.

Yo no condeno al gran preboste, pero en el rey reconozco el corazón del hombre.

Lo repito, abandonad al hombre á su inclinación natural, y él matará á todo el que haya matado. Es necesaria una organización social muy elevada para que desaparezcan esas leyes de Lynch, á veces tan salvajes y tan bárbaras. Es preciso haber llegado á la cumbre para ver planteada esa cuestión que nos divide: si la pena de muerte es todavía útil á una sociedad suficientemente provista de defensa y, como toda sociedad humana, falible en sus sentencias.

Y el hombre no va más allá.

Se ha necesitado un Dios para atreverse á decir: «¡Tenéis que perdonar!» Y á pesar de ser Dios, al oírle estas palabras sus discípulos se estremecieron. «Pero, Señor, y si un hombre hubiera ya perdonado siete veces?»—«Aunque haya perdonado setenta veces siete, tendrá todavía que perdonar.»

Ahora bien; ¿se encuentra esa justicia en este mundo?

¡Ah, Señores! se goza mucho en este mundo, y puede decirse que hay gentes dichosas.

¿Son, por ventura, todas esas dichas premio de la virtud?

Se sufre mucho más en este mundo... Nadie ha podido dar por él un paso sin encontrar el sufrimiento y sin caminar entre lágrimas.

¿Son acaso todos esos dolores castigo de una falta?

Si toda dicha es una recompensa, no tengo nada que decir: ¡es justicia! Si todo sufrimiento es un castigo, tampoco tengo nada que decir: ¡es también justicia!

¿Pero no es una irrisión el sostener tal cosa? ¿Me siento yo recompensado por el bien y castigado por el mal que he hecho? Quizás he su-

frido mucho, tal vez mi vida se halla despedazada por uno de esos grandes infortunios que matan el corazón dejando vivo el cuerpo. ¿Cuándo he merecido esa tortura? ¡Y mientras tanto á tal otro sujeto, cuya vida infame conozco bien... le sonríen todas las prosperidades!

¿No sabéis perfectamente que la intriga perversa, pero hábil, que la mentira hipócrita y cobarde, que el crimen bien disimulado y encubierto suelen triunfar aquí abajo? ¿Desde cuándo el éxito feliz ha sido reservado para los justos y sinceros?

¿No vive en paz el asesino de la niña de que os he hablado ántes?

¡Cómo, Señores! ¿con que todo sufrimiento es un castigo? Acabo de ver morir á una pobre joven, cuya historia voy á referiros.

Huérfana á los cuatro años, fué recogida por su abuela, pobre infeliz que ganaba su vida yendo de casa en casa para hacer las labores domésticas más pesadas, y en los ratos libres se dedicaba á remendar medias para ganar unos cuartos más. Á los seis años, mientras su abuela estaba fuera de casa, quiso la pequeña quitar el polvo á la chimenea; se sube á una silla, cae, y rueda sobre una gran sartén de hierro puesta

al fuego. Cuando llegó la abuela y espantada la retiró de allí, estaban ardiendo sus ropitas, y bajo los abrasados retazos que arrancó vió que tenía quemada la pierna, llegando la quemadura hasta el hueso. Llevaron á la pobrecita al hospital, y allí la cuidaron y curaron Hermanas de la Caridad, pero no curó bien. Su llaga no se cerró del todo; quedó sin cicatrizar una pequeña herida, cuyos labios no se soldaron, y permaneció abierta en la carne blanca.

La niña creció, aprendió el oficio de florista y llegó á los veinte años; mas la llaguita continuaba siempre abierta y destilando. Á esta edad, su corazón ansioso de amar amó, y quiso concluir de una vez con aquella herida persistente.

¡Ay! ¡allí estaba oculta la muerte acechando la hora!

Se la sajó, se la quemó, esperando contener el mal con el bisturí y el hierro. Tres meses duró aquel martirio. Ella, resignada porque tenía esperanzas, se prestaba á todo sonriendo. Sentábase sobre el cruel lecho, se extendía en él con la gracia propia de su edad, y dirigiéndose á los encargados de la operación: «Ea — les decía sonriendo, modesta y valerosamente — ya estoy en disposición; adormézcanme ustedes.» La cloroformizaban, la sajabán y la que-

maban. ¡Por fin un día fué preciso decirla que no había remedio, que el mal no tenía cura! Entonces, no hallando ya esperanza de parte de los hombres, se volvió hacia Dios. Con su fe sencilla le hizo multitud de promesas. «¡Oh, Padre — me dijo un día — deseo tanto ponerme buena! ¡Soy tan joven para morir! ¡He prometido muchas cosas á Dios! Soy pobre, no importa, le he prometido hacer decir una Misa cada semana; le he prometido hacer grandes peregrinaciones, á pie, si es preciso... Le he prometido mucho más aún...» Y como yo la preguntara, me miró como demandando secreto, y ruborizada, y muy por lo bajo, me dijo: «¡Le he prometido no bailar en mi vida!»

¡Pobre doncella!...

¡Dios no accedió á su oración: se retiró la infeliz á una pequeña choza donde se había acogido su abuela, y allí, sola, casi abandonada, horriblemente roída por el mal que poco á poco la devoraba, en medio del delirio de una fiebre abrasadora, acabó de morir!

Ahora bien; yo os pregunto, ¿qué filosofía hay tan cruel que se atreva á decir á esa niña, herida á los seis años, á la edad en que el alma

permanece aún enteramente limpia y pura: «No te quejes, tu dolor es un castigo?»

Contemplad, Señores, la horrible tempestad de males que cada día descarga sobre la tierra: ruinas, padecimientos, enfermedades, infortunios, traiciones, abandonos..., la miseria, el hambre, la muerte. Escuchad los gritos y los gemidos, los sollozos y los clamores desesperantes de todos los dolores humanos; y si tenéis valor, decid que eso es justicia, y me callaré. ¡Justicia! ¡Justicia todas esas lágrimas y toda esa sangre derramada!... ¡Culpables! ¡Culpables todos esos desgraciados que lloran!... ¡Ah, Señores! ¿y olvidáis la sangre de nuestros mártires? ¿Olvidáis ¡gran Dios! la sangre del Calvario?...

Pero no. Vosotros habéis visto sufrir, y tal vez habéis sufrido vosotros mismos. Esto basta. Luego no solo no encuentra la verdad, sino que tampoco encuentra el corazón humano aquí abajo la justicia. La busca, y ella huye; la llama, y ella no responde; le tiende sus brazos desesperado, y ella pasa de largo burlona y desdeñosa.

Y ahora proseguid vosotros mismos este análisis compendiado. Ved al corazón humano aspirando á la belleza, y no la encuentra; aspirando á la bondad, y no la encuentra; aspirando á la gloria, y no la encuentra; vedle aspirar á la

virtud, y no la encuentra; vedle aspirar á la felicidad bajo todas sus formas, y no la encuentra.

¡Ah, pobre corazón humano! ¿es esa tu suerte?... ¿Y en tan nobles y generosas aspiraciones va á consumirse inútil y desaprovechadamente la vida?

Lo que hace entonces el pobre corazón humano, voy á decíroslo ahora.

Mirad á esa niña sonrosada y de rubios cabellos. Rebosa de alegría, porque está poniendo maja á su muñeca. Con retazos de tela y cintas viejas le ha hecho un vestido de cola y un manto real. Coloca unos adornos sobre un silloncito, le cubre con trapos de seda, y extiende junto á él un pequeño tapiz; es el trono, y en él, después de muchos ensayos, logra sostener de pie á su reina improvisada. Entonces se aparta, se compone, y respetuosa, con los ceremoniosos saludos de etiqueta, vuelve á acercarse haciéndole homenaje. La muñeca, tiesa como un huso, fija en el vacío sus enormes ojos de porcelana. Pero la niña, sin hacer caso de esto, le endilga en seguida todo un discurso; contesta ella misma en nombre de la reina; insiste luego por su parte...; y nada hay tan bello, sencillo y encantador como ese diálogo, del que la niña,

replicándose á sí misma, sale siempre satisfecha y encantada.

Un día, no sé porqué, aparece la muñeca un poco desgarrada, se le saltan unos puntos de costura, y he aquí que empieza á salirse el salvado de que está relleno su cuerpo... Picada de curiosidad, la niña mira, busca, registra, y buscando y registrando ¡ay! agranda el desgarrón; al poco tiempo no resta ya de la reina más que un pedazo de tela floja y vacía, de la que penden oscilando y chocando entre sí unos pies y manos y una cabezota.

Pues bien, Señores, el corazón humano, aun en la edad en que uno ya no es niño, obra como esa niña. Coge una muñeca y la viste de reina.

Un día pasa delante de sus ojos una sombra indecisa y flotante. La ve, y su corazón se conmueve. La sigue y la contempla en la nebulosa lontananza en que se balancea; y de repente, por yo no sé qué magia del alma, en aquella sombra, en aquella nube constituye el ideal de sus sueños: la soberana bondad en la soberana belleza, la justicia, la verdad, el honor y la felicidad, la felicidad especialmente, todo está allí.

Introducid en el mármol de los antiguos

escultores de Grecia la vida, introducid la juventud, la frescura, la salud y ese casto esplendor de la primavera del hombre; introducid el alma en ese mármol vivo, en sus ojos la llama límpida y penetrante de la inteligencia, en el pliegue de sus labios la deliciosa sonrisa de la bondad; introducid la dulzura, la terneza, la fuerza y la compasión; introducid todas las energías y todos los heroísmos; introducid todo lo que hace al hombre grande, todo lo que le hace bueno.

El corazón humano ha hecho más que todo eso; ha introducido una cosa mejor en su sombra; ha colocado en ella á su Dios.

¡Vedle, en un éxtasis inefable contempla y ama!...

¡Ama!... ¡Ah, Señores! el alma humana tiene un resorte, una facultad particular para comprender: el entendimiento; tiene un resorte, una facultad particular para querer: la voluntad. Para amar no lo tiene: es que para amar se emplea toda ella enteramente. Cuando ama, llama para su obra á toda la variedad de sus potencias, y aun este cuerpo inferior, que parecía no estar hecho más que para los instintos, se doblega á gustar la dulcedumbre que hay en el amor.

Sus ojos ven la belleza de lo que ama; gusta

su dulzura, palpa su suavidad, respira su perfume, escucha sus armonías.

La inteligencia, en el esplendor de una luz más elevada, concibe la belleza material de lo amado, la soberana belleza de las almas; concibe algo mejor aún que su belleza, concibe su bondad y su virtud. Y la voluntad se lanza hacia ella arrastrada por un atractivo que la encanta. Todo el hombre se ve de esta suerte impelido á amar.

Cierto día, en la silenciosa soledad de un claustro perdido entre la verde espesura de nuestros bosques, un monje inspirado cantó un himno sublime. Permitidme que os lo repita.

Se expresaba de esta suerte:

«Gran cosa es el amor, y bien sobremanera grande. Él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual.

»Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo.

»El amor nos anima á hacer grandes cosas y mueve á desear siempre lo más perfecto.

»No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más extenso, nada más delicioso. El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre y nada le detiene. Todo lo da por todo...

no mira á los dones, sino que se vuelve al dador sobre todos los bienes.

»El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede; no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene.

»Para todos es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra en las cuales el que no ama desfallece y cae.

»El amor siempre vela, y durmiendo no duerme. Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, sino como una viva llama y ardiente luz sube á lo alto y se remonta con seguridad» (1).

Y, verdaderamente, una ascensión á lo alto era lo que reclamaba el inspirado monje y por donde quería que tuviera su salida el amor, y no por un agujero hacia la tierra.

Al Dios verdadero encaminaba su amor y no hacia esos vanos dioses de las sombras y de los sueños, adonde con frecuencia va el nuestro.

Por eso, ¿qué sucede á nuestros corazones cuando no obramos como él, cuando no arraigamos nuestros amores en ese amor divino, cuando no bañamos esas pobres y delicadas plantas en la sangre y las lágrimas del sacrificio?

(1) *De la imitación de Cristo*, lib. III, cap. v.

¿Qué sucede á nuestro corazón?
Mejor que yo sabéis vosotros su historia.

Mientras brilla en derredor del objeto amado la aureola de que le hemos revestido; mientras lleva sobre sus hombros el divino manto de justicia, de bondad, de ternura, de grandeza, de virtud que le hemos tejido, amar es dulce, amar es embriagador.

Pero á esa primera embriaguez del corazón sucede bien pronto yo no sé qué estado, más calmoso, en que la vista, poco ántes ofuscada, se despeja y busca en vano en la pálida aureola aquella belleza, aquella bondad, aquella virtud resplandeciente que admiraba poco ha con un entusiasmo cuyas alas no encuentra ya. Poco á poco la realidad se despeja del sueño que la envolvía, la criatura de nuestros ensueños desaparece, y solo queda la pobre criatura humana tan defectuosa, tan pequeña, tan efímera, tan voluble, marchita tan pronto, ¡tan pronto ¡ay! muerta!

Se ha hecho un rasgón en la muñeca, se ha saltado un punto en la costura, y el salvado que la rellena empieza á salirse.

Entonces vienen las desilusiones amargas, los abandonos crueles, los desalientos, los dis-

gustos, todas esas torturas secretas, esa moneda sangrienta con que paga caramente el corazón su gozo de un día.

Una mujer á quien concedió el Señor magníficos dones, pero que los profanó todos, ha escrito esta bella página: «El amor, Stenio, no es lo que tú crees, no es esa violenta aspiración de todas las facultades hacia un ser creado; es la aspiración santa de la parte más etérea de nuestra alma hacia lo desconocido. Seres limitados, buscamos sin cesar modo de dar salida y pábulo á los abrasadores é insaciables deseos que nos consumen. Les buscamos un objeto en derredor nuestro y, pobres pródigos, engalanamos nuestros ídolos percederos con todas las bellezas inmateriales imaginadas en nuestros sueños. La naturaleza no ha encontrado en el tesoro de sus sencillos goces nada capaz de apaciguar la sed de dicha que hay en nosotros; necesitamos el cielo, y no le tenemos. Por esto buscamos el cielo en una criatura semejante á nosotros, y gastamos con ella toda esa energía que se nos había dado para uso más noble. Rehusamos á Dios el sentimiento de adoración, sentimiento puesto en nosotros para que nos dirigiéramos solo á Dios, y le colocamos en un ser incompleto y débil á quien convertimos en el Dios de nuestro culto idólatra. De ahí el que, cuando cae

el velo divino y la criatura se muestra como es, imperfecta y defectuosa, tras de esas nubes de incienso, tras de esa aureola de amor nos sentimos espantados de nuestra ilusión, nos avergonzamos de ella, echamos por tierra nuestro ídolo y lo pisoteamos. ¡Y luego buscamos otro! porque necesitamos amor; y otra vez nos volvemos á engañar, y continuamos engañándonos frecuentemente, hasta el día en que, desengañados, corregidos, purificados, abandonamos la esperanza de un afecto durable sobre la tierra.»

Os he leído á Jorge Sand. ¿Qué otra cosa dice ella que lo que yo os acababa de decir?

Sí, algo más dice; ella añade: «¡Y luego buscamos otro!»

Así hacen las madres con sus niñas: les compran otra muñeca más sólida, mejor cosida, que el comerciante garantiza dando más seguridades, que la declara absolutamente indestructible.

Pero también Jorge Sand añade: «Y otra vez nos volvemos á engañar...»

Mas suponed, Señores, que no volváis á engañaros. Suponed que hayáis santificado vuestro amor...: resta siempre la muerte.

¡Ea pues, suponed á vuestro ídolo tan bello

como os plazca, y constante, y fiel, y santo, y al abrigo de todos los golpes! Ese ídolo morirá, morirá os repito, está ya herido de muerte; y vosotros, vosotros también moriréis!

¿Qué viene á ser, por consiguiente, ese miserable amor del corazón humano, que no tiene más que cánticos de inmortalidad, y que, á cada paso que da, se estrella contra las tumbas?

Y si no, dígasenos, ¿quién ha encontrado al hombre feliz en el amor? ¿Se reduce á eso lo que nuestro pobre corazón ha soñado? ¿es eso lo que le consume de hambre y de sed? ¿es eso el amor? ¡Ese sueño, ese yo no sé qué que se disipa como el humo, que gira á todos los vientos de la inconstancia! Esa sombra que llega, pasa y desaparece, ¿es eso el amor, eso que se extingue, que engaña, que muere?

¡He ahí la triste historia del pobre corazón humano! Aspirando á todas las grandezas, quiere volar por las regiones elevadas como el águila, y sus alas impotentes se apesgan á todos los fangos. Hambriento de felicidad, el único pan que come es el pan amargo de las decepciones crueles.

Se diría que es una inmensa ruina de una construcción que debía penetrar los cielos, y

que se ha derrumbado quedando al ras de la tierra, ó algún edificio sin acabar, cuyas magníficas líneas se presienten, pero que un arquitecto impotente le ha dejado allí, abatido, informe, y apenas esbozado y desbastado.

¡Ah! comprendo que el corazón sufra; comprendo que el grito de toda criatura sea un gemido, *omnis creatura ingemiscit*; comprendo que semejante vida sea una miseria.

Cuéntase que en los grandes desiertos el viajero, á veces, llega á ser víctima de un horrible espejismo. Jadeante, sin aliento, con los pies desgarrados y chorreando sangre, ve allá, no muy lejos de sí, entre el cielo de fuego y el ardiente mar de arenas, el verde follaje de un oasis encantador. El corazón se conforta, cobra espíritu y camina... mas de repente las palmeras huyen...; avanza más, y siguen huyendo... hasta que el desgraciado cae desfallecido: las palmeras se detienen. Las ve ahora inmóviles y como invitándole á gozar de su fresca sombra, y le renace el ánimo, se incorpora, se levanta, y tambaleando emprende de nuevo la marcha... las palmeras huyen... él corre, ellas huyen más veloces; y siempre así... hasta que el pobre viajero sucumbe.

Dios es quien ha hecho el corazón humano, y le ha hecho así.

Dios, sabiduría infinita.

Dios, poder infinito.

Dios, bondad infinita.

Dios, justicia infinita.

¿Cómo se explica que la obra más sublime del gran Artífice, su obra maestra haya llegado á ser lo que acabo de decir, una obra incompleta, sin acabar, esbozada, abandonada, llena de sufrimientos y torturas?

Si el hombre no ha de conocer la verdad, ¿porqué haberle dado esa pasión por la verdad que le abrasa?

Si el hombre no ha de encontrar la justicia, ¿porqué haberle dado esa sed y hambre de justicia?

Si el hombre no ha de saciarse de amor, ¿porqué haberle dado un corazón tan vasto, tan profundo, tan impresionable, tan devorado de la necesidad de amar?

¿Se ha burlado Dios de nosotros? ¿ó ignoraba lo que hacía formando de tal suerte el corazón del hombre?

Ó si lo sabía, ¿se encontró impotente para realizar el pensamiento que había concebido?

¿Ó, sabiendo y pudiendo, no quiso de veras ejecutarlo?

¡Pero el torturar de esta suerte al hombre sería una crueldad!

¿Quién puede creer que Dios se complazca en nuestros sufrimientos? ¿Y quién no ve que todas esas locas hipótesis carecen de sentido, repugnan á la mente y repugnan sobre todo al corazón?

Luego si Dios ha dado al hombre las grandes aspiraciones que he dicho, la sed de la felicidad, de la verdad, de la justicia y del amor; si ha hecho de ellas el resorte de nuestra vida, es que Dios tiene reservados para nuestro corazón la felicidad, la verdad, la justicia y el amor. Luego, si eso que Dios nos tiene reservado, no se nos otorga aquí abajo, ántes de la muerte, en esta vida, se nos otorgará allá arriba, después de la muerte, en otra vida. ¡Luego existe otra vida!

De otra suerte, Dios no sería sabio, ni poderoso, ni bueno, ni justo... Dios no sería Dios.

¡Ah! si hubiera sido el hombre quien hubiera formado el corazón humano, no me extrañaría.

Durante largo tiempo, á través de la ventana de mi cuarto, he podido ver destacarse en el cielo, por entre cenicientas nubes, la flecha den-

tellada de la catedral de Amberes. Más abajo, á corta distancia, un tejado de pizarras, informe, sin arquitectura y sin líneas, cubre un esbozo de torre sin acabar; allí se ven idénticas ojivas grises, con los mismos florones y rosetones calados. ¿Se requiere mucho tiempo para adivinar que en el pensamiento del artista, aquella pobre torre incompleta estaba destinada á subir piso por piso, como su hermana gemela, esbelta y graciosa, y lanzarse al cielo?

No obstante, allí continúa la obra... sin acabar... Yo no me extraño de esto; sé que el hombre es impotente á veces para realizar su pensamiento.

¡Pero Dios es la potencia infinita!

Un pobre diablo en el secreto de su taller talla ruedas y las engrana; ha soñado un descubrimiento inmenso; ese descubrimiento le obsesiona y desequilibra su cerebro. Quiere realizar el movimiento continuo, y consume todas sus energías en suprimir ese inevitable frotamiento que quiere aniquilar y siempre se presenta de nuevo.

Me compadezco de ese trabajador, víctima de su ignorancia; pero no me extraño, sé que el hombre es ignorante.

¡Mas Dios es la sabiduría infinita!

Se encuentran miserables que, ilusionando á

los sencillos con yo no sé qué radiante felicidad, les conducen lejos, á sitios solitarios y escabrosos, y despojándoles de todo, desaparecen como un sueño, dejándoles allí, solos, desnudos, en despoblado, sin pan y sin esperanza.

Esto me indigna, pero no me extraña, porque sé que el hombre puede ser malvado.

¡Mas Dios es la bondad infinita!

Veo aquí abajo el derecho violado, la virtud abandonada, el crimen impune... ¿Me he de admirar de esto? No, yo sé que la justicia humana es manca, como decía Charrón, que deja al bien que se las arregle como pueda, que apenas llega á castigar el mal, y que puede equivocarse.

¡Mas Dios es la justicia infinita!

¡Ah, Señores! vosotros mismos, si el destino del corazón humano debiera encerrarse en el breve espacio de tiempo que transcurre entre la cuna y el sepulcro, vosotros mismos le hubierais hecho mejor, vosotros, á pesar de ser tan limitados en la sabiduría, en el poder y en la bondad. Porque es preciso reconocerlo, para semejante destino, para la corta vida que acá pasamos, el corazón está atrozmente mal hecho. Y el ingeniero que en sus exámenes presentara el diseño de una máquina tan mal equilibrada, tan siniestramente concebida, tan manifiestamente en desacuerdo con su destino,

sería ignominiosamente reprobado y enviado al aprendizaje.

¡Pero no! una vez más lo repito, no, es Dios quien ha hecho el corazón y le invita á elevarse y fijarse más allá de las fronteras de esta vida miserable. Existe pués otra vida, y yo la espero, en que se perfeccionará lo imperfecto de aquí abajo, en que se concluirá lo que está sin acabar, en que se reanudará la obra abandonada, y el esbozo se terminará, en que se nos comunicará la verdad, y la justicia, y el amor, y la felicidad.

Me detengo, Señores; ahí tenéis la primera revelación del corazón humano, y no paso más adelante para no cansar vuestra benévola atención (1). Pero ¿no veis á través de esa rendija de ultratumba qué radiante luz viene á iluminar los secretos de aquí abajo?

(1) Me propongo proseguir, si Dios quiere, este asunto en una próxima Conferencia, y después de haber pintado los sufrimientos del corazón aquí abajo, haceros entrever la felicidad que le espera allí arriba, en el paraíso.

En efecto, poco ántes de morir y como si presintiera que había de ser la última, tuvo el P. Van Tricht la Conferencia que ponemos á continuación como segunda parte de esta, titulada «Más allá.» (N. del T.)

¿Qué importan ahora el éxito, el honor, la gloria; qué importan el abatimiento, el dolor, la contrariedad? ¿Qué importan todos esos goces y todas esas miserias que pasan, ante las divinas compensaciones de allá arriba? ¿Qué importa esta miserable vida de un día ante la otra?

«¡La otra vida, la otra vida! — exclamaba un veterano — ¿qué es la vida presente? en verdad, solo aquella es vida verdadera!»

¡Ah! ¡cómo desaparecen todas las contradicciones, cómo se explican todas las irrisiones de la suerte, cómo se evaporan todos los crueles cambiantes de la fortuna!

Bienaventurados los pobres, bienaventurados, sí, vosotros, mis queridos pobres, que no habéis gustado nunca las dulzuras de la riqueza, que habéis ganado el pan con el sudor de vuestro rostro. Bienaventurados vosotros, los que tendéis la mano pidiendo limosna para vuestros hambrientos hijos; vosotros, los que sufrís por el invierno el frío, bajo vuestros andrajos, en vuestros tugurios. ¡Bienaventurados, porque esta vida pasa y la otra se acerca!

Bienaventurados los mansos de corazón y los débiles, vosotros, á quienes los violentos y poderosos han aplastado con su fuerza, vosotros, cuya voz ha sido despreciada porque era dulce, cuyo derecho ha sido conculcado porque

no era fuerte. Bienaventurados los mansos, que dejabais hacer y no murmurabais. El mundo se ha burlado de vosotros, os ha engañado, despojado, vendido. ¡Ah! ¡esta vida pasa y la otra se acerca!

Bienaventurados los que sufrís, vosotros que habéis bebido hasta las heces el cáliz de las amarguras, vosotros á quienes nada ha salido bien, porque no sabíais resignaros á seguir caminos torcidos, vosotros á quienes se ha lanzado fuera porque no sabíais doblegar vuestra frente para adorar á los señores de un día; todos vosotros, los injustamente acusados, los calumniados, los despreciados, los abandonados de acá abajo. ¡Regocijaos, esta vida pasa y la otra se acerca!

Vosotros, los que habéis sufrido en un cuerpo enfermizo y débil, y de quienes se ha reído el mundo; vosotros, los contrahechos, los ciegos, los sordos, los mudos, los paralíticos; vosotros, á quienes amaba y curaba Jesucristo.

Vosotros que habéis sufrido en vuestro espíritu, vosotros, hermanos míos, los sencillos é ignorantes, vosotros, mis pobres hermanos, los dementes, ¡oh! ¡cómo se han reído de vosotros en este mundo!... ¡cómo se divertían con vuestra locura!... ¡hasta los niños os perseguían con grandes voces y os arrojaban piedras!

Vosotros, los que habéis sufrido en vuestro corazón, que habéis amado y vuestro amor ha sido despreciado con desdén, que habéis amado y os han hecho traición y os han abandonado deshonrosamente, que habéis amado y la muerte ha venido á destrozár vuestro amor, pobres corazones desgarrados, pobres corazones fieles, ¡regocijaos, esta vida pasa, tan presto, tan presto... y la otra se acerca!

¡Oh, vosotros todos, hijos de la grande y dolorida familia humana, regocijaos, se acerca la hora, la hora de la verdad, la hora de la justicia, la hora del amor y de la felicidad!



II

MÁS ALLÁ



SEÑORAS, SEÑORES:



O no sé qué periódico, en la sección última de dichos y definiciones, definía la vida: «Un camino muy corto, sembrado de algunas rosas, y en su mayor parte de cascós de botellas, con una gran sima para todos al fin.»

Hay en esta definición, bajo un giro cáustico, mucha filosofía, y aun me atreveré á decir mucha religión. Esa gran sima, al fin, y para todos... para mí bien pronto, para vosotros más tarde, pero en la cual infaliblemente caeréis un día, es una de las congojas que más torturan al corazón humano.

No faltan gentes que la esquivan procurando

no mirar á ella, pero de poco les sirve, porque llegada la hora, caen en ella, y la caída es tanto más atroz cuanto ménos prevenidos estaban.

¡Horrendo derrumbamiento en el vacío!

Por extraño que pueda pareceros, tengo ánimo de contemplar con vosotros esta tarde las profundidades de esa sima.

¡Pero eso es espeluznante, me diréis!

¡No, no, no!

Permitidme que os lo diga. ¡Desde hace veinte años que mi misión sacerdotal y también quizás las condiciones particulares de mi vida viajante me han puesto en relación íntima con las almas, he visto, he palpado, he sentido tantos dolores, tantas decepciones, tantos sufrimientos, tantas torturas, tantos abandonos, tantos duelos, tantas miserias, tantas desesperaciones... he visto llorar tanto, que mi corazón se desborda y no puede ya contenerse!

¡Triste miseria de las cosas y de la vida humana!

¡Penoso viaje á través de ese largo y escabroso camino erizado de punzantes cascotes de botellas! ¡Y, sin embargo, es preciso marchar bajo el fustigante látigo del destino! ¡Marcha, desgarras tus pies, oh infeliz mortal, deja á cada paso jirones de tu carne! ¡Marcha! ¡Marcha!

Y cuando para esos dolores conozco yo un

consuelo, para esas heridas un bálsamo, una palabra que como talismán encante y devuelva la vida, «espera más allá,» ¿querríais vosotros que me callara?...

No, ¿no es así?

¡Ese «más allá» es el reposo, es la paz, es el gozo, es la felicidad, es lo ideal, es lo infinito, es Dios!

Por largo tiempo anduvo arrastrando el gusano su larva inmunda, velluda, repugnante, de rama en rama y de hoja en hoja, royendo y mancillando cuanto tocaba, hasta que un día, babeando babeando en torno de sí un hilito blanco y finísimo, llegó á construirse una especie de mortaja y quedó envuelto en ella. Sobre él, así amortajado y muerto al parecer, ha pasado el invierno, y el frío, y la lluvia, y la nieve.

Mas de repente, he aquí que del sedoso ataúd sale una mariposa: todo el oro, todo el fuego, toda la púrpura del arco iris están sembrados en sus alas; allí brillan la esmeralda, el zafiro, los rubíes. El sol se mira en su gracia, y ella estremeciéndose al suave calor del rey de los astros, agita sus alas y se eleva á la altura.

¡El gusano era hijo de la tierra!

¡La mariposa es hija del cielo!

En todo tiempo, todas las generaciones de hombres, ó al ménos, entre las generaciones de hombres los sabios, han intentado mirar por esa sima negra y profunda en que termina la vida. ¿Qué han podido descubrir en ella?

Cierto presentimiento de la razón arroja, cual débil linterna, un poco de luz sobre las pedregosas cortaduras de ese abismo.

Os habrá sucedido, sin duda, paseándoos por los andenes de alguna exposición industrial encontraros con tal ó cual máquina cuyo uso os fuera desconocido. Allí estaba delante de vosotros con sus ruedas y engranajes de acero, de bronce y de hierro, muda y silenciosa: pero tal vez pasasteis por delante sin hacer caso de ella. ¡Pasan así tantos hombres, no solo delante de las máquinas, sino también de la naturaleza y de su propio corazón!... Sin embargo, si os hubieseis dignado deteneros allí, y seguir con la mirada aquellas ruedas, y ver cómo engranaban la una en la otra, y estudiar todo aquel mecanismo; hubierais llegado sin dificultad á descubrir el género de movimiento que debía producir... y el movimiento os hubiera mostrado cuál era su acción y al punto hubierais descubierto su uso.

El hombre, en efecto, adapta los medios que emplea al fin que se propone, y por lo mismo

en sus obras el medio que emplea descubre aquel fin oculto.

Suponed que un hombre ignore para qué sirve un reloj y que cayera uno en sus manos... pues él llegará por la observación y el discurso á descubrir que el reloj ha sido hecho para marcar el tiempo y las horas.

Ese destino investigado por el hombre está escrito en todo aquel mecanismo de resortes y ruedas... y basta estudiar una por una las piezas para entender su destino.

Pues bien, como el hombre hace sus máquinas, así también ha hecho Dios esta máquina que constituye al hombre mismo, y le ha señalado el fin, el término y el destino para que le ha hecho. El hombre puede ser torpe ó inhábil, Dios no puede serlo: la adaptación de los medios divinos será por tanto perfecta. El hombre es á veces impotente para conseguir su objeto, Dios no lo es nunca; está pues asegurado el fin de la máquina humana.

Dejemos al cuerpo, analicemos el alma.

Manifiestamente el alma humana tiende á la verdad, á la justicia, al amor, á la felicidad.

Ahora bien; todos esos objetos divinos, uno en pos de otro, huyen de ella y no logra conseguirlos en esta vida; ya puede hacer los mayores esfuerzos para alcanzarlos, no alcanzará ni

la verdad, ni la justicia, ni el amor, ni la felicidad á que aspira.

¿Será inservible para su objeto la máquina de Dios? ¿Quién se atrevería á sostenerlo?

Resta pues que en otra vida de más allá el hombre llegue á esos fines supremos, y que, después de esta breve y miserable vida, llegue á la vida definitiva, al reino inmortal de la verdad, de la justicia, del amor y de la felicidad.

He ahí lo que la razón humana presente en el fondo de esa sima.

Me diréis que esto es poco y muy vago.

No soy de vuestro parecer. Mas la verdad es que el corazón y vuestra imaginación sobre todo no quedan satisfechos con ese conocimiento nebuloso. Exigen más detalles y más precisión sensible.

Y no pudiendo encontrarlos, la imaginación sueña... envuelve entre fábulas esos datos inmatrimales de la mente, porfia por darles cuerpo, y forma un cuerpo hermoso y sonriente, con el género de belleza y sonrisa que á la sazón se encuentre de moda.

Ved las mitologías antiguas, primera visión de la humanidad sobre la vida de ultratumba.

Despojadas de su parte fabulosa, ¿qué nos

queda? Una vida en que se hace al fin plena justicia, en la que réinan la sabiduría y la verdad, en la cual se poseen el amor y la felicidad.

El resto no es más que una forma adaptada al genio y á las costumbres, ya de Grecia, ya de Roma, ya de las poblaciones de la India. Forma diversa y variable, pero que oculta el mismo inmutable fondo. Forma á veces de una gran belleza trágica, á veces de una extrema ridiculez, codeándose la una con la otra en una mezcolanza bochornosa. Tántalo soberbio y el brutal y codicioso Caronte. Prometeo grandioso en su roca, con su águila al lado, y Vulcano, el cojo, que hace reír á todo el Olimpo. Sísifo, el eterno ilusionado, con su peñasco á cuestras, y aquellas necias Danaides echando imperturbablemente el agua de sus cántaros en un tonel, sin advertir que no tiene fondo.

El paraíso de los humanos, inmensa confitería de nauseabundo olor á almendras amargas y á vainilla, donde disertan en solemnes diálogos todos los pedantes embaucadores de las dos antigüedades.

Y el paraíso de los dioses, especie de casa de mal vivir, donde los dioses y diosas inmortales se cortejan, se casan, se engañan, se querellan, se injurian con el tono y las maneras de los peores burdeles de acá abajo.

Para eso era preferible la tierra; en ella se tenía al ménos el recurso de morir y librarse de todo.

«¡Oh la más impudente de las diosas!» dice airado Júpiter á Juno; y, lo que es muy de notar, Juno se guarda bien de responder. Sabe, por otra parte, á qué atenerse; ella, la bella Juno, la de las blancas espaldas, es azotada, sencillamente azotada como una mujercilla cualquiera. Y hasta hubo un día en que su marido le ató las manos, y la colgó en el aire con dos pesos enormes á los pies.

Lo cual, por lo visto, no la corrigió.

He ahí, con variantes de un pueblo á otro, lo mejor que la razón humana ántes de Jesucristo había encontrado para consolarnos de vivir y morir.

Desde Jesucristo y fuera de Él, apenas veo más que tres tentativas respecto del más allá: la de Mahoma, la de los modernos defensores de la metempsicosis, y la del positivismo racionalista recientemente ilustrado por M. Juan Finot—nombre predestinado—en la *Revista de las Revistas*.

Me permitiréis que no me extienda largamente acerca del paraíso de Mahoma; por razo-

nes particulares no puedo hablar de él más que de oídas. Paraíso de carne y sangre, pareceme que debe causar bien pronto al alma profundas náuseas; y si en eso está la dicha, si la bestia que hay en el hombre debe encontrar ahí su satisfacción, el ángel que también hay en el hombre debe sufrir muchísimo con ese alimento malsano.

Se me dirá que muchos hombres quedarían contentísimos con eso... ¡Dios mío! Muchos otros se contentarían todavía con ménos, nada más que con una mesa bien servida, y con eternas libaciones de buen vino... Buenos vividores, buenos tragadores, buenos bebedores, raza alegre y bulliciosa; pero, sin duda alguna que en materia de tipos humanos, podemos imaginar otros mejores: un adarme de distinción, de nobleza, de inteligencia nunca está de más... El hombre no es solo vientre... el corazón es algo, y algo también el espíritu.

Más interesante es la metempsicosis.

Vieja como el mundo, se ha revestido en nuestros días de nueva piel.

Un hombre que se había ocupado en ciencias, pero que había abarcado mucho para poder profundizar en ninguna, tuvo la desgracia de perder á su hijo único... En medio del dolor que le produjera este duelo cruel, se preguntó

qué habría sido de aquella alma que había volado de la tierra... Él no tenía fe, y la fe no le respondió nada...: preguntó á la razón, y como esta permanecía muda... empezó á soñar... ¿Y qué soñó?... Una existencia continuada, en series de vidas sucesivas, de planeta en planeta, á través de los astros (1). Ciertamente, tengo gran compasión del dolor que pregunta á lo desconocido... Y aun confieso que esa concepción tiene cierta especie de grandeza. ¿Pero en qué se funda? ¿Qué apoyo, qué razones la sostienen?

¡Nada!... ¡nada!... ¡Es un sueño!...

¿Puede tenerse en pie al ménos?... ¿Explica el gran misterio del mal y del sufrimiento en la vida humana?

¡No!

Yo sufro... ¿Porqué?

—Por faltas cometidas en una existencia anterior.

¿Qué faltas?... ¿Qué existencia?... No sé nada. ¿Tengo conciencia de haber vivido?... ¿Tengo conciencia de haber obrado mal?... ¿Dónde está pués la moralidad de ese castigo?

Se me dirá que esta vida es la primera etapa... Vano subterfugio... Entonces ¿cómo he podido obrar mal ántes de esta primera vida?... ¿Y por-

(1) Figuiet. *Le lendemain de la mort.*

qué sufro yo mientras gozan tantos otros que no valen más que yo?

¿Y cuál será el fin de todos esos viajes á través de los planetas y las estrellas?... ¡Siempre aspirando á la verdad, á la justicia y al amor, voy, como nuevo Tántalo, á verlos huír siempre más lejos, más lejos, más lejos... y sin morir jamás, que al cabo sería ménos penoso que esa carrera á través del espacio, sin término, sin fin, siempre, siempre!

No, Señores, no es esa una doctrina capaz de satisfacer á los espíritus ansiosos de verdad y de dignidad humana. Puede tal vez seducir, por lo que encierra de inmortalidad, pero esta inmortalidad adulterada no resiste al análisis.

Solo podría aceptarla alguna viuda vieja, que se diera por satisfecha con poder volver á empezar su curso mundano, con volver á vivir y volver á encontrar sus cosméticos, sus perfumes, sus perifollos, su cotillón, sus tarjetitas rosadas... que pusiera la felicidad en ese minué acompasado, en esas reverencias graduadas, en ese marquesito que le da su nombre y su escudo, en todas las pequeñeces de esa vida ficticia, hoy tan acabada para ella, que al mirarla, se figura ver pasar fantasmas impalpables en la noche de las tumbas.

El materialismo, tan en boga en el siglo pa-

sado, se ha revestido en nuestros días de una librea que parece hacerle más aceptable. Se llama positivismo. Su doctrina acerca del más allá es radical. No hay más allá; no hay otra vida. El edificio molecular que llamamos hombre, se derrumba, se deshace, vuelve al polvo y al gas, y se funde en todos los otros polvos y todos los otros gases de que se sirve la naturaleza para formar directa ó indirectamente su flora y su fauna, inclusa la humanidad. Por aquí podéis ver el ciclo que recorre.

Dada la disposición general de nuestros cementerios, todas las probabilidades son de que os convertiréis en grama ó en yerba forrajera, os segarán al primer brote ó en retoño, pasaréis á ser alimento de una vaca ó de un buey, el cual á su vez lo será de un hombre.

Héos ahí ya vueltos hombres, por el camino más corto... ¡Buen consuelo!

Hay una dificultad para los que tienen nichos... Pero tarde ó temprano los nichos se arruinan y comienza el ciclo: ¡cuestión de tiempo!

¡Y aquellos cuyos cadáveres son quemados, y sus cenizas encerradas en urnas cinerarias?... ¡Bah! ¡las urnas llegan á romperse; sin contar que, ántes de pasar á segundas nupcias, se desocupa la urna para convertirla en un hermoso tiesto de flores de azahar!...

Esto, Señores, causa risa; pero mi risa, os lo confieso, es dolorosa... ¡He ahí lo que se hace de aquellos á quienes hemos amado y que al separarse de nosotros se han llevado consigo un pedazo de nuestro corazón!

¡He ahí lo único que saben decir á la madre que entierra á su hijo, al hijo que entierra á su madre!

Mas no tengáis cuidado, Señores, esa abyecta doctrina no llegará jamás á arraigarse en el espíritu del hombre: choca demasiado con el fondo mismo de su alma y de su corazón; se burla descaradamente de la naturaleza humana, y la humanidad á su vez le paga en la misma moneda, rechazándola con horror y aplastándola con asco.

Últimamente, M. Finot se ha ingeniado para hacer amable y atractiva á esta horrible furia. Ha escrito una especie de meditación religiosa sobre lo que él llama la inmortalidad del cuerpo; y con estudiado intento la ha publicado el 1.º de Noviembre, en la conmemoración de los difuntos. ¿Quiérese mas atenta deferencia?

«¡La muerte! ¡la muerte! — dice — ¡pero si eso no es más que una burla de mal género?... ¡Si no hay nada tan vital como la muerte!

»Si la vida es el movimiento, el mundo de las tumbas rebosa de vida... Seres tan queri-

dos de la fuente principal de las cosas como los seres humanos, llenan de un bullicio febril y agitado nuestro último refugio.» Y M. Finot los enumera: primeramente la mosquita gris, *Musca stabulans*, de costumbres rurales...; después las Lucilias, de un hermoso verde esmeralda...; luego la Lucilia César, de argentada frente y alas de oro...; en seguida las maripositas Aglo-sas, al poco rato las Piralis, y, en fin, el cristalino ejército de los Ácaros, con sus trasparencias de ópalo... ¡Ah, los pequeñitos Ácaros diáfanos!... Un centímetro cuadrado puede contener un millar de ellos...; á los dos, á los tres meses, se han multiplicado hasta un millón y quinientos mil... ¿Cuántos millones de larvas no habitan pués en nosotros y en el mundo de las tumbas?

¡En verdad, esto es muy divertido! ¡he ahí una felicidad que debe hacernos morir de risa!

Notad, Señores, que todo eso se ha dicho con la mayor seriedad: «Haciendo penetrar en la conciencia moderna la fe en la inmortalidad corporal de ultratumba, nuestros conceptos sociales é intelectuales se modificarán como con un choque de los más beneficiosos... Adoptad este dogma—¡á eso llaman un dogma!—y de él resultará una revolución moral.»

¡Ah, esos gusanillos, esos pequeñitos Ácaros son capaces de todo!...

Y sácanse de ahí consecuencias prácticas.

Empecemos por volver á poner en las tumbas vino, leche, miel, pan y viandas crasas, como en los tiempos antiguos. Es evidente que nuestras Lucilias, nuestras Piralis, nuestras Anglosas y nuestros Antrenos vivirán con ello mejor y más largo tiempo.

¡Después!... ¡Ah, Señores! considerad qué amplitud adquiere el concepto de la patria... ¡En esa tierra, en ese suelo natal es donde viven todos los Dermestos y todos los Ácaros de nuestros abuelos!

Y ved cómo se afirma en presencia de las reivindicaciones contemporáneas la absoluta igualdad de los seres humanos... La Lucilia, la Piralis de un millonario no es más bonita ni más preciosa que la Lucilia y la Piralis de un mendigo.

Una pequeña dificultad se ofrece... las Piralis y Lucilias, los Ácaros y Dermestos están en mí, lo concedo, pero no son yo... ¡yo, el muerto; yo, el enterrado; yo, el roído!...

¡Bah, poca cosa!... Ya no soy yo, es verdad, una conciencia individual..., pero en cambio he llegado á ser la conciencia de un mundo, la conciencia de millares de seres tan queridos de la fuente principal de las cosas como los seres humanos.

Mis respetos á esa señora fuente principal de

las cosas; pero tanto me cuido yo de ella como de las coplas de Caláinos, y la menor pizca de inmortalidad personal mía, mía, mía, escuchadlo bien, sería para mí mucho más estimable.

Os afirmo, Señores, que en toda esta exposición ni un solo pensamiento, y casi podría decir que ni una sola palabra me pertenece; tal es el cuidado que he tenido de ser exacto.

Y todo eso lleva la firma de Juan Finot.

¿Pero ese Finot es un loco?

No, Señores, es el director de la *Revista de las Revistas*, y esa *Revista de las Revistas* cuenta con redactores y colaboradores eminentes, la flor y nata de los *intelectuales*.

Me diréis que eso no prueba nada.

Tal vez... ¡no lo contradigo!

¡Mas no, ese Finot no es un loco! Es del número casi infinito de esos pobres hombres que han desdeñado las luces de lo alto por seguir sus propias luces. Dios se venga entregándolos á sus propios sueños: *Ibunt in adinventionibus suis*. ¡Ya veis la necedad y demencia en que vienen á parar!

¿Y no es un perpetuo triunfo de nuestra fe cristiana el ver que fuera de ella, después de tantos siglos de investigaciones y descubrimientos, no haya podido el hombre encontrar nada que tenga sentido común?

« ¡Cómo! — exclamaba Julio Simón — ¿no creéis, y, sin embargo, no os sentís humillados?»

¡Humillados es demasiado suave, Señores; avergonzados sería preciso decir!

¡Avergonzados de dar en semejantes locuras... avergonzados de caer, después de dieciocho siglos de cristianismo, en degradaciones más profundas que las necias mitologías de Grecia, de Roma y de la India! ¡Avergonzados de incubar, en plena eflorescencia del genio científico, un huevo del que sale monstruo tan horrendo!

Ahora nos tocaría á nosotros el silbar y reír; ahora nos correspondería el encasquetar sobre la cabeza de esos sabios la cabeza de asno de descomunales orejas que ellos tantas veces han querido ponernos á nosotros. ¡Mas ante el alma que se engaña y extravía, no se ríe ni silba el cristiano; antes bien le abre su corazón y le tiende sus brazos; se compadece y ora!...

Antes de exponeros en su augusta belleza y majestad sublime el concepto cristiano del más allá y del paraíso, quisiera desembarazar de obstáculos mi camino. Se nos echa en cara ese paraíso de imágenes, pintado caprichosamente, y ese cielo descrito por las niñas á los niños... Los ángeles tocando el laúd, la flauta y la viola,

y el arroz con leche saturado de azúcar y servido en fuentes de plata con cucharillas de oro.

¿Podrías creer, Señores, que se nos hace seriamente esta objeción y que es tan grande en el mundo la ignorancia de nuestra fe, que gentes que se tienen por instruídas no hallen qué responder á dificultades y argumentos de ese fuste, y las conviertan en armas contra Dios?

Esas imágenes y pinturas les retraen; lo cual no impide que el mismo día compren en la tienda vecina papel rosa que por marca tenga una palomita llevando en el pico un gran corazón ensangrentado y atravesado por una flecha.

Ese arroz con leche les disgusta; pero al enviar á la escuela á sus niños, les prometerán que, si se portan bien, á la vuelta les darán dulces.

Seamos formales... No vayamos á buscar la sólida enseñanza de nuestro credo en los libros de imágenes y en los cuentos de las nodrizas bretonas.

La Iglesia tiene un librito de oro para los niños; preguntemos á ese librito; él nos bastará.

«—¿Qué es el paraíso?

—Es un lugar de delicias, en el que los elegidos ven á Dios tal como es y donde gozan de una felicidad inefable.

—¿Cuál es la dicha y goce principal de los bienaventurados en el cielo?

—La de contemplar á Dios cara á cara y poseer en él todo bien.

—¿La vista y posesión de Dios serán el único goce de los bienaventurados?

—No; tendrán además la de encontrarse en la compañía de los ángeles y de los santos, y de tener presente siempre toda la bienaventurada eternidad.

—¿Los ángeles y los santos se conocerán unos á otros en el cielo?

—Sí, se conocerán unos á otros, como también la gloria de que gozan, y este conocimiento acrecentará su felicidad» (1).

Y ahora *sursum corda!* arriba los corazones!... ¡Desplegad las alas de vuestro pensamiento; voy á conducirlos á sublimes alturas!...

¡Ver á Dios! ¡Contemplar á Dios!

Os ruego que consideréis cómo obra la belleza aquí abajo sobre nuestras almas.

La visión de la belleza, aun inerte, aun muerta, nos encanta. La mar inmensa extendiendo la ondulada llanura de sus aguas hasta confundirse allá á lo lejos con el azul horizonte, y rompiendo á vuestros pies sus olas contra la escar-

(1) *Catecismo mayor de Malinas*, lec. 41.

pada roca con sordo murmullo y nubes de blanca espuma... Las empinadas cimas de los Alpes con su ceñidor de bosques y su corona de hielo centelleante á los rayos del sol; las verdes y dilatadas praderas en cuyo aljofarado tapiz se espeja risueño el cielo, mientras el río va mansamente deslizándose y señalando su caprichoso camino con esmaltes de plata; los campos de dorada miés salpicados de rojas amapolas y azuladas campanillas; todos los grandes fenómenos de la naturaleza, la tempestad atronando el espacio, el rayo hendiendo las cabalgatas de nubes sombrías, la noche descubriéndonos el cielo tachonado de estrellas, la aurora riente y la flamígera puesta del sol... todo eso no es más que la belleza inanimada; y, sin embargo, nos agrada, y nos embelesa, y nos arranca este grito de admiración: ¡Qué hermoso es esto! Tal sentimiento no es todavía el gozo, pero es su principio ó al ménos su presentimiento.

Á esta belleza inanimada agregad la vida... Mirad las flores: entre la yerba de un bosque, al pie del seto que se estremece aún por el frío de la noche, se levantan, entreabren su seno, sacuden las perlas que el rocío ha colocado en sus pétalos, miran al sol, y como un suspiro embalsamado envían sus perfumes á las brisas que juguetean en la enramada.

¡Cuánto más conmovedora es esta belleza y cuánto más nos encanta!

Avancemos todavía más. Esta belleza vive, pero no siente; no experimenta dolores ni gozos, ni tiene nada de lo que constituye el fondo de nuestra vida. Podemos admirarla, sentirnos arrobados de su encanto, pero nos es imposible simpatizar con ella.

El animal, sí, el animal ha recibido de Dios esa sensibilidad que excita y atrae nuestra simpatía; goza, sufre, y, aunque muy imperfectamente, tiene su modo de amar. Encontramos en nosotros algo de lo que es él, le prestamos nuestros sentimientos, nuestras generosidades, nuestras cóleras, nuestros odios... Nos conmueve con esa nueva belleza que tanto se acerca á la nuestra.

La belleza va pues acrecentándose con la vida y con la sensibilidad; su impresión en nosotros se hace más dulce, más tierna y más fuerte.

Sería intolerable querer comparar con esas bellezas inferiores la belleza del hombre; del hombre que no solo vive y siente, sino que además piensa, y que en su pensamiento concibe algo superior á las bellezas materiales y sensibles, la belleza intelectual y moral; del hombre que sabe amar, no ya solamente guiado

por ciegos instintos de la carne y de la sangre... sino por un alma espiritual. Ved el efecto que produce en el hombre la belleza humana cuando se le aparece de improviso. ¡Ah! ¡es un arrobamiento!

Nadie escapa á esa influencia, y aun aquellos que la combaten, sienten sus dardos; aun resistiendo á su atractivo, experimentan su invasión y su fuerza. Siempre será verdad aquella frase de la Escritura: «Has herido mi corazón con una mirada de tus ojos, con un cabello de tu cuello.» *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, in uno crine colli tui.*

Puede haber discrepancia acerca de las condiciones y caracteres de la belleza. Es una cuestión de estética, de educación y hasta de moda; mas no por eso es ménos cierto que en un momento dado nos hiere una visión, nos conmueve y nos invade, y todo ello deliciosamente.

Eso que hemos visto ¿es por ventura la belleza?...

¡Duden otros, discutan, ratiocinen, analicen!... Nosotros no tenemos más que un nombre que darle: sí, es la belleza.

Investigad, por otra parte, los nombres que sirven al hombre para expresar lo que experimenta ante esas repentinas apariciones: admira, contempla, se siente pasmado, enajenado, ex-

tasiado. Y aun esto no le basta á la lengua humana, y profanando los términos sagrados añade que se prosterna y adora!...

¿No respiran felicidad todas estas expresiones? Pues, sin embargo, no expresan bien la suavidad que reina entonces en el alma, y tendría el hombre que inventar otras nuevas para que sus labios fueran eco fiel de su corazón.

¿De dónde proviene esa acción sin igual de la belleza que brilla en la fisonomía humana? De que allí hay otra cosa que líneas y rasgos, otra cosa que proporciones y relaciones; de que allí se descubre el reflejo de un alma. «Sin un reflejo de bondad—dice en cierta parte Lacordaire—la más bella fisonomía me haría siempre el efecto de una cabeza de Medusa.»

Mas el reflejo de la bondad, por encantador que sea, no satisface al ideal que yo concibo; necesita este además el reflejo superior de la inteligencia. De ese doble reflejo es de donde nace la belleza moral.

La belleza física, sin la belleza moral, es una belleza de carne y sangre, la belleza de un mármol vivo, pero sin pensamiento. La belleza moral, sin la belleza física, subsiste y encanta por sí misma; aun así, despojada, es todavía grande, todavía llega á dominar, no tan presto sin duda, pero acaso más profundamente; ofrece

garantías que no tiene la otra, pues la edad y la experiencia la perfeccionan, mientras que la otra se aja, languidece, se marchita y muere.

Y ahora, ¡manos á la obra! formemos en nuestra mente el ideal de la belleza humana. En el mármol de las antiguas estatuas de Grecia introduzcamos la vida, infundamos la juventud, el frescor, la sanidad y ese casto esplendor de la primavera del hombre. Infundamos el alma en ese mármol vivo; en sus ojos la llama penetrante de la inteligencia, amplia, rápida, dirigida al cielo para ver allí la luz de las cosas; en los pliegues de sus labios la deliciosa sonrisa de la bondad, la dulzura, la delicadeza, la pureza, la compasión; infundamos todas las energías y todos los heroísmos, todo lo que hace al hombre grande, todo lo que le hace bueno, todo lo que le hace amable...

¡Ahí tenéis la belleza humana en su apogeo, toda la belleza moral en toda la belleza física, toda la belleza del alma en toda la belleza del cuerpo!

¡He ahí el hombre!

¡Sí, he ahí el hombre! ¡Siento que mi corazón palpita de gozo y entusiasmo!

Pero ¿qué es el hombre en comparación de Dios?

El hombre una criatura mortal... ¡Dios el creador eterno!

El hombre una inteligencia estrecha, ciega...
¡Dios la sabiduría inmensa, la luz!

El hombre una bondad limitada y mezquina...
¡Dios la bondad sin límites y la misericordia infinita!

El hombre tan pequeño... ¡Dios tan grande!
El hombre, que apenas sabe amar... ¡Dios el amor mismo!

¡Y yo he de ver á Dios! ¡Y yo he de contemplar á Dios!

Nuestra inteligencia es demasiado estrecha para abarcar en toda su amplitud la noción divina. La idea que nos formamos de Dios es correcta sin duda, pero desastrosamente incompleta.

Remontándose por la larga cadena que enlaza entre sí los efectos y las causas, llega el espíritu humano á un eslabón del cual pende todo lo demás.

Causa primera, independiente, eterna, por la cual todo ha existido, existe ó existirá, y sin la cual no existiría nada, ni en lo pasado, ni en lo presente, ni en lo futuro.

Á esa causa primera de las cosas la llamamos Dios.

Dios entra de este modo en nuestro espíritu

bajo una fórmula abstracta: la causa primera de todas las cosas...

Para adaptar esta noción á los hábitos de nuestro espíritu, para humanizarla, si puedo expresarme así, la descomponemos. Dios es la causa primera de la belleza, y lo es también de toda bondad, de toda inteligencia, de toda vida, de todo sentimiento, de todo amor. Él es, como dice la Iglesia, el autor y la causa de todo bien.

Más la causa es incapaz de comunicar á su efecto lo que ella no posea en sí misma. Luego Dios posee en sí mismo la bondad, la belleza, el amor, la inteligencia, la vida, etc....., y como no es limitado por ninguna parte, las posee sin medida, sin límites, sin término, infinitamente. Él es la bondad infinita, la belleza infinita, la inteligencia infinita... Él es todo bien, el bien infinito, el bien supremo.

¿Pero qué es el infinito?

Nueva detención del alma.

Sin embargo, ella procura seguir adelante.

En el orden de la belleza concibe la belleza finita. ¡Dios es más bello que eso!

Añade pues belleza á esa belleza, y sigue añadiendo y añadiendo siempre: la belleza resultante llega á ser muy grande, pero siempre finita. ¡Dios es más bello que eso!

Y la mente vuelve á empezar esas adiciones sucesivas, colocándolas unas sobre otras, como se colocan bloques de granito para elevar una columna á través del espacio; pero bien pronto se confunde, la sobrecoge el vértigo y, sintiendo que se desvanece, lanza un grito: «¡al infinito!» dice... ¡Elevad al infinito todas las bellezas creadas!

He ahí una expresión bien conocida en matemáticas: «¡Elevemos al infinito!» ¡Pero eso es precisamente lo que no sabemos, y tras de esa palabra solo cogemos una sombra!

Réstanos, sin embargo, un recurso, que si no presenta á nuestro espíritu más completa la idea de Dios, al ménos la hace más viva.

Os paseáis en vuestro jardín, y en él contempláis las ricas flores de su recinto; ó en la campiña las blancas florecitas del prado; ó en la hendidura de las rocas las vincas azules; los brezos de campanillas rosadas y la madreSelva en los bosques, las violetas en los ribazos... ¡Qué seda tan fina en los vestidos de esas florecitas!... Ved sus cálices entreabiertos, y los granos de oro de sus estambres, y el adamsado y ondulante brillo de sus hojas. Aspirad el perfume que exhalan en invisibles ondas en medio del fresco silencio de las enramadas...

Dios es quien las ha hecho, él es quien les

ha dado su belleza, sus matizados colores, su perfume... Dios es mucho más bello que ellas... ¡y yo he de ver á Dios!

En un nido, en uno de esos dulces nidos de pajarillos que nos hacen pensar en nuestras madres, dos crías cuyas plumas no habían brotado aún de sus cañones, levantaban por encima del borde sus cabecitas de amarillo pico...: vino la madre á posarse encima, y los pajarillos se abalanzaron temblorosos con el pico abierto y piando ansiosamente; ella los puso en orden, y primero al uno y luego al otro, con evidente satisfacción, les repartió su racioncita... El macho entre tanto, no lejos de allí, cantaba con todos sus pulmones, saltando y meciéndose en las ramas. Me conmoví... ¿quién no se hubiera conmovido ante aquel doble cuadro?... Pues Dios es quien ha puesto ese amor en el corazón de los pajarillos... Dios es mucho más amante y más tierno... ¡y yo he de ver á Dios!

¿No os habéis sentido nunca sobrecogidos y admirados ante esos sentimientos grandes, sublimes, conmovedores, que á veces brotan, espontáneamente y de golpe, del corazón de los niños en edad que parece incompatible con tan bellos arranques? Una linda niña de seis años hallábase acostada en su camita blanca... ¡la querida niña se moría! Un sacerdote, amigo

de la familia, y conocido por el amor que profesaba á los pobres, vino á ver á aquel angelito tan presto á emprender su vuelo. La niña le miró dulcemente abriendo de par en par sus rasgados ojos, y: «Á tí—le dijo—á tí te quiero mucho, porque eres bueno para los pobres,» y tomando el cofrecito ó alcancía en que había reunido todos sus ahorros infantiles, la desocupó enteramente en la mano del sacerdote.

Dios es quien ha puesto tan bellos arranques en el corazón de los niños... Dios es más generoso, más magnánimo... ¡y yo he de ver á Dios!

¿No veis ya que no hay una belleza, ni una bondad, ni una suavidad, ni una dulzura, ni un amor, ni una terneza, nada de cuanto impresionada y conmueve nuestro corazón, nada de cuanto nos embelesa y encanta que no pueda elevarnos de esta suerte al pensamiento del cielo y de Dios?

«Por las obras visibles de Dios—dice la Escritura—se manifiesta su naturaleza invisible.» En ellas ha puesto su sello, su firma y como su fisonomía.

Es costumbre de los pintores reproducir en sus cuadros históricos las fisonomías y retratos de aquellos á quienes aman. Dios ha puesto como su retrato en la naturaleza; en ella le ve-

mos, como en un espejo se ve la imagen. No hay cosa buena ni cosa amable que no participe de ese reflejo de Dios... Y la suavidad que experimentamos en las cosas de la tierra nos viene de ese sabor, de ese perfume que adquieren al pasar por las manos divinas.

Si el mundo es tan bello y si me embriaga, si la naturaleza es tan hermosa y me encanta, si las criaturas me atraen y me inclino tan fácilmente á amarlas, ¿qué será cuando yo vea á Dios, cuando le contemple, cuando le posea para siempre?

Que aparezca ante vosotros la belleza humana ideal que imaginábamos hace poco... Sentiréis al pronto como el choque de una sorpresa, ante lo inesperado de una visión tan bella; luégo, vuestros ojos beberán á tragos aquella fascinadora maravilla, vuestros oídos escucharán encantados aquella voz penetrante que revela la llama de la inteligencia y la ternura del corazón; bajo el velo de la belleza exterior descubriréis la belleza misteriosa del alma. ¡Oh! ¡cuán deliciosamente se conmoverá vuestro corazón! ¡qué suave os parecerá aquella hora!... ¡Acaba de brotar vuestro amor, amáis!... Mas he aquí que de repente os sobreviene una inquietud.

¡Siempre se ven así entremezclados nuestros pobres afectos humanos!... Sí, una inquietud. Yo amo... ¿mas seré á mi vez amado? Á veces el pobre corazón humano soporta largo tiempo esta inquietud, inquiere, espía una mirada, una sonrisa, un gesto, una palabra que le responda... ¡y cómo espera! ¡y cómo pasa repentinamente de la esperanza á la desesperación... para renacer mañana á la esperanza!... Un día, ¡oh día feliz!... llega la respuesta ruborosa y envuelta en pudoroso velo... «¡Oh! ¿con que es verdad? ¿con que también yo soy amado?» ¡Y qué himnos exhala entonces el corazón humano!... Esas dos almas se han entregado mutuamente: ántes amaban pero ocultaban su amor; ahora aman y saben que son amadas, se poseen mentalmente, si así puede decirse, y se ha verificado su mutua entrega en la mutua manifestación de su amor.

¿Por qué razón he seguido en el corazón del hombre ese brote del amor?

Porque ese mismo corazón humano, vuestro corazón, mi corazón, es el llamado á los goces del paraíso; y porque precisamente por lo que experimenta acá abajo es por donde puedo yo haceros entrever lo que experimentará allá arriba.

No tenemos dos maneras de amar. «No hay

dos amores—dice Lacordaire en una de sus más bellas cartas;—el amor del cielo y el de la tierra son uno mismo, solo que el amor del cielo es infinito!... ¡Cuando queráis saber lo que siente Dios, escuchad los latidos de vuestro corazón, y añadid únicamente á eso el infinito!»
¿Queréis saber lo que será vuestra alma ante la visión de Dios? Preguntad lo que llega á ser ante la visión del hombre, pero sin olvidar que de la belleza divina á la belleza humana hay un abismo infinito.

Esto pasará á mi alma... ¡ella verá á Dios!... y en seguida la belleza de Dios la invadirá, y como inflama y abrasa el rayo, así esta belleza la inflamará y abrasará con ardiente é inefable amor... y á la vez se le descubrirá el amor infinito de Dios hacia ella... y se sentirá poseída por Dios, y sentirá que Dios se entrega á ella y que ella también posee á Dios.

¡Poseer á Dios! ¡sentirse amado de Dios! ¡de Dios, la bondad y la belleza infinita!

¡Ah! ¿qué viene á ser la embriaguez de los amores terrenos ante esos pensamientos celestiales?

Señores, vosotros no sabéis amar, vosotros no sabéis lo que es amor.

«¡Amor! ¡amor! ¡fuego de fiebre!» decía ya Montaigne.

¡Amor! roja perla de un engañoso fuego artificial que al punto se desvanece en la oscuridad de la noche.

¡Amor! ¡loca veleta que vuelve su flecha á todos los puntos del horizonte!

¿Sabéis dónde se puede encontrar el amor aquí abajo?... En corazones que ya desde aquí lo han fijado en Dios... Escuchad á Santa Teresa:

«Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme, ¿en qué me detengo?
Ó Vos, ¿en qué os detenéis?
—Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—Y ¿qué temes más de tí?
—Lo que más temo es perderte.
Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más le convenga.
Un alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Sino amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar? (1).

»¡Oh Hijo del Padre Eterno, Jesucristo Señor nuestro, Rey verdadero de todo! ¿Qué dejastes en el mundo, que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes? ¿Qué poseísteis, Señor mío, sino trabajos, y dolores, y deshonras, y aun no tuvisteis sino un madero en que pasar el trabajoso

(1) Poesía XI.

trago de la muerte? En fin, Dios mío, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar la herencia, no nos conviene huír del padecer. Vuestras armas son cinco llagas. Ea pués, hijas mías, esta ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su reino; no con descansos, nó con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él ganó con tanta sangre... (1).

»Cúmplase en mí, Señor, vuestra voluntad, de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisiéredes: si queréis con trabajos, dadme esfuerzo, y venga: si con persecuciones, y enfermedades, y deshonoras, y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió: disponed en mí en cosa vuestra conforme á vuestra voluntad... (2).

»Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer, y hacer de manera que no se pueda olvidar... ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido de persecuciones que no las abraza, y las ame, y las desee?... (3).

»¡Oh Señor del mundo, verdadero esposo mío!... ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que queráis admitir una pobre compañía como la mía?... Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo, que yo he vergüenza de que os he visto tal? Que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien é imitaros en algo. Juntos hemos de andar, Señor; por donde fuéredes, tengo de ir, por donde pasáredes tengo de pasar... (4).

(1) *Fundaciones*, cap. X.

(2) *Camino de perfección*, cap. XXXII.

(3) *Vida*, cap. XXVI.

(4) *Camino de perfección*.

«No pueda yo, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin Vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja; ve que se la pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya la puede regalar sino Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos... No tiene en nada su descanso á trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, mas bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos... (1).

»¡Ay de mí! ¡ay de mí, Señor! que es muy largo este destierro y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel?... ¡Oh Jesús, qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve!... ¿Qué remedio dais á este padecer? No le hay sino cuando se padece por Vos...

»¡Oh Dios mío, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh amor que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisieredes darme?... Que no, mi Dios, no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí; quered Vos de mí lo que quisieredes querer, que eso quiero, pues está todo bien en contentaros; y si Vos, Dios mío, quisieredes contentarme á mí cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iría perdida... Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir; él viva y me dé vida, él reine y sea yo cautiva, que no quiero otra libertad... ¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con

(1) *Vida*, cap. XVI.

la vida de tu Dios!... Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza» (1).

Escuchad, por último, el grito más sublime del amor, los versos más hermosos que se han escrito en ningún idioma, y que unos han atribuído á la misma Santa Teresa y otros á San Francisco Javier:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, de tal manera
Que aunque no hubiese cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiese infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

He ahí el lenguaje del verdadero amor.

¡No me ponderéis otros amores, no!... Mas ¿porqué os lo he de reprochar?... ¡Pobre corazón humano! Por la fuerza de las cosas nuestro amor es imperfecto... nuestro amor debe morir.

(1) *Exclamaciones*, XV y XVII.

Es imperfecto, porque lo que amamos jamás llega al ideal de nuestros pensamientos. ¿Pero el amor de Dios?... ¿Llegan nuestros pensamientos á tan alto? ¿No les sobrepuja Dios infinitamente?

El amor humano muere, y es grande el número de las enfermedades que le conducen á la muerte...

Muere, porque el tiempo nos hace descubrir en lo que amamos defectos ocultos al principio y que luego se manifiestan... Mas nunca, nunca, nunca se podrá encontrar una sombra en la infinita bondad, ni en la infinita belleza de Dios.

Muere, aun sin esos tristes descubrimientos, por la versatilidad de nuestro corazón; á la larga, las perfecciones en otro tiempo admiradas, pierden de su valor; el hábito de contemplar una belleza humana, la vuelve monótona; necesitamos algo nuevo que atraiga nuestros corazones inconstantes... Pero en Dios, en esa infinita belleza, cada vez que nuestros corazones fijan su atención descubren nuevas y admirables perfecciones infinitamente dignas de ser amadas y que les cautivan para siempre.

¿Cómo ha de poder entrar allí la monotonía y el tedio, y matar el amor? «¡Oh Dios—decía ya San Agustín—oh hermosura siempre antigua y siempre nueva!»

Muere el amor cuando lo que amamos nos

abandona ó nos hace traición... Mas Dios se nos entregará á sí mismo para siempre, y su entrega y sus dones son irrevocables.

¡No, ese divino amor no puede morir ni entibiarse! Eternamente nuevo y ardiente, será el amor de Dios á nosotros y de nosotros á Dios.

¡Yo gozaré de Dios!

¿Necesito extenderme sobre este pensamiento?

Viendo á Dios, la belleza y bondad suprema, viéndole y poseyéndole, ¿cómo imaginar el gozo que embriagará el corazón del hombre? Escuchad á la Sagrada Escritura:

«Quedaré saciado, cuando se me manifestare tu gloria» (Psal. XVI, 15).

«Ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó á hombre por pensamiento qué cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman» (I Cor., II, 9).

«¡Oh cuán grande es, Señor, la dulzura que tienes reservada para los que te temen» (Psal. XXX, 20).

«Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias» (Psal. XXXV, 9).

Lesio, á quien tengo gusto en citar, consagra largos capítulos á estudiar la naturaleza de este

gozo soberano. Como todos los teólogos escolásticos, la considera por el lado de la inteligencia y siguiendo los dictámenes filosóficos; pero á veces se escapa su corazón y escuchamos el grito del hombre, bajo aquel lenguaje frío y razonador.

«En esta visión celeste nos posesionamos del bien supremo y le retenemos, como acá abajo nuestra mano coge y guarda el oro, nuestros ojos la belleza, nuestros oídos la armonía, nuestra lengua la dulzura; y le poseemos de modo que gozamos plenamente de su suavidad y belleza» (1).

En otras partes vuelve á tratar del asunto y casi en los mismos términos: «La visión de Dios nos hace alcanzar y poseer el bien supremo. Por ella, como cuando entre nuestros brazos estrechamos una cosa, cogemos y tenemos firmemente y poseemos á Dios mismo; él se hace nuestro bien, el bien de que tenemos derecho á gozar. Está en nuestro poder el gustar su dulzura y experimentar continuamente los deleites que de él brotan como de su fuente» (2).

Y más adelante:

«El divino objeto de nuestras delicias es de

(1) *De Summo Bono*, lib. II, cap. VI, art. 31.

(2) *Ibid.*, cap. IV, art. 23.

una bondad, de una belleza y de una dulzura infinitas: contiene en sí toda la bondad de todas las cosas, toda su belleza, toda su dulzura... El amor que á él nos encadena es soberano y sublime. Por todas partes pués el gozo de los bienaventurados es inmenso y excede á todo gozo... Es infinitamente más grande y más suave que todos los gozos de esta vida. Reunid todos los gozos del mundo, todos los deleites de los sentidos, acrecentadlos sin límite; no llegaréis á igualar la dulzura del gozo de los bienaventurados, porque es de otro orden, del orden divino» (1).

Contemplemos ahora, Señores, al hombre en ese gozo infinito y eterno.

Amaba la verdad apasionadamente y no llegaba á descubrirla en sus investigaciones; se le escapaba el fondo mismo de las cosas, y su saber, por extenso que fuera, no llegaba á cubrir bien su ignorancia.

Ahora ve á Dios, á Dios, autor de todas las cosas; y en esta visión se le manifiestan los secretos más profundos de la naturaleza. Su ignorancia se disipa, como á la repentina luz de un

(1) *De Summo Bono*, lib. II, cap. XV, art. 127.

relámpago huyen las tinieblas... Ve todos los secretos, todas las leyes de la formación del mundo; ve esas regiones remotísimas que nosotros presentimos en el espacio, pero que no podemos alcanzar; allí ve circular esas lejanas estrellas que no aparecen más que como polvos luminosos en nuestros instrumentos gigantescos, pero impotentes; ve las leyes que regulan su marcha en su majestuosa sencillez... Ve el secreto de la organización de la vida; cómo la flor empieza á formarse misteriosamente en el grano enterrado, y por qué medios bajo la cáscara nacarada del huevo empiezan á delinearse los admirables órganos del pajarillo que allí duerme... Penetra el secreto de la sensación y del pensamiento; ve cómo el alma, al choque vibrante de la pulpa de nuestros cerebros, reconoce las cosas, cómo piensa, cómo raciocina... Le son patentes los arduos secretos de la filosofía... Ve la verdad intelectual, como acá abajo vemos en torno nuestro las formas materiales que nos rodean...

¿Á qué proseguir? lo ve todo, lo sabe todo; no hay en la naturaleza rincón ni profundidad que no le aparezca al descubierto en la luz divina.

Ve á Dios, y esos misterios religiosos que había creído sin comprenderlos, que había que-

rido creer por el testimonio de lo alto, á pesar de las rebeldías é incertidumbres de una razón orgullosa y voluble, esos misterios se le muestran en su luz sobrenatural sencillos y necesarios, inmutables y eternos como Dios. Ya no tiene que creer, ya ve...; no tiene lugar la fe en ese reino de la visión y de la luz plenísima.

El hombre tenía sed de justicia...; ya se le ha hecho, ya contempla y admira la absoluta y divina justicia, junto con su compañera la misericordia, entera, infalible, sin eclipses ni lagunas.

Hay en la Sagrada Escritura, tratando de los muertos, una expresión de una profundidad divina: *Opera enim illorum sequuntur illos*; «sus obras les siguen.» De este mundo que abandonan no llevan más que esas obras... ¿Porqué? ¡Porque ellas son la medida de su mérito! Favor, nacimiento, éxitos, fortuna, belleza, todo eso queda aquí. ¡Solo nuestras obras pasan con nosotros!... ¡Ellas solas tienen valor más allá de la tumba, y entonces será la hora de las grandes reparaciones!...

Vosotros los que no habéis gustado en este mundo más que amargura y dolores; vosotros á quienes nunca se ha tributado honor ni consideración, porque erais pobres; vosotros que

no habéis tenido en herencia más que duros trabajos y desprecios; vosotros á quienes nada ha salido bien, porque no sabíais resignaros á seguir caminos oblicuos; vosotros á quienes se ha echado á un lado y se ha dejado en la oscuridad, porque no sabíais acomodar vuestro lenguaje á las adulaciones; vosotros á quienes se ha desterrado, porque erais justos; vosotros á quienes se ha lanzado fuera, porque erais sinceros; vosotros todos los injustamente acusados, todos los calumniados, todos los despreciados de acá abajo... ¡Oh, regocijaos! he aquí la hora de la justicia!...

Vosotros los que habéis sufrido en un cuerpo raquítico y débil; vosotros á quien la deformidad sujetó á desdichas, y de quienes se ha reído el mundo; vosotros los enfermos, los contrahechos, los ciegos, los sordos, los mudos, los paralíticos; vosotros los amados de Jesucristo, y que habéis sido tan desdeñosamente rechazados en esta vida... ¡regocijaos; he aquí la hora de la justicia!

Vosotros los que habéis sufrido en vuestro espíritu; vosotros, hermanos míos, los sencillos y los ignorantes; vosotros, mis pobres hermanos, los idiotas y los dementes... ¡Oh! ¡cómo se han reído de vosotros en el mundo, cómo se os despreciaba, cómo se hacía burla y juego de

vuestra locura... hasta los niños os perseguían y os tiraban piedras!... ¡Oh pobres hermanos míos! ¡regocijaos; es la hora de la justicia!...

Vosotros los que habéis sufrido en vuestro corazón, que habéis amado y habéis sentido despreciado vuestro amor; que habéis amado y habéis sido abandonados y se os ha hecho traición; vosotros los que habéis amado y cuyo amor ha sido roto por la muerte, pobres corazones desgarrados, que llenos de duelo habéis llevado veinte años, treinta años vuestra herida manando sangre... ¡regocijaos; es la hora de las reparaciones y de la justicia!

¡Oh vosotros todos, los desgraciados, los pacientes; vosotros á quienes á pesar de vuestra inocencia ha condenado el mundo; vosotros á quienes ha perseguido, y torturado y quitado la vida; vosotros todos los desheredados y los infelices; almas desconocidas y no comprendidas; vosotros, en fin, todos los que habéis llorado!... ¡regocijaos, es la hora de las reparaciones y de la justicia!

¡Y es la hora del amor!

¡Y de repente, en medio de ese divino esplendor de gozos, he aquí que aparecen tendiéndome los brazos, todos aquellos á quienes he amado, mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hermanas, mis amigos, los que han partido

antes que yo y que me esperaban! ¡Oh! ¡yo los estrecho entre mis brazos, yo los poseo, yo voy á vivir con ellos en adelante, en ese océano de amor que nos inunda!

¡Vamos á reanudar nuestros buenos y santos afectos de acá abajo!... ¡acá abajo, ¡ay! pereceros... y á reanudarlos en la eternidad del amor de Dios, que nunca tendrá fin!

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

(Científicas.)

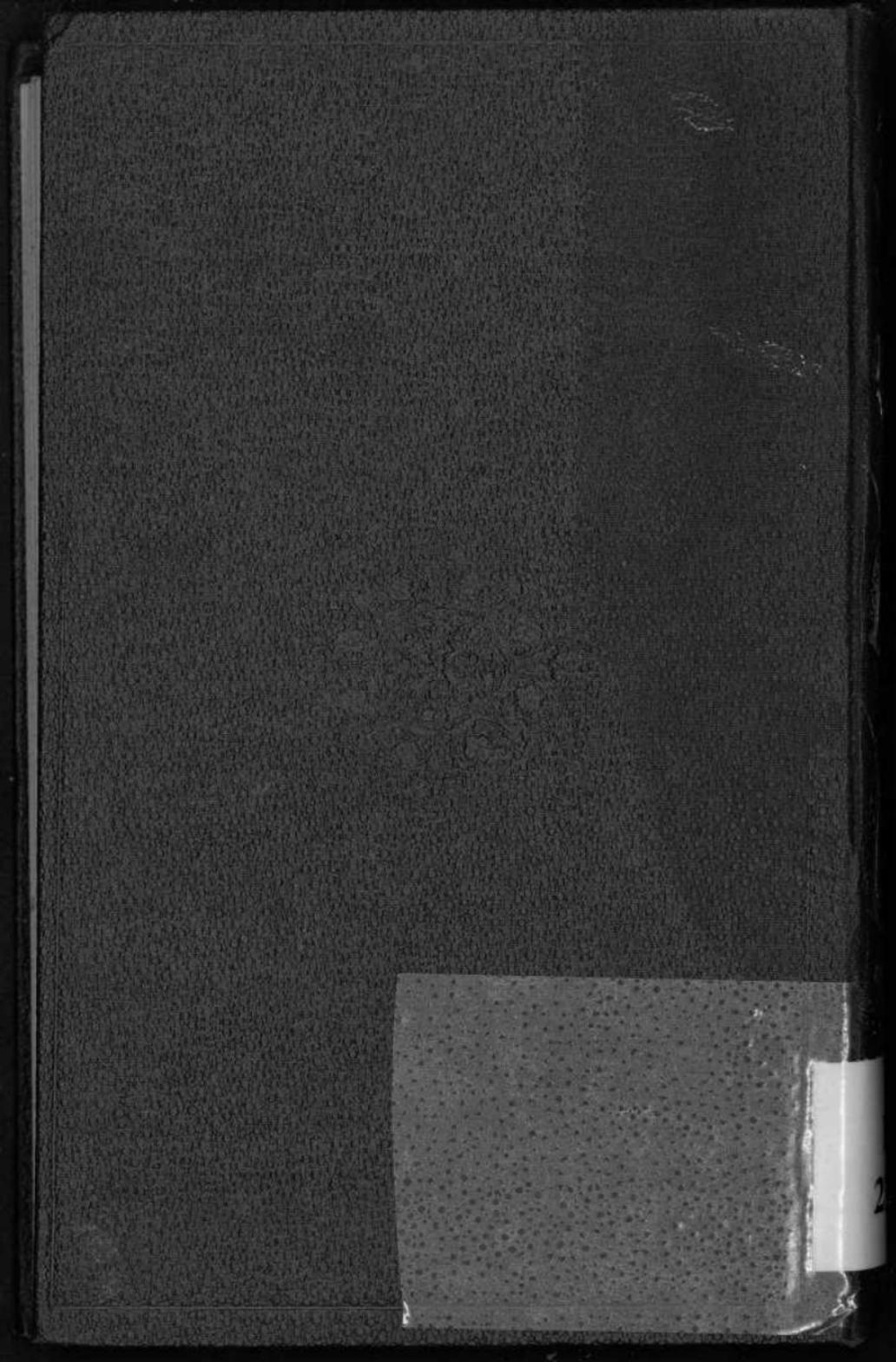
- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*







2



D-2

23607